

¿GENOVEVA ARCAUTE NACIÓ EN LA PUEBLO EN 1951?  
ENTRADA EN LA LITERATURA PERDIDA EN 2007 MANOJERÍA  
NORDEA EN 2008 FERIA ADARZO FERIA FERIA  
COMO HONORARIA COLABORADORA EN MÉRITO ESCUETADO  
ENDE FERIA FERIA ANTONIENNA EN MÉRITO FERIA  
GENOVA TAMBIÉN INCLUBIÓ EN EL LENGUAJE FERIA.

BIBLOPISTA ES UN POEMA DEL PARADISO. CON UN MÉRITO  
MÉRITO EN LA FERIA LA FERIA LA FERIA LA FERIA  
POR FERIA LA FERIA LA FERIA LA FERIA LA FERIA  
DE LAS INVESTIGACIONES.

EL SECRETO DE LA FERIA EL PODER DE LOS LIBROS LA  
MÉRITO DE LA VERDAD EN LAS ENTREVISTAS CORRECTO  
LOS DEL PODER. TRES CASOS DONDE LA FERIA LA FERIA  
CON FERIA LA FERIA LA FERIA LA FERIA LA FERIA  
UN FERIA LA FERIA.



  
FARQUET MOEBIUS

BIBLOPISTA - GENOVEVA ARCAUTE - FERIA LA FERIA LA FERIA

GENOVEVA ARCAUTE

# BIBLOPISTA

## TRES CASOS DE DORIS MILANO



  
FARQUET MOEBIUS

**BIBLOPISTA**

**TRES CASOS DE DORIS MILANO**

**La Plata, 2012**

## LIBROS Y CHEQUES

El rengu del puesto de diarios la vio venir y le hizo un guiño a la florista. Esta sonrió y esponjó con ambas manos las violetas del fuentón. La vieja había doblado la esquina, como siempre mirando para abajo, registrando baldosas, como quien dice. El barullo de bocinas, motores y réplicas indignadas de conductores no parecía alterarla. La gente misma parecía, en riadas confluentes del subte, el semáforo y las transversales, pasarle al lado a otra velocidad, en otra frecuencia o dimensión. Compró las violetas, las estrujó con el diario de la mañana que traía de su propia cuadra y entró, rutinaria en el edificio de R. S. Peña al 800, donde tenía su oficina desde poco tiempo después del brutal día de verano en que perdió a su esposo y sus hijos se distanciaron de ella para siempre. ¿Cuatro, cinco o más años? Por eso el otoño la aliviaba. El gris, la humedad, la misma roña de las calles y el humo malsano la alejaban del triste recuerdo. Con todo, hoy había algo, impreciso, opresivo, que como un filtro de óptica, daba al día una sombra de premonición, de augurio.

La puerta con vidrio opaco decía: Doris Milano-Investigaciones. ¿Alguien, -una punta de piloto gris arratonado- corrió hacia la escalera oscura que nadie usaba, habiendo ascensor? Empujó la puerta, echando un ojo al hueco y aguzando el oído pateó displicente la correspondencia y las violetas con el diario fueron a parar sobre un escritorio viejo, oscuro y tapado de carpetas. Se quitó el impermeable, apenas húmedo tras las pocas cuadras de garúa y lo colgó en un perchero. Una manga, hecha acordeón, lo dejó haciendo gestos de muñeco fofo. El bolso fue a parar a una mesita con ficheros y por fin, con la llave que conservaba en la mano se volvió a cerrar y a juntar los sobres del correo. Todos grandes, gordos y lustrosos se dijo en voz

alta y agregó: como el Sr. Pascali y se rió. Fue a sentarse, apoltronada y a pasarlos de a uno, alejándolos para no pararse por sus lentes. Pa, pa, pa y pa. Tres voluminosas promociones: seguros, cementerios y viajes al Caribe con su tarjeta. ¿En ese orden? Un sobre más pequeño y aparentemente vacío se deslizó al piso. ¿Venía adentro? ¿Se pegó a los otros? Estaba su nombre y dirección, en letra manuscrita. Lo abrió, lo alejó mucho, prendió la lámpara de escritorio y parpadeó. Adentro el papel también traía su nombre, en letra manuscrita, pero no su dirección sino la suma de 15000 u\$a: un cheque, a su nombre por esa suma. ¡Rediez!. ¡Pero me cago en la reputa madre de la mierda!

\* \* \*

El teléfono sonó y Doris no supo cuánto tiempo había permanecido mirando el cheque. Sí recordaba haberse parado, haber dado vueltas en el reducido espacio que le quedaba para ese ejercicio, haber pensado en café, en orinar y eso sí, haberse mesado el corto cabello crespo mal teñido de rubio dorado.

Atendió. La voz de hombre, profesional, atenta y tajante le dijo: “Espere instrucciones mañana” Eso le daba un largo día con la idea fija. ¿Qué trabajo sería? Nada limpio, seguro. ¿Con quién compartir tamaña espera? Pensó en la oficina contigua, un estrafalario grupo de señores mayores redactando una antigua revista juvenil de aeromodelismo. El Director flaco y despeinado, el jefe de redacción, calvo y de edad indefinida, el dibujante, de lápiz y plumín y todos los prototipos colgando polvorientos le inspiraban una cortés y distante simpatía. Tan

obsoletos, -aunque caballeros muy corteses, como ya no se ven- tan arrumbados al costado de los tiempos como ella. No, no les contaría. Por más miradas que prolongara el Director, cuando alcanzaba a pispearla en su breve recorrido hasta el ascensor.

“Yo iría a este banco a corroborar firma y cuenta. Con ese número sabrá por lo menos si tiene fondos”, diría cualquiera de ellos con lógica masculina. Sostenía el cheque como si fuera un dibujito fallado o defectuoso. Doris suspiró. Dijo que era demasiado bueno para ser verdad. Mucho para localizar personas descontactadas -no perdidas, no desaparecidas, no extraviadas-*des-con-tac-ta-das*, su especialidad. Un trabajo seguro, interesante, paciente, con fines humanitarios, sin delitos o violencias de por medio (la 22 no declarada seguía tan muerta como siempre en el primer cajón -tributo a la literatura o a los primeros fantasmas de su cambio de vida).

\* \* \*

“Su pasado como erudita de nuestra literatura y su memoria prodigiosa nos decidieron. Su prolijidad en el trabajo y su sensibilidad en el trato humano fueron decisivas también. Todo puede resumirse en un solo encargo o pregunta: ¿qué hay en los libros -los de ficción, la fantasía- que los hace permanentes, perdurables, infalibles y eficaces en el trastorno o ensanchamiento de la mente, del espíritu de las personas? Hay que conocer los libros y las personas, y tener alma de sabueso -Ud. disculpe- para este trabajo. No hay muchas personas que puedan intentarlo. Sabemos que la pregunta es vieja pero los tiempos han corrido y necesitamos la respuesta de hoy. ¿Que quiénes somos y para qué? No se gaste en eso, no le incumbe. Lo que

recibió es sólo un adelanto, hay más, tómelo como la primera cuota de una sólida jubilación que quizá le permita reanudar lazos rotos... Conocemos su historia. Y siga su olfato, nos interesa el hoy pero sumado al aquí. Siga su criterio, empiece por usted misma, entreviste gente, haga encuestas pero no en las empresas conocidas de la capital, ellos nunca podrían dar en el blanco. No la ofendemos más diciéndole cómo hacer su trabajo.

Hasta la próxima, Sra. Milano." Sin firma.

La digestión de la carta le llevó toda la siesta de oficina, al día siguiente del cheque. Acostumbraba dormir, los pies en la otra silla hasta la hora del segundo o tercer café del día entre el diario de la tarde.-no podía imaginar gasto más inútil- y la bajada a comprar dos o tres, si estaba deprimida, medias lunas de grasa. Pero ahora, esa conocida sensación en la boca del estómago: puño o puñal, asfixia de lágrimas rancias. Doris Milano no había llorado una gota de sus pérdidas. Y el maldito tenía razón, dinero, dinero, dinero y corazón, para perdonar, para buscar, para volver y largar el demonio líquido que le había puesto a hervir el maldito de la carta. ¡Y bien, primera cuota! ¡Manos a la obra!

Esa noche soñó: libros, libros y lectores, emociones, deslumbramientos, universos develados que me señalan a mí en mi desnudez más nueva. Buscarlos a los libros y a los lectores, ponerlos contra la pared, con la 22 no declarada en el gañote y arrancar la respuesta. El sudor la bañaba bajo su camisón de nylon demasiado tapado para la humedad de marzo. Hacía rato que le huía al espejo Doris Milano.

La pesadilla la llevó a los shoppings de libros, relucientes y carísimos, ficciones adocenadas de autores inexistentes en lenguajes lavados. Siempre le producían una sensación incómoda de desasosiego, como de culpa por sentirse incapaz de disfrutar tanta oferta agresiva

de goce. Y además sintió que la seguían. Había desarrollado ese sentido intuitivo de los investigadores. Pero no constató nada. Ese fue el último tramo de la noche. Porque se durmió como un bebé hasta el mediodía, se duchó y como una lechuga, sin pasar por la oficina fue derecho a Plaza Lavalle, deambuló bajo un sol inclemente -por hábito se había puesto el impermeable- y buscando un poco de sombra cruzó a Talcahuano. Iba liviana, haciendo de vez en cuando una finta de torero, dedicada especialmente a quien fuera el que la seguía, riéndose para sus adentros. Tenía en mente las librerías de usados, los revoltijos de ofertas esperando encontrar allí a lectores de verdad, sin esnobismos, realmente sedientos de sentido. La vidriera de *El Florentino* -libros de ocasión, primeras ediciones, textos escolares- la tentó. Se veía francamente sucia, tapada de sucesivos afiches, papeles de colores idos y polvo, auténtico polvo de pasta de papel deshidratada y volatilizada, que se pega en la nariz y en la garganta por dos o tres días. Cuántas tardes había pasado allí en otro tiempo encontrando lo inhallable... Esta misma expresión -lo inhallable- la decidió. El viejo no estaba, seguramente se había quedado en el sótano. Ningún dependiente, dos o tres vagabundos de cogote estirado leyendo lomos la distrajerón. Uno en especial, hocico de laucha, piloto arratonado y pelito corto de alimaña urbana. Hizo como que miraba y miraba las cajas de ofertas, un peso, dos pesos, un Kipling y un Víctor Hugo. Sonrió de costado, pidió permiso, se hundió en las sombras de la trastienda donde el viejo Floren (Florén como el actor) solía catalogar y tasar. La tierra volátil se espesaba tanto que pasó la mano por su frente y a boca de jarro, la voz cascada del librero la frenó: ¿Qué busca?

-Respuestas- y se puso donde la bombita de luz le diera en el rostro.

-¿Inéditas, agotadas? Se rió, rasposo, reconociendo a una buena clienta y mejor charlista.

-Escuche: hoy no vengo con ánimo de compras o de discusiones bizantinas, tengo apuro: quiero saber qué hay en todo este bobinaje impreso que le haga ilusión a la gente de que en él hay sentido, vida, emoción, caminos, felicidad...

-Espere, mujer, no se altere. ¿Todo eso en los libros?-reía- ¿En, por ejemplo Los hermanos Karamazov?, ¿en La metamorfosis o El lobo estepario? Mas vale, creo yo, hay allí un despliegue monstruoso de la maldad humana... y sobrehumana. ¿Por qué no sale al sol, respira, mira los pajaritos y busca en la vida, viviendo, esas respuestas? Digo yo, que no sé nada.

Doris calló, negó con la cabeza. El otro siguió: 'Usted compró muchos libros aquí, es una lectora de verdad, la tengo vista de muchos años... y hemos discutido, sí que hemos discutido.'

-¡Eso! -reaccionó Doris- ¡Eso! Son muchos años, mire, no me venga con eso de los pajaritos ¡míreme! Una vieja... no hay ser más devaluado que una vieja. Se es invisible, no la registran en ningún lugar, creo que ni pesa en las balanzas ni se ve en los espejos... y eso sí que sería bueno.... pero necesito esa respuesta, no otra cosa. -bajó la cabeza, se dejó caer en una silla de paja, sobre unos fascículos de arte- me va la vida ...- y lo miró a los ojos. El otro se tomó su tiempo... qué vio o qué no vio, vaya uno a saber, pero se levantó, le dijo que cerrara los ojos, le diera la mano y lo siguiera, escaleras abajo. Así lo hizo y cuando abrió los ojos, una gran biblioteca, limpia de polvo pero cubierta de tiempo se le apareció. -Vaya y busque, mujer, métase en ellos, viva en esos mundos....

-Pero ya los leí y hallé en ellos muchas cosas, los amé y los amo...

-¿Cuál? ¿Cuál amó especialmente? ¡Dígame uno! Le apretaba el brazo, le hacía daño.

-En mi juventud...Sobre héroes y tum...



-¡Pues métase adentro, le dije!- Y brutalmente, con una mano bajó el tomo y con la otra, por el cuello, la estrelló contra las hojas agitadas por un viento que no tenía nada de otoñal.

Iba por una autopista negra, sin líneas amarillas, ni focos de frente. ¿Había alguien más? No pudo mirar atrás. Gigantescos carteles de letras enormes la marearon. ¿Debería leer? Pensó en sus lentes, buscó su bolso y se hizo una luz pero de perfume de jazmín, del país precisamente. Y glicinas, intensamente lilas en la oscuridad hendida por la claridad de unos cristales. Se pegó contra una pared, la sintió musgosa y envejecida. Un clarinete, sólo una frase, sin estructura musical, lánguida, desarticulada y obsesiva... Dos sombras, cuatro pies morosos y sombríos se superpusieron al instrumento. Dos palabras y ella introdujo a la otra silueta ¿joven, alto, desgarrado? Y luego chirridos de goznes, furtivos pasos a lo alto. Levantó la cabeza. Una especie de mirador se erguía sobre la casona en el yuyal. Se aferró al muro para no caer. Calle Isabel la Católica. Arriba, la historia de la cabeza cortada, la india en el piletón cuando Martín despertase... De golpe percibió que la que acechaba era a su vez acechada pero nada distinguió. ¡Cuánto la habían asustado esas páginas!... Había tratado de enamorarse de Martín pero en cambio se había prendado de Alejandra... Caminó hacia Montes de Oca pensando cómo pasar de largo el atroz relato de Fernando, pero la imagen de Alejandra dominaba. Había luchado entre la identificación con el misterio de su símbolo o con la ingenua centralidad del varón, tan incierto y tan plano como ella a su edad. Recordó haber maldecido a la literatura hecha por hombres y las piruetas a que obliga a la lectora intrusa que arrastra su handicap. ¿Cuál era su misterio? ¿Cuál, el de Doris la estudiante, ignorante de los hombres y sin ninguna cabeza histórica que la convirtiera en sacerdotisa de órdenes caducos e iniciadora de adolescentes malmadrados? Con rabia se volvió al Mirador y maldijo ahora ese fantasma feminoide parido por varón, tan imperfecto y tan

poco útil para medio mundo de lectores. En su agitación creyó haber hallado un principio de respuesta, debería anotarla al regresar. Echó a correr. Olvidó dónde estaba, olvidó su miedo y atravesó el informe hasta el 264 de Piragua. Entró al bar, se sentó exhausta y ya frente a una taza de café, lo vio, a dos mesas de distancia. Miraba hacia la calle con obsesión y luego saludaba a dos mujeres. La conversación subía de tono. El hombre replicaba con una media sonrisa y seguía pendiente de la calle, la mujer mas vieja se encrespaba y vociferaba con discreción, mientras la otra los seguía como a un partido de tenis. Doris sonrió con tristeza, recordaba vagamente el diálogo. Alejandra y la vieja gorda le habían impedido perdonar al viejo autor... pero era muy joven. Pensó cómo huir de allí antes de que se desatara la ominosa historia y cerró fuertemente los ojos deseando la luz, como en los cuentos.

\* \* \*

Los abrió en ¿el mismo? Buenos Aires, pero en sus aires había menos humo, menos ruido. ¿El latón de un tranvía? La noche sin embargo tenía su magia. La calle Triunvirato, suburbio, unos sauces llorones y unas lamparitas dentro del boliche, abierto. Se deslizó a una mesa confiando en su teoría sobre la invisibilidad de las mujeres de cierta edad. Un mozo decadente se acercó a su mesa y entre los dos vinos eligió el siciliano porque el de la costa es muy traicionero y Doris quería mantener una brizna de lucidez. Entonces entró la patota y las figuras arrumbadas tristemente se mezclaron en abrazos y bienvenidas. Entre risas armaron una mesa larga y llamaron al mozo. Pero este ya estaba dejando en su mesa los manjares seleccionados del menú: criadillas, chorizo y unas rodajas de riñón en honor a Marte. Venganza femenina –pensó, recordando el trance que acababa de pasar. Estaba un poco tentada de risa por el vino cuando

uno de la otra mesa se levantó y bamboleándose la emprendió con otros de la mesa: Doris reía con discreción, tapándose con el vaso pero cuando los tres monigotes cantaron sus disparates la carcajada incontenible la hizo hundirse en la oscuridad. La discusión seguía, el disparate probaba y confirmaba la furia significativa de la palabra. Se hundió ocultándose y despreocupándose de su perseguidor. Estaba ante otro asomo de respuesta para anotar, aunque carecía de toda seriedad. Doris lloraba de risa y emoción... lloraba sus viejas lágrimas por Baco y los poetas y entonces el joven, enardecido atacó aquello de la música y el caos, de las formas infinitas de la creación ad intra y luego de la manifestación en forma elegida, ad extra, para todos... con el brazo extendido, la copa en la mano en actitud adánica... Doris, arrasada por sus lágrimas de vino y risa y de iluminación, con el vino que quedaba en su copa quiso brindar con él, pero la vejiga le dio un tirón, dejó la copa y siguiendo las señas del mozo decadente se metió en el baño y bajó un pestillo oxidado. Pero no había allí más que un mingitorio de loza cachada, una canilla trabada y una certeza alucinante: cuando tentó el pestillo para huir notó que había quedado atrapada en el baño de hombres de la glorieta de Ciro.

Y no podía parar de reírse.

\* \* \*

Los espasmos de la risa le cerraron los ojos y cuando los abrió estaba sumida en la más completa oscuridad. Se había roto el hechizo o ella no conocía las reglas. Dudó. No tenía palabras mágicas para salir de allí, pero ya no estaba en la glorieta de Ciro. ¿Entonces dónde estaba? Se sentía cansada como sólo una vieja puede estarlo: dolor de piernas, vaga jaqueca, la cintura rígida, entorsis generalizada, como después de trasnochar, beber o emocionarse demasiado... y ya se sabe: el que se ríe en viernes... Entonces levantó la cabeza y pensó que no tenía ganas de irse de aquel mágico lugar, todavía no. Nadie le había dicho que podría volver cuando quisiera. Además

debía cumplir con un encargo demasiado bien pagado. El cheque ese debía justificarse. Cuando a una investigadora como ella –la risa le volvía al abdomen y a los labios- la contratan debe ponerse a trabajar. Y si bien no conocía la cara de su empleador, sí conocía su fortuna o su delirio... y bien... no le disgustaba pasear por sus lecturas reviviendo experiencias, emociones, aprendizajes y desconciertos. Seguiría participando. Como en los parques de diversiones cuando toda la excitación venía junta en dos o tres horas de vértigo y después se añoraba largos meses que son años, o siglos, cuando se es una niñita y se espera crecer...

Un intenso aroma, húmedo, caliente la traspasó. La oscuridad se poblaba. Había agua cerca y murmuraban por allí. Nadie dijo que fueran personas, sino bichos, o pájaros y el agua, seguro, el agua. Y luego música, una música nunca oída mezcla de caracolas aflautadas y grillos violeros, maracas de semillas y palmadas en las aguas. La orquesta se escondía... Vio peces asomados curioseando y tremendos yacarés fumando gravemente sus puros de hojas fragantes. Diminutos faroles de luciérnagas colgaban en los anchos cuellos de ranas y sapos que saltaban con discreción para ver la pista de baile. Allí, allí Doris pudo ver –sin ser vista, su raro privilegio- un ballet increíble: líneas danzantes, de colores vivísimos, como enormes, altísimas esas mayúsculas de aquí para allá, como en un musical de Hollywood. Y como en ellos el desbande de las víboras bailarinas, corridas por los flamencos de patas vestidas con medias deslumbrantes. Los más bellos para ir a bailar. La tonada se había vuelto frenética, la velocidad de los giros detuvo a todo el mundo a contemplarlos. Giraban y giraban con tanta rapidez que los colores de sus medias los seguían y no dejaban ver su trama. Las víboras siseaban, se agachaban, morían de envidia. Estos bichos, tan sin gracia les robaban su número y se transformaban en favoritos. Doris, que se había vuelto pequeña, deseaba que no los descubrieran. Pugnaban en ella la fuerza de la moral escolar y el furor de mujer que todavía no era. Las víboras y su colorido, regalado por la

naturaleza, falto de mérito y de virtud se le antojó injusto y la inclinó a justificar la belleza a cualquier precio: la crueldad, la muerte, lo que sea que te hagan pagar con tal de ser lo más bello sobre la tierra... por un rato... mientras dure la música, mientras tengas fuerzas de bailar, mientras te sostenga la mirada de los otros en veneración, mientras la envidia te caliente la sangre. Porque después habrás de caer-ella ya era ella otra vez- exhausta, gastada, ajada por los sudores, la cabeza hecha un bombo de latidos. Y entonces morirás, picada por la misma crueldad, feliz ya de marcarte tu hora y verte terminada.

Un sinfín de aves ensangrentadas se revolvía en las aguas del río. Doris reemprendió la marcha, siguiendo el río porque se le ocurrió que no había terminado su paseo por allí. Sin embargo, no se sentía libre de miedo. Al nivel de sus rodillas la selva se movía constantemente, para aquí y para allá. Un zorro pequeño, como un perrito faldero casi la choca y se detiene un poco más allá, frente a otro animalito extraño ¿vizcacha, mulita o carpincho? Por el barrio de Tribunales no se ven a menudo. ¡Pero hete aquí que conversan! ¿Y qué dicen? (Doris se acerca sin preocuparse demasiado, ha comprendido que no pueden verla.) El carpinchito debe llegar a un lugar y traer un Winchester y sus balas más arriba, en el río. Doris se asoma y entre los yuyos de la orilla un enorme pez se suma a la discusión. Un aire épico recorre a los personajes y Doris evoca batallas y héroes. Evoca también miles de seres que mueren por gratitud. El corazón se le acelera de nuevo pero ahora el tam tam recorre el mundo a su alrededor, toda la selva está en peligro porque su fuerza carnívora se desata. Los tigres, elásticos y dorados le pasan por encima como una ráfaga de muerte. El equilibrio se ha roto. El Hombre justo intervino contra el malvado y natura se alinea en torno a ellos. La batalla los trasciende. El justo merece ser salvado, el partido de la sangre será derrotado, el humilde carpinchito vuela con su carga y llega, ¡por una vez, por una vez! A tiempo. El tigre carnicero retrocede, vende su derrota a un precio de muerte pero la

paz reina otra vez, los pececitos siguen naciendo y todos se alimentan. El hombre vive en paz, y eso sacia su corazón infantil. Una mínima épica cala en una Doris nimia para fructificar años más tarde en lo que suele llamarse pomposamente “sed de justicia”.

o o o o o

Despertó cuando la campana de estación, coincidiendo con el detenerse chirriante y metálico del tren la hizo cimbrar de los pies a la cabeza: “Témperley”. Tomó su bolso y se bajó. Los árboles de otoño eran amarillos y rojizos pero toda su calidez era febril y opresiva. Una bruma de humedad le acongojó el aliento y mientras caminaba sentía el peso de la edad tironeándola. “La zona de la angustia”. El recuerdo del marido muerto en el oprobio y el desaire de los hijos que la culparon penetró la aventura que la estaba llevando por el mundo de las ficciones y la desalentó al punto de buscar donde sentarse a recuperar aire. De las quintas soplaba una brisa tibia. El desánimo se hacía tan negro que meneó la cabeza como hablando sola. Recordó los diarios de esos días, que la pintaban como víctima, que la colocaban en un orsai vergonzoso, imposible de teñir de nobleza, de inocencia. Y los hijos, que prefirieron digerir la humillación culpándola a ella, viva y sobreseída, antes que enterrar a un padre prófugo y corrupto. ¿Y cómo podía ella entonces heredar el dinero oscuro, esas cuentas que le llegaron meses después provenientes de oscuros apoderados, cómo pretendía compartirlo con los hijos sospechados que la miraban torvamente, como si todo hubiera sido planeado por ella? Los

periodistas la habían fijado en imágenes policiales, tapándose el rostro como reo, atrás de anteojos oscuros y la calificaban de cornuda o de arpía. A solas con sus hijos no tuvo palabras para excusarse, y cuando quiso enfrentarlos con los errores y las torpezas del padre sólo le devolvieron desprecios. Y no volvió a verlos. ¡Negadores!

Era sólo una pobre mujer cobarde, limitada y gris. Las sienes le latían con fuerza y la frente se le perló de miedo. ¿Dónde estaba? ¿Cómo escapar de sí misma, cómo dejar ese cuerpo feo, impresentable aún a media luz, cómo no sentir pudor de recordar algún tiempo de disfrute o placer? El pasado se le presentó en pedazos ante sus ojos pero no podía escapar de sí misma.

Cerró los ojos y en ese instante una voz de hombre fue amplificándose en el espacio. Narraba con firmeza pero con suavidad y en sus pausas se intuía una semisonrisa compasiva. Una sombra alta se deslizó por atrás de ella. La siguió hasta una de las quintas. Arrastraba un perramus abierto y unos mechones lacios sobre las sienes. Se lo adivinaba buen mozo. Un portón de rejas negras se abrió a la sombra y ella atrás, entre los dorados y rojos de las hojas, pisando el cobre profundo de las que habían caído.

La caballeriza era una casona de gruesas paredes plagada de ratas. Un hombre de huesuda nariz y mentón chato estaba encadenado frente a otro que se movía intranquilo y se detenía a mirarlo. Otro, con delantal de carpintero hablaba febrilmente. El narrador salmodiaba con él, haciéndole un eco sobrenatural. Aunque todo era angustiosamente real. Iban a matarlo. Doris conocía todas las razones y los planes pero se sintió igualmente exaltada con esos hombres. ¡Ah! Nunca admitiría ese perverso juego de identificación que proponía el relato del narrador. Y muy a menudo le hubiera enrostrado algunas verdades. Como por ejemplo, que fuera a buscar a la madre de Haffner, y le preguntara porqué su bebé, hoy un hombre tan desdichado sólo veía en las mujeres a esa madre tan dura, tan moral pero ocultamente tan sucia a los ojos del niño que lo

haría caer en su enfermedad melancólica para siempre. Y lo haría oscilar entre la adoración de las vírgenes y el sadismo hacia sus aprovechadas pupilas.

Pero todavía no se marcharía de allí. Quería ver a Hipólita, la coja, la ramera. Llegó a Ramos Mejía sin saber cómo, pero ya no le importaba, empezaba a moverse con comodidad y un dejo de ironía. Pero, ¿encontraría allí a Hipólita? ¿no vivían allí los Espila? El enorme frente de la fábrica se llevaba bien con el humo de querosén que le alcanzó las narices. Allí estaban, un zoológico humano cortés, un poco patético, pero un alivio tanto para Remo como para Doris. Emilio ceceaba con gracia y todos fueron a ver la rosa. Pero la rosa había fracasado. O mejor dicho el cianato de cobre ha hecho que la corrección del hombre a la obra de la naturaleza resulte un chasco más, un humillante golpe. ¿Acaso la galvanoplastia puede detener la labor corruptora del tiempo, el prodigio de los años implacables? Hipólita estaba diciendo entonces lo que oyó en el tranvía, a sus dieciséis años. “Una mujer inteligente, aunque fuera fea, dedicándose a la mala vida se haría rica, siempre y cuando no se enamorara.” La rosa de cobre..., la coja.... Doris retrocedió lentamente, la zona de la angustia la envolvió y la oscuridad. Gritó dentro de su cráneo: ¡Quiero salir!

o o o o o

Estaba en plaza Lavalle. Sentada en un banco, despatarrada, el bolso en el pasto, a sus pies. Los huesos le dolían. Pero tenía un par de respuestas. El cheque estaría justificado. Quizá las



respuestas hubieran sido posibles sin tanto viaje (a su edad todo desplazamiento debe pensarse dos veces) pero también debía reconocer que sus lecturas habían quedado allá en la noche de sus tiempos de estudiante. Un profesor decía con tristeza que cada veinte años hay que releer. Releer a los cuarenta lo que se leyó a los veinte, a los cincuenta o sesenta otra vez y así... Sostenía que la experiencia se renovaba porque como si fueran capas geológicas el sentido iba formándose, con cada revisitación. Caía la tarde y, sí, quizás hubiera podido responder como académica, consultando dos o tres mamotretos clásicos de la crítica y algún profesorzuelo *à la page* de alguna facultad, pero el cheque no quería esa respuesta. Y de verdad el viaje la había conmovido. Debía ponerse a escribir enseguida. Y esperar que se pusieran en contacto con ella. Eso le daba un poco de miedo. En fin, sólo debía arrastrarse hasta su casa ¿tomar un taxi?, comprar algo de comida hecha –sólo una porción- comerla de la bandejita, tirar todo a la basura, menos el cubierto... ¿faltar a la oficina y quedarse tipeando en la vieja Olivetti? Demasiados recuerdos. Ella podría ser una Remo Erdosain si hurgaba en aquellos meses... matar al Senador- jefe de su marido, o secuestrarlo y someterlo y paliar tanta vergüenza televisada. Pero eso no le garantizaba recuperar a sus hijos. Si al menos supiera dónde se habían ido... Subió el cuello del saco como si tuviera frío y decidió pasar por la oficina. “Ni sé lo que tengo o quiero hacer”.

La vendedora de violetas no estaba, el quiosco de diarios tenía las puertas de lata cerradas y pocas personas transitaban. Pero había estacionados tres autos negros, de marca desconocida..., vidrios oscuros... ¿alguien adentro? Cruzó, porque iba directo a su portal. Desde enfrente y aplicando dos o tres precauciones de manual, espío. La puerta del edificio estaba entreabierta y el haz de luz de los carteles vecinos –al foco de la calle lo velaban las ramas- reveló movimiento de hombres tras de ella. Doris se dejó caer en un escalón, en sombras y decidió cruzar

\*

\*

\*

¿Habrían tomado su despacho? ¿Había visto alguna vez en su vida esos autos negros estacionados en su vereda? Esa no era solamente su vereda... se dijo que en esa calle había otras oficinas, empresas, estudios... pero ¿en su puerta? ¿con toda la cuadra desierta? La redacción de la vieja revista *lupi*, unos gestores de mala muerte, alquileres fantasma y poco más que ella supiera... todos gerontes como ella, aburridos e inofensivos a más no poder. Por otra parte, cuál era el peligro que ella representaba para nadie. Suspiró profundamente. Sentada en el escalón de una casa desocupada (un candado y una gruesa cadena unían las altas hojas de madera y vidrio), Doris recogió el ruedo de su abrigo que se ensuciaba en la mugre de la vereda. Después de todo ni siquiera el misterioso trabajo que la traía sin aliento involucraba esferas de poder, o funcionarios o mafiosos... Entonces, ¿por qué no se cruzaba decididamente a ver qué diablos ocurría. Respuesta: un leve mareo, producto de la vuelta por los abismos que había sido el contacto con el pobre Remo, tan ajeno en su desdicha que le permitía al lector compadecerlo y darle una lástima de compromiso, como si nunca el lector fuera a ser tan humillado, engañado y burlado como él. ¡Ah, Doris todavía sentía el amargor de sus propias jornadas de vergüenza! ¡Hermano Erdosain! ¿Cómo se vuelve a la dignidad, a la palabra altiva, cómo se cierra la herida salobre del escarnio? ¿Qué lengua de miel y seda te calma esos ardores? Con los ojos húmedos, Doris se puso de pie. Iba a cruzar, así, con el pelo enredado, el abrigo arrugado y la vista nublada a enfrentar a quienes fueran los visitantes. ¡Libros, libros y sólo libros! No drogas, no armas, no estafas, no secretos sucios... sólo libros.

Pero el panorama de la 9 de julio, de la ciudad hacia los extremos visibles de su cuadra la hizo parpadear. Estaba su portal, sí, allí enfrente, los autos negros, el kiosco de flores, la farmacia, pero un brillo del asfalto, una lluvia que no recordaba y había mojado las veredas como en las películas de drama, los faroles, las luminarias mismas entre las ramas casi desnudas de los altos árboles... Tenían un brillo de película, una intensidad de colores, oscuros y profundos que se le antojaron irreales. Un escenario, una montada tramoya... como la de la autopista de Florentino... pero no era posible... ¿estaba en un libro? ¿Cuándo había pronunciado un título, y cuál correspondía a ese ámbito: su cuadra? ¿Y qué pasaje, qué fragmento? ¡Socorro!- pensó- los autos son último modelo, la patente del primero tiene letras, si mi vista no me engaña -y es lo único que puede alardear de tal cosa- y además mi memoria me hubiera avisado hace tiempo que me iba a instalar en un lugar famoso de la literatura... ¿Qué libro es éste?

o o o

Se apoyó en un árbol junto al cordón, presa de vértigo. Miró al cielo, las estrellas refulgían pero el asfalto y la vereda seguían mojadas por un polietileno de humedad, terso, perfecto. Un airecillo épico, una música absurda de ánimo impregnaba su alrededor. Estaba en un libro. Pero ¿quién sino ella podría ser la autora? Se corrió tras un cartel de lata de publicidad para observar sus sensaciones y confirmó el presentimiento. Memorias... si escribo mis memorias este episodio será importante, pero no están publicadas, ni siquiera están escritas... Estoy en mi libro futuro o mejor dicho, vivo lo que escribiré y entonces mi mente se adelanta y relata esta noche de otoño a la salida de la bibliopista de Florentino, “después de una visita descorazonadora, que me

ha hecho acordar de mis dolores más profundos e irresueltos, bajo un cielo con estrellas frías y cortantes regreso a mi refugio para pensar y decidir cómo contar a mis empleadores mis experiencias y conclusiones. Pero hete aquí que un misterioso cortejo me aguarda. Temo entrar, pero la maravilla de lo que está ocurriendo me infunde coraje. Intuyo que misteriosamente se anudan mi pasado y este trabajo intrigante y cruzo sin pensarlo de nuevo. “Ay,-pensó entonces- es mejor la tercera persona.”

Cruzó tan rápido la calzada que los relojes no se movieron. Se zambulló en el hall del edificio sin percatarse de que no estaba con llave. Sombras se agitaron en el hueco de la escalera y el ascensor hizo ruidos con eco, retumbantes a esas horas de la noche. El pasillo la tragó o ella lo perforó con decisión, el caso es que unos brazos muy fuertes la entraron al cuarto principal de su oficina sin dejarle colgar el abrigo en el pequeño antedespacho como era su costumbre. Las luces se encendieron y las sombras, negros trajes como los autos negros, jadearon: -Nos hizo correr- y algo del hechizo se rompió. Fingiendo una dureza que estaba lejos de poder sostener en los hechos Doris dijo: ¿Quiénes son ustedes y quién les ha dado derecho para secuestrarme de esta manera?

-No se adelante a los hechos, señora.- amenazó uno con esos aporteñadas. Los otros dos o tres, si los ruidos del pasillo no mentían, tenían fisonomías parecidas, blancos sin ser nórdicos, castaños sin mezclas provincianas, altos (más que Doris lo que no es decir) y educados en el silencio. Eso sí, todos -aún el tercero en discordia que se mostró como réplica de sus hermanos- con la marca del gimnasio en las hombreras y las mangas.

-¿De qué programa se escaparon? ¿Responda y gane? ¿La calesita de los dólares? O son los mariachis de la diva Lestar? -se encoró Doris que los vio tiernos, como sobrinos en casamiento a punto de alguna travesura. Dos se rieron con inocencia idiota y los otros dos, el más

moreno y el tercero en discordia que parecía más alto y más cuadrado; con algo de SS, no se rieron para nada.

-Señora, Usted nos va a acompañar...

-Acabáramos: fuerzas conjuntas: servicios, federal, algún "patas negras" ...- sugirió enjuiciando los distintos niveles discursivos de los *boys*.

Entonces el morocho hizo un gestito de cabeza y los dos memos la tomaron de los codos como si del mismo casamiento tuvieran que conducir a la tía, un poco bebida, al coche que la espera. Doris, instantáneamente barajó sus chances: gritar -no había nadie en el edificio a esas horas y si lo había daba lo mismo, anciano, solitario, pusilánime eran las opciones. Correr, zafándose del leve pero firme sostén en sus codos, hacia la escalera, precipitarse abajo y sortear los choferes y seguir hasta la avenida, de contramano, por supuesto, como indica el manual, y allí sí, buscar a los federales o a la patrulla de tránsito o al guardia de seguridad de cualquier banco o... y tirarse al piso y atrapar una bocanada de aire porque a esa altura de la carrera sus huesos estarían desintegrados de osteoporosis, sus venas abiertas y deshilachadas y el calambre mas chico serviría para la boleadora de Patoruzú. ¿Acaso no estaba viviendo una fantasía? ¿No había traspasado la sutil frontera entre la ficción y la -dios nos libre- realidad? ¿Acaso esa ficción que estaba viviendo no era de su autoría? ¿Entonces? ¿Qué temer? ¿La propia imaginación?

¿Iba a ser tan destructiva para terminar consigo misma, sus culpas eran tan agobiantes para castigarse de modo tan retorcido? ¿Había desatado su íntima e implacable furia justiciera?

¡Acabar con Doris que perdió a sus hijos por no soportar la vergüenza y el dolor de sospechar del hombre que amaba y que ¿cometió? un crimen en el que ella nunca hubiera podido caer!

o o o

La empujaron sin miramientos en el segundo de los coches, más largo y potente que el primero. Doris no reconoció las marcas pero sí que no estaba habituada a ese confort y a esa velocidad. Los vidrios estaban oscurecidos, no del todo, pero la velocidad y el miedo la desorientaron. Unas cuantas cuerdas de ciudad, desierta e iluminada. Quizá recordando la alternancia del neón, el mercurio y el sodio en sus matices del plata al naranja, al irreal colorado y otra vez al gris podría reconstruir el itinerario vertiginoso pero al punto desistió. Un abandono extremo la poseyó. Un entregarse a las ruedas del destino o más bien un acompañar de sus músculos en relax ese viaje atrabiliario como si aceptara de una vez que somos sólo átomos en dispersión, motas de polvo que un soplo ajeno eleva y deja caer en torbellino a veces, en acunado compás otras veces, pero siempre en impensado, intrascendente resultado. ¿Qué sentido tiene hacer fuerza hacia atrás cuando este coche me lanza hacia delante? Pensó y entrecerró los ojos. Ahora sí era una autopista vulgar y silvestre, pero no le pregunten cuál.

Y enseguida no eran más las luces altísimas de la autovía sino los focos amarillos, colgados de alambres que empalidecían frente a las estrellas. La noche se cerraba más aún y los tumbos daban a entender que no había más asfalto bajo las ruedas. Frenada brusca, portón, ranas o sapos musicando la noche, espesura verde prolija, hermética y una entrada amplia hacia lo que parecía una casona grande y lujosa de esas que llaman *villas*.

Bajó sin ayuda ni presión física, pero los esbirros tomaron sus lugares como si ella fuera un jefe mafioso dispuesto a matar. La escoltaron, le abrieron la puerta y el SS la guió con gestos mínimos a una sala cerrada. La dejó allí, cerró tras de sí e inmediatamente la hizo pasar.

Doris entró, con toda la seguridad que pudo, entrecerró los ojos para aguzar la percepción (o hacer creer que así era) y se acomodó el pelo. Dio unos pasos, tomó el abrigo por sus solapas y lo estiró un poco. ¡Qué poco presentable se sentía! No era tanto el saco que le colgaba, ni sus zapatos cuadrados y gastados o el cabello alborotado ni el sudor de esa jornada interminable. Era su edad, su maldita e indisimulable edad. Ni con seis horas de siesta, masaje, maquilladora y peinador se hubiera sentido mejor. La vieja arreglada o la vieja así nomás eran las opciones. O la de máxima: las joyas que tiene la vieja, los tapados de piel, las propiedades o las cuentas afuera que tiene... la vieja. ¡Oh, Dios! Suspiró profundamente y lo miró, él se había puesto ahora a la luz de la lámpara de escritorio, en la zona donde confluía la luz diferente de una pantalla de computadora. Y así pudo verlo. En toda su presencia..., vamos, en toda su belleza. Mediana edad... Doris... debes describirlo. Alto, de cabello claro sin ser rubio, algo entrecano, pero joven, sí, definitivamente joven, activo, exitoso, vestía un saco igualmente atractivo, de gamuza o pana, tostado y acariciable (el saco), pantalones claros, más claros que el saco y la camisa abierta. Ejecutivo, terrateniente, hombre de negocios... ¿Y los libros? Un momento... ¿Tenía barba? Quizá, pero rubia, prolija, un toque salvaje, de pirata o deportista de riesgo, pero solitario, nada de equipos o camaradas. Su genio es individual, no comparte. Abre los brazos mostrando sus palmas. ¿Qué dicen los antropólogos de ese gesto? No agresión, amistad. Bueno Doris, ya está bien.

-Jovencito, ¿puede saberse para qué me trajo aquí? Tengo que entender que se relaciona con el trabajo que estoy haciendo para una firma...

-Doris, espere, espere, por favor, siéntese. Acepte un café, un bocado... acaso sería mejor una cena. - suavemente, con una semisonrisa le sostuvo la mirada y Doris se emocionó. Los latidos se le dispararon en el pecho. Seguía mirándola ¿con admiración? No era respeto, no la

miraban así sus queridos alumnos. Más bien era la mirada de él cuando en el principio de su larga relación iban descubriéndose y felicitándose por haberse encontrado. Pero ella no era ella entonces, es decir ella ahora no era y el que tenía delante era...

-¿Quién es usted? No sé si es prudente aceptarle un vaso de agua, en vista de lo que está ocurriendo.

-Soy su empleador y quizá el método no es de lo más prolijo, pero yo soy así, impulsivo, de pronto quise verla de cerca, sentir sus progresos, confirmar las recomendaciones que se me hicieron. La escucho con absoluta atención, Doris, amiga mía.

Recién entonces se sentó, aquiescente. El corazón seguía a toda velocidad, la voz, el tono o las palabras de él le fueron dulcísimas e incluso sus rasgos le empezaban a parecer familiares, entrañables. ¿Tenía algo de Richard Dreyfuss en aquella del profesor de música? Quiso desconfiar y no pudo. Y habló. Le contó todo. Desde su estupor al recibir la propuesta hasta su temprana devoción por los libros, su aguzada sensibilidad para desentrañar en ellos grandes lotes de universo que estaban hasta entonces en sombra. Su desvelo para comunicar a otros el viaje espiritual que a partir de ello se emprendía y concretamente la aventura de los últimos días, el carrusel delirante por algunos de sus clásicos personales y cómo pensaba aún recorrer otras estaciones de su biografía de lectora. Puso en palabras su descubrimiento acerca del poder de la palabra poética, su invencible seducción, el múltiple mensaje de la sonoridad, el concepto aislado, la trama de símbolos y finalmente la dimensión especial y superior que sólo se deja atrapar en ciertos casos por ciertos espíritus y en ciertas condiciones de receptividad, linderas con la experiencia mística o al menos mágica. Sin aliento, los ojos llenos de lágrimas quiso ver en el muchacho que ni el nombre le había dado a aquel otro de su pasado con quien pensó envejecer y con quien soñó morir el mismo día y a la misma hora. Le vació su corazón y sus ojos hasta que



dejó de creerle y la vieja Doris recuperó el sentido. Pero él se había ido ya. Por dónde y cómo había entrado en su lugar este otro hombre mayor, algo grueso y calvo ella no podía decirlo, pero tuvo que frotarse los ojos para convencerse de que el saco de cuero tostado que estaba frente a ella vestía ahora a este señor de aspecto afable que inclinaba hacia ella con solicitud. ¿No va a aceptar una taza de té? Se frotó los ojos y la imagen del hombre iba y venía superpuesta a la del joven. Sin embargo no había aceptado ni un vaso de agua. ¿O sí? El caso es que despatarrada en su asiento escuchó como el señor canoso y algo calvo desarrollaba una teoría acerca de la muerte definitiva del papel impreso con historias irreales y fantásticas y del advenimiento, sí, dijo *advenimiento* de una etapa superadora en la *industria* del ocio y la recreación de masas, sí, dijo así exactamente. Habló de la quiebra y la desaparición de los juegos de consola, en red y todas las otras variantes que nombró en inglés como si tal cosa. Ante el descrédito y el agotamiento de los argumentos de violencia, de terroristas contra policías, de espías contra bandas de fundamentalistas, el colapso imaginativo de los autores de juegos, -contenidos lo llamó-, había sido tal que no podían dejar de repetirse y repetirse cada vez con más brutalidad y simpleza. Los organismos educativos, las iglesias de toda laya, y los gobiernos que ya no podían aceptar sobornos para frenar la legislación que surgía de tal estado de cosas habían puesto a los empresarios contra la pared para que salieran del brete. El proyecto abarcaba toda Latinoamérica, nada menos. Ahora casi gritaba. Doris sintió la náusea pero aún faltaba. Comprendió que la *Cópany* del hombre que hablaba, apostaba a un trasvasamiento de la literatura al soporte de los juegos, capturando la eficacia que mantenía a los clásicos vigentes a través del tiempo y las fronteras. La jugada tenía además la ventaja de ganar la adhesión de educadores, iglesias y, en general, las “buenas conciencias” que esperan algo así para comprarlo y seguir adelante sin demasiados cuestionamientos. Todo podía disfrazarse con el aura del progreso, que es una receta infalible en cualquier momento de la

historia. El proyecto se completaba con una conversión –*conversión*, dijo- de todos los lugares con bibliotecas en juegotecas de esta naturaleza, avaladas por las escuelas, las parroquias y los estados.

Hasta aquí el discurso. El lugar se derretía como un globo en la parrilla y Doris se estaba arrepintiendo del informe que había despachado apresuradamente con sus conclusiones. Sin embargo, todavía quería descular el misterio de su anómala percepción de las últimas horas. ¿Estaba o no estaba allí? ¿El siniestro plan de eliminar el libro del universo era cierto o había alucinado el joven magnífico que la enamoraba y el maduro doctoral de la *revelación*, *sí revelación* terrible que había escuchado? Todo se desvanecía a su alrededor, pero no quería desmayarse, más que nada porque no sabía dónde iría a parar. Trató de entretenerse, de pensar en otra cosa., apretó los párpados y deseó irse, irse, tomarse un ómnibus y sentir que el destino se la lleva por la ciudad, presa de una encantadora vulgaridad...

◦ ◦ ◦

Se sentó en el doble bajo el cartel *Puerta de emergencia*, al lado de una chica de aspecto desvalido. Acababan de pasar el hospital Alvear, por lo que Doris dedujo que iba hacia Retiro. Le venía bien. En realidad cualquier trayecto le convenía. Respirar y nada más, después dormir. Pero algo enrarecía el ambiente. No iba demasiado cargado el ómnibus, pero las ventanillas estaban cerradas y varios pasajeros, una mujer con cara de vaca y un flaco huesudo llevaban sendos ramos de flores, gruesos y abigarrados, que despedían un olor repugnante... ¿Qué me miran? Se indignó Doris- ¿Tengo monos en la cara?

En el ómnibus había personas extrañas. ¿Cómo explicarlo? “Extraño” es un adjetivo que remite a quién lo dice, significado ocasional, define la gramática, como si todas las palabras no participaran de ese gelatinoso carácter. Extrañas personas, para Doris significaba que la miraban, la espían detrás de sus ramos de flores enormes y nauseabundas, aunque el estómago de la mujer no fuera en las condiciones en las que la estamos siguiendo, un referente válido, como dicen los noticieros, también al respecto de cualquier cosa. Desde la adolescencia que no sentía tal incomodidad de “ser” lo que era. Si no, ¿porqué la aislaban si no era más que otra pasajera como ellos? ¿Lo era? Adolescencia, pensó y de reojo también miró a quien se sentaba a su lado. La chica de aspecto desvalido no era como los demás. Tampoco llevaba su ramo de flores. Tampoco lleva boleto, y para tener una perspectiva mejor, se levantó y fue a sentarse al fondo. Viejos reflejos de detective que ya era hora de poner en práctica. El guarda y el chofer le clavaron la mirada al punto. Esperaban que pidiera bajarme, se tranquilizó, pero la vaciedad de los cuatro ojos la sobresaltó. La chica quedó sola, los demás muy quietos a pesar del bamboleo por los baches y cunetas y frenadas de la navegación y solo atrajo su interés la parada en una esquina que sirvió para sumar a un joven de aspecto humilde y agradable que tras una ojeada a los pasajeros se fue a sentar con la chica, como corresponde, pensó Doris que como todo el mundo hacía de la elección de asiento en transporte público algo así como una declaración de amor, de principios o aún de cable rojo o verde para desactivar la bomba. Psicología barata para entretenerse un poco y se distrajo, pero ahí fue que los acontecimientos empezaron a precipitarse. El vehículo estaba llegando a la explanada del cementerio y los pasajeros se ponían de pie y pausadamente enfilaban a la puerta de salida, pero cuando hubieron descendido el guarda con expresión amenazante se plantó en el pasillo y furibundo exclamó: ¡Chacarita! ¿Acaso los boletos no les permitían seguir? ¿Vivían los tres esa pesadilla de ser descubiertos fuera del alcance de los recorridos que sus

moneditas les permitían? No, gracias a Dios, no. Porque el guarda aceptó la explicación de que seguían hasta Retiro (Doris se sumó a la respuesta de los jóvenes por sentirse compartiendo su destino, fuese cual este fuese). Y entonces empezó la carrera. El 168 se lanzó a bandazo limpio por las calles mientras el guarda, junto al asiento del conductor echaba miradas llameantes hacia atrás envolviéndolos en un “ya van a ver” que no tenía ningún significado lógico para los tres. Los chicos intercambiaron algunas frases que Doris no alcanzó a oír, y deseó pararse e ir con ellos en causa común, pero temió avivar las iras de aquellos carontes de pacotilla. Ya estaban frente a la barrera baja del Central Argentino. Los dos discutían allá adelante y de repente el chofer abandonó su butaca y se fue para atrás, los hombros del muchacho se pusieron rígidos y el tren pasaba con un fragor infernal. No se alcanzó a escuchar qué decía el energúmeno, pero las barreras levantándose lo devolvieron a su puesto. Entonces la carrera siguió. Pero más adelante, cuando el policía de tránsito los detuvo, volvió a levantarse y dirigirse amenazante echando fuego por los ojos. El guarda, por suerte lo detuvo y ya le daban paso. Las bocinas desde atrás, impidieron que los ¿atacara? Pero ya estaban en la Torre de los Ingleses. Se removieron en sus asientos dando indicios de que bajarían. La joven vaciló, el joven la cubrió vigilando a los dos uniformados y Doris no tuvo reflejos para acogerse a la maniobra del muchacho. Este la ignoró y cuando vio que una señora también había quedado en el ómnibus y quería bajar, frenó su ademán pero no se detuvo, pidió disculpas con la cabeza y mientras terminaba de bajar el coche arrancó arando el asfalto y chirriando ominosamente. Doris cayó, interminablemente a la oscuridad helada, húmeda de unas piedras. Era la noche y hacía un frío de morirse.

# # # # #

La nieve le entraba por los zapatos rotos y le dolían golpes en todo el cuerpo. Sabía que en un bolsillo había tenido monedas y un jarro de metal abollado donde la gente había puesto esas monedas. Pero después le habían pegado. “Rod” pensó y sintió un rencor calentándole el pecho. No lo bastante como para reconfortarla pero con sabiduría de Doris supo que el odio calienta y anima aún en un puente nevado en Budapest. Entonces comprendió inmediatamente que la bibliopista estaba funcionando de un modo desacostumbrado y muy loco ahora. Ya no era más la espectadora privilegiada de la vida en los libros. Aunque esa vida fuera el intrínquilis más dramático y destructor que se pudiera imaginar ella había estado siempre al margen, sin que las salpicaduras del crimen o la ignominia la alcanzaran. Pero ahora había ido a dar en un lugar escondido y cruel: la identidad de una mendiga húngara golpeada por su brutal compañero, despojada de su magra limosna, sintiendo como los pómulos le dolían, como la nieve se le colaba para entumecerle los pies y como el cabello lacio y negro caía mojado sobre los ojos. Se acomodó sobre las piedras del puente, replegando el abrigo raído bajo su cuerpo para esperar. Sabía muy bien que una joven de traje sastre, recién casada vendría por ese puente, del lado de la plaza, atraída hacia ella en sueños desatados por una lógica demente y furiosa. Esperó. Alina Reyes se demoraba, pero fatalmente debía aparecer. La abrazaría, estrujaría su cartera en sus costillas y entonces, ya en su cuerpo, caminaría derechita hacia Buenos Aires junto a un esposo crédulo y vulgar. Después pediría el divorcio y vería cómo salir de esa galería absurda de seres que se encuentran y se pierden, se quieren y se desaman y se disuelven sin dejar nada en el aire. Pero una cosa sí era segura: querían perderla a ella, dejarla atrapada en una máscara breve y estrecha, en un personaje que no tuviera más autonomía que la mendiga en el puente. Pero era evidente que no tenían bien leído a Julio ya que la habían metido justamente en un personaje que sí, era una pobre mujer sin guión ni idioma, pero con una magnífica puerta de escape.

Cumplida la trama según todos sabemos, Doris se vio envuelta en una oscuridad más cálida y fragante. Es sabido que el olor a lilas es frecuente en estos criaderos. Debe estar llegando Leonor a darles de comer la avena de la noche. Está deliciosa aunque es un poco molesto el gemir de las crías que deben ser alejadas para que Doris y las demás puedan alimentarse bien. Come hasta saciarse percibiendo que sus cuidadores están inquietos y apurados. Piensa confusamente que ha llegado en el momento justo y maquina el plan una y otra vez. Se tira a descansar, se estira lamiendo su pelaje con dedicación como si este movimiento la ayudara.

Afuera de la jaula sólo hay unas pocas como ella que esperan dormitar. Lo hacen y Doris se desliza hasta el galpón. El sulky está listo y aunque le cuesta trepar pronto se acomoda calentita y ovillada. El Chango será atrapado antes de llegar a Puán pero ella irá a campo traviesa esperando que otra metamorfosis la devuelva sana y salva a su casa.

Ahora es un ovillo de pelo que late y respira apenas. Un suspiro hondo la pone de pie. No tardará un chimango en oler la presa y esperar que el hambre la termine o un zorrillo impaciente que haga la tarea con sus propios dientes. Se ve un cartel, ahí nomás, dos palabras. ¿Podrá leer la mancuspia perdida? Son letras grandes en blanco y negro, por supuesto: Colonia Vela, dice el cartel. ¡Bien! Hay esperanza. Bajo la forma de la pobre mancuspia fugitiva va corriendo entre el pastito entre cuises y martinetas que le despiertan tanta admiración como fastidio. Debe llegar a ese pueblo y someterse a un vértigo que la expulse a la biblopieta nuevamente. ¡Tiene tanto que hacer!

En las afueras del pueblo, la carretera está extrañamente concurrida: unos patrulleros, gente de uniforme y de civil (es un decir, anteojos negros, bigotito, campera a la cintura y panza de vino) y un helicóptero cuyas aspas giran lentamente con un rumor que promete crecer. Doris está a sus pies, una matita de pelo marrón entre las matas de pasto amarillo mecidas por el falso

viento. Un salto y ya está adentro. En un rato, sobrevolando el estadio, sobre el ring, las cabriolas de intimidación del artefacto le permitirán lanzarse a la libertad o a la muerte.

Fiel a su género, Doris odia el box y toda épica derivada de las hormonas masculinas vertidas porque sí, a ver quién es más... más algo, hombre, fuerte, suicida ¡bah! Que se maten el viejo ese y el tal Sepúlveda que tiene al parecer más banca. Claro, el héroe es el otro ya que según la lógica varonera no sólo hay que patotear y llegar a los hechos sino también hay que coronar con la derrota, excelsa cuanto más absoluta sea. “Bien” se repitió el animalejo polizón ¡fuera, abajo! Y de cabeza fue precisamente abajo, donde se desvaneció antes de tocar el ring. Había acertado, no iba a morir allí adentro.

Para variar, despertaba en plena oscuridad pero como Doris Milano hecha y derecha, contrahecha y dolorida por los cuatro costados, el impermeable sempiterno un poco más arrugado y los trajinados zapatos de tacón mediano opacos y torcidos. Estaba, por el olor a polvillo de libros, en el negocio de Florentino, allí donde abordara por primera vez la bibliopista. Y no tenía tiempo de pensar. Debía decidir qué hacer frente a la hecatombe libresca que se acercaba. ¿Cómo detener a las empresas que iban a liquidar todas las existencias de letra impresa con ficción de un plumazo para reemplazarla por contenidos electrónicos con imagen y movimiento? ¿Cómo impedir ese crimen? Se sentó en un escabel de madera oscura, junto a los anaqueles repletos de viejos libros. La trastienda de Florentino. Iría por él abajo -si es que estaban en horario de ventas- y le pediría consejo. Él se sumaría a la cruzada defensora. Bajó, el viejo librero atendía a un cliente. Fuera, por la vidriera se veía un sol cegador. Vaya a saber qué hora y qué día era. Se acercó y sin temer interrumpir le preguntó:

-¿Qué haría si supiera que por negocios jugosísimos los libros estuvieran por ser incautados, destruidos y reemplazados por ficciones electrónicas basadas en sus mismos personajes y argumentos? (¡Bien, Doris, maravillosa síntesis! Van Dijk no lo hubiera hecho mejor)

El viejo rió suavemente, miró al cliente que sonrió a su vez y minimizó: -Está pasando todos los días desde hace lustros Doris, y aquí nos ve, rodeados de nuestros amigos de siempre... y comiendo de ellos.- Tomó un billete del cliente que saludó y se fue.

-No, Florentino, no digo convivencia más o menos pacífica, digo, fascismo empresario, concesión absoluta, permiso para registrar, vaciamiento de bibliotecas y posterior equipamiento, con la anuencia de iglesias y estados. Todo en días o en meses. Pausa jadeante de Doris, suspiro de Florentino.

-Pues, entonces, después de mirar cómo se aleja por Talcahuano el último camión con mis libros, voy a mi escritorio, abro el cajón con llave y me pego un tiro en la cabeza. Si fuera más joven armaría una mochila de esas que usan los chicos, enorme -con las manos dibuja un cuadrángulo en el aire- la lleno con mis favoritos y me voy al desierto... quiero decir a Casabindo, a Cushamen, a Villa Cañada del Sauce Verde y me interno en la sierra, en la estepa o en la selva y que me agarren. Invitaría a una chica para hacerla completa pero tendría que estar loca como yo.

Doris no leyó ninguna entrelínea en esto porque el anciano sólo contestaba para complacerla. Sonrió, lo saludó y se fue, con paso vencido, hacia su oficina. Todo se terminaba. El cheque cobrado esperaba ser gastado en disfrute continuo, allí en su cuenta bancaria. El brujo de las múltiples máscaras que seduciéndola le había confiado el porqué del trabajo estaría riéndose de ella ¿Y ella?



Caminó cansinamente hacia su oficina. Ese era su hogar. El departamento que alquilaba era sólo un dormitorio, sin su huella ni en los muebles, ni en los objetos tirados por ahí. Era en su oficina donde había edificado su segunda vida, donde había encontrado algo que hacer por los demás, donde iba a tomar la decisión. Aunque bien mirados, todos sus trabajos podían considerarse fracasos. Aún aquel en el que le habían encargado hallar a un padre ausente, ido durante la infancia de los hijos que ahora querían rellenar los huecos del afecto y la compañía. Sí, lo había encontrado al Fulano perdido, pero ¡qué recalcitrante! Paternidad cero, ternura bajo cero ¿y entonces? Entonces como siempre, recurrió a su biblioteca. El viejo Chesterton le dio le dio la clave. Sólo con un ardid inspirado en sus negocios raros pudo convencer al corazón de granito de su encontrado. Primero compró un ejemplar nuevecito de la Carta al Padre de Kafka. Después se hizo pasar por mujer de negocios y lo convenció de encontrarla para cerrar un jugoso trato. Lo citó en su oficina asegurándose de que el edificio estuviera vacío por largo tiempo y lo atrapó en el ascensor, con el librito en el piso, ahí al alcance de la mano durante horas con un pretendido desperfecto. Ella, desde abajo cada hora lo alentaba a tener paciencia pues estaban llegando los técnicos. Con la lucecita del ascensor, la soledad y la patética pintura del opúsculo, el hombre, obligado a leer, salió transformado. ¡Flor de catábasis! Se reía ella sola recordando, tomándose una licencia semántica... Tras el llamado agradecido de los hijos y el estipendio cobrado se había permitido un brindis por Gilbert K. que sigue dejándose saquear por guionistas de TV tan fresco como siempre. Pero poco más había hecho ella por sus semejantes. Pensó en la mochilita de Florentino y supo que esa sería su decisión. Los tiempos no pueden ser frenados por una vieja en decadencia, valga la redundancia. Elegiría bien para no cargarse de más, sería cuestión de pensar un poco, no mucho y tomar algún camino. Le avisaría también al Director de Iupi, la vieja revista infantil que tenía allí mismo la redacción, y le caía bien y a nadie más. Pensó en paisajes, en

climas, en poblados. Pensó en rebaños, en ferrocarriles abandonados, en valles, en cerros en ríos y en frondas. Pensó en un lugar sin espejos donde esperar la muerte... releendo. Sí, como los hombres-libro llevaría su memoria en su equipaje, y ya se vería. En una palabra, ¡que se fuera todo al carajo! Y como decía JG (Ballard): ¡Ahora!... ¡CERO!

Pero al entrar en la oficina y prender la luz, un sobre sin matasellos, con su nombre escrito y sin remitente interrumpió sus pensamientos. Adentro una hojita de papel decía: *Doris: estuvo un cliente que dijo ser funcionario ministerial. Dejó este mansaje.*

## Parte II

### Doris vuelve a la escuela

Doris durmió en la oficina. Un poco de frustración, sensación tan familiar de fracaso ahí, por poco, de haber tenido al alcance un buen secreto, una buena ocasión de hacer una grande y no poder, no tener fuerzas, no darle les piernas . Y otro mucho de calambres musculares lisos y llanos la tumbaron en su cómoda silla con brazos y muelles resortes, apto para suavizar estas familiares sensaciones de perder. Quedaba el cheque, sí, pero si era por dinero... A su nombre había otra cuenta, sospechosa en el plano más real, que nunca tocaría aún en el caso en que no hubiera estado inhibida...

El mensaje que le alcanzara Rainer le quedó entre los dedos y el agotamiento pudo más que la perplejidad. Cuando despertó, le dolía hasta el pelo y sin abrir los ojos decidió una ducha en su departamento y se prometió no volver a alejarse de su cama en horarios poco convenientes.

Pero el mensaje deslizado hasta su regazo desde los dedos la despabiló, ¿otro trabajo? ¿Ahora, que tenía dinero como para tirar todo un año pasándola bien? Pero claro, sin hacer nada. Y ella era incapaz de no hacer nada. En el sentido que todos le dan a “no hacer nada”. Nada obligado, nada de lo que dependa el sustento diario. Eso significa hacer... placer... vacación,

antojo. Movi6 la cabeza diciendo que no a la pura soledad. La nada -para ella- era inexorablemente, la locura. Bien estaba el cheque mágico en el banco, totalmente legal, depositado a su nombre, esperando que unas boletitas con su firma fueran desangrando el saco que contenía la platita. All3 se quedaría. Ahora movió la cabeza resignada ante ella misma, ante ese handicap que le vedaba toda tensi6n hacia la felicidad. Madame la culpa la clavaba en su silla de oficina delante del papelito con el mensaje: la cita era en provincia, eso quedaba entre Quilmes y Villa Cuáquer, es decir, territorios suburbanos célebres por su fealdad arquitect6nica, su índice de corrupci6n funcional pero tambi6n por el inagotable venero de votos en temporada eleccionaria. Muchos pueblos contiguos, muchas calles San Mart3n y Belgrano, corralones, autobuses. Todos iguales para el de afuera, todos distintos para los que amaban un recorte de todo eso como su patria chica, barrio, terruño. Nadie pide a su lugar natal belleza de almanaque.

Cada uno de estos sitios tenía, -cavilaba Doris a la hora de decidir si la empresa tenía inter3s detectivesco, pecuniario, caritativo o meramente distractivo de su tristeza cr6nica-, su Junta escolar, dependiente del gobierno provincial, y vericuetos burocráticos mil, que ignoraba como buena porteña -¿y despreciaba?- baqueana en el m3s rico y fino de los distritos educacionales del pa3s.

¿Pero para qu3 la querría un funcionario de estos, el que firmaba el mensaje? Y fuera de horario, pues es sabido que esas dependencias del estado no est3n abiertas m3s all3 de la hora del t3, cuando no de la del almuerzo. Las pocas veces que anduvo y desanduvo los laber3nticos corredores de edificios estatales fuera de la capital -ni recordaba para qu3, ¿rentas? ¿registro de diplomas?- había salido con una leve indisposici6n del tipo del v3rtigo o apenas del mareo, como ahora le ocurría fatigando las g6ndolas de los grandes mercados en horarios muertos.

Volvió al departamento para un refrigerio de varón espartano –que ella imaginaba parecido al de las estrellas de la NBA, a saber: chocolatada, bizcochos, una tajada gruesa de jamón y alguna fruta. Probaba todo, tiraba el resto para no encontrarlo podrido semanas después y ya se sentía *uonderuman*. La zona sur se le antojaba algo así como el far west. ¿Quién sabe si encontraría algo decente para comer? (Debía reconocer una moderada hipocondría, espiaba su salud perfecta como si hubiera de sorprenderla con una catástrofe orgánica en cualquier momento. Eso le pasaba desde que había descartado el suicidio, no mucho tiempo atrás.)

Fue al rentacar de siempre, con su falso carnet y eligió una batata francesa de buen motor y garantía de la casa, una especie de camuflaje. En cuanto a su aspecto, era en sí un disfraz natural para pasar desapercibida, es más, para pasar por transparente, o invisible. Su mera condición de mujer madura, vestida con ahorro y displicencia le aseguraban que nadie la notaría. Para llegar por fin, más o menos a la hora convenida –más allá de todo horario de atención al público- se perdió varias veces: en calles anchas con veredas angostas sin árboles, en calles angostas con veredas de treinta centímetros y sin árboles, en calles asfaltadas con zanjas residuales y puentecitos en los umbrales, anchas, angostas y sin árboles; también conoció avenidas temáticas como la calle del cigüeñal, la del pistón, el carter y las bombas en todas sus variantes: de agua, de aceite, de nafta. Todo olía así, coherente y redundante. Por fin, unas señales amarillas con siluetas infantiles en negro y unos lomos de burro que hicieron tiritar al chaperío francés que la envolvía, llegó. Anexo a una escuela primaria, lógicamente dormida en un silencio de alivio, estaba la Junta distrital, allí donde la esperaba el cliente, cuya firma se reducía a las iniciales RS. De fondo, un crepúsculo de monobloques la llenó de una tristeza tierna, solidaria, todo la devolvía a sus comienzos de docente nuevita, apenas más joven que sus alumnos.

La puerta estaba cubierta de papeles pegados del lado de adentro, avisos viejos y nuevos, escritos a mano con marcador o con bolígrafo, trabajosamente engordadas las letras para ser mas visibles. Decían cosas como: *cheques bendidos solamente primeros viernes*, o grillas de horarios complejos de consejeros, de miembros, de supervisores y veedores, uno decía *Las credenciales en 8 quedan absolutamente anuladas*. Doris se estremeció, este mensaje era a bolígrafo apretado con furia, una caligrafía algo demente, una venganza declarada. Pulsó el picaporte sin esperanza y la pesada puerta de vidrios y metal gris se abrió. Unos escalones de mármol y se vio frente a un laberinto de tabiques con ventanillas en torno a un hall central, allí donde ella estaba clavada. Olía a madera, papel y polvo. La madera se vislumbraba en uno de los espacios tabicados, pinotea de mejores tiempos, el papel tapizaba los recintos encarpetao en color marrón claro, tamaño oficio y en biblioratos enlozados como fuentes, blanco y negro o como viejas vacas argentinas. La tierra todo lo envolvía, en una niebla que velaba los contornos, se le pegaba en la nariz y estaba a punto de hacerla toser con ganas. No se atrevió, no tenía un dominio visual satisfactorio: los tubos de luz blanca, llenos de bichos muertos le producían un efecto sedante. No se veía alma viviente, pero oyó una voz y su mirada volviéndose halló a un hombre calvo, vestido de guardapolvo marrón claro, con un tacho de desperdicios en la mano. -¿A quién busca a estas horas? -A un funcionario cuyo apellido empieza con S- respondió con firmeza jerárquica y el otro, sensible al uso del pronombre relativo o a la actitud directorial de Doris, se cuadró, pero con impertinencia: -El único que se me ocurre es este... Sknt, Roberto, asesor-consejero de segunda...- Entonces Doris avanzó amenazante y provocada por la sorna que deslizaba el ordenanza. Cuando estaba muy cerca del tacho al que se abrazaba el tipo como protegiéndose, le lanzó -¿Por qué de segunda?

-Porque es como un suplente que se sortea cuando alguien desaparece por renuncia o... o denuncias. No se sabe si quieren estar aquí o los obligan, pero si alguna vez se anotaron... - encogiéndose de hombros e intrigado por la ignorancia de Doris, a la que había tomado por lo menos por concejala o inspectora. -¿Por lo menos es docente el señor Roberto? Y entonces uno de los tabiques con vidrios opacos y cartelitos a birome colgantes se movió con un gritito de polvillo y tierra y aparecio: -Yo soy el señor Roberto, ¿Profesora Milano?

Doris se volvió hacia la voz y lo que vio se le figuró una aparición: detrás no había ninguna puerta. O el señor Roberto era muy silencioso o... -Ajá, creí haberme equivocado con la hora- divagó mientras sacudía como un perro las gotas de agua de sus temores, diciéndose que estaba en el conurbano y el conurbano no es terreno propicio a poerías (neologismo que estaba usando por primera vez pero que no le agradó del todo y prometió, en un segundo plano de su discurrir, revisar y eventualmente descartar por otro más eufónico, aunque por supuesto, éste se pronunciaría *pouerías*).

-La hora es correctísima, profesora Milano... Hoy me quedé después de hora... y este sujeto también porque dentro del horario no puede hacer bien su trabajo... pero creo que ya está, ¿no, Obdulio?

-Sí, señor consejero.- y tomando sus útiles se fue por donde había aparecido.

-No soy consejero, en realidad, soy planta permanente, pero contratado y renovado por este organismo de la constitución. En otras palabras lo que se conocía en tiempos anteriores como interino en provincia y provisorio en capital. Los militares le agregaron el "precario". No tengo tarea asignada ni horario ni oficina.- Y la miró desafiante.

-No debe ser fácil, balbuceó Doris que se había quedado en el "profesora" del principio del párrafo. -Pero usted sabe que me dedico...

-A investigar, para eso la quiero.- Le sonó eso tremendamente mal a Doris, en ese ámbito, a esas horas, y le dio un acceso nervioso de risa que evacuó educadamente dirigiéndola a sí misma: -Me queda grande quizá el título, soy apenas una gestora de ciertas búsquedas (en el segundo plano de su discurrir se prometió rescatar la expresión, modesta y poética. Y descubrió que en un tercer plano de su discurrir reconoció que su mente estaba funcionando de nuevo como cuando daba clase. En esa época le parecía tener una cabeza de cebolla, cuyas capas eran líneas de ideas en diferentes secuencias en las que no faltaban el diseño del menú del día y el recuerdo de infancia y la discusión trunca con su marido o el esbozo poético de una frase, un regodeo de libertad en el fondo de su hemisferio derecho, convenientemente redactado por el izquierdo.. Todo a la vez que definía por enésima vez el estilo gauchesco, o las proposiciones adverbiales del segundo grupo.) Sacudió la cabeza para aventar la cebolla y cerrar las ventanas de su windows con ruido de postigones. ¿Era polvillo de tiza lo que aspiraba o la kafkiana droga gris de los biblioratos? Las terminaciones nerviosas de sus fosas nasales se irritaban al tiempo que un sopor de mesa de entradas le ganaba los miembros... alcanzó a preguntar, haciendo fuerza a sus músculos faciales: -¿por qué me llamaste profesora?

El señor Roberto, de aquí en más Roberto a secas, porque su edad no le daba aún la dignidad necesaria, aunque su arreglo era mas bien extemporáneo: ambo gris oscuro casi negro, camisa blanca en condiciones a primera hora quizá pero ya ajada y desplazada en pechera, puños y faldones -uno fuera del finito cinturón del pantalón pinzado sobre su escuálido vientre. De su peinado poco se puede decir, cabello con ondas sobre la cima de la cabeza y nuca, orejas despejadas, como un corte antiguo descuidado. ¡Ah, sí! El señor Roberto era joven y viejo, se dijo Doris y la estaba mirando fijo...



-Sknt, Rodríguez, Ruano, Sabbione, Saccone, Sanzone, Shaw, Sknt, Storchi...-la mirada huida hacia un costado, la letanía de la lista puso una O en la boca de Doris que trastabillaba en un único plano de su mente: aquel quinto año del normal Belgrano. Vio desfilar su libreta de notas, con esos nombres y esos rostros, sus corbatitas finitas, sus blazers azules o marrones, pobretones algunos, otros con las marcas del dinero en los mocasines con flecos o los relojes de acero... pero Sknt ¿Sknt?... en realidad todos estaban en una nebulosa, sus filas se perdían en las gradas de los actos patrios, cantando himnos, o en las filas de bancos y no hubiera podido decir que esos rostros habían convivido. En el mapa de aquellas aulas, las cabezas y los bustos de los jóvenes, los hombros con los dos remos de los brazos y la lapicera en la mano se habían compactado como una masa malhecha. ¡Cómo había olvidado sus años de docencia! El bienestar económico, la profesión del marido, su entretenimiento en la facultad, con unas pocas cátedras unos meses al año y luego los finales y los congresos que daban lustre, unas pocas hojas con ideítas originales e intrascendentes, siempre tan livianos en comparación con el yugo del profesor taxi, de escuela en escuela sumando horitas que redondeasen un sueldo más o menos. Y los embarazos, contraviniendo esa disponibilidad al drama adolescente con su contenido de placentas, dilataciones y después pañales y biberones. ¡Qué lejos estaba aquella Doris!

-¡Claro! Por supuesto, ese curso...- mintió con cortesía.

-No... no se acuerda, no se acuerda lo que nos hizo... lo que me hizo, mejor dicho, porque nadie sentía la intensidad de la literatura como yo, ... sí, mis amigos, Simón y Lucio, ellos un poco también, pero desde entonces sólo supe de ellos algunas vicisitudes, ninguna relacionada con la lectura, en cambio yo... en cambio yo

-...el Ideal...el Ideal...- susurró Doris viendo con tremenda nitidez al joven Sknt, inclinado sobre su *Azul*... leyendo con recogimiento sorprendente, timidez, ahogo, sequedad en la

boca... y ella suspendiendo la lectura, apiadada del rubor del chico, como tantas veces y sin embargo, sin reprenderlo o exponerlo como tantas veces, a tantos otros... -Claro, claro, sí te recuerdo, eras muy sensible a la poesía, algunos temas, las lecturas de clase...-

Él la miró con la furia de un tigre. -¿Sensible? ¿sensible, dice, profesora? Sentimental, sensible y sensitivo es poco, es pobre semántica en el juego redundante... Ahí encontré un pozo de vida, la lectura me tomó por completo, ¿cómo decirle? Me creía Erdosain, en tiempos de rechazos familiares y primeros empleos al salir de quinto, nunca estudié, no podía, además sabía que en la universidad no estaba la lectura como yo la quería. Iba conspirando y creándome fantasías compensatorias y reivindicativas contra todos los que me miraban mal o me despreciaban... recorrí las cloacas buscando los terrores de Fernando y traté de encontrar a Alejandra en los parques... ¿Creerá que una vez conocí a una Sandra que se hacía llamar Alejandra y se paseaba por el parque Lezama al atardecer? pero dejé de ir porque yo no buscaba un juego de rol sino el sentido oculto en esos seres que estaban dentro mío en destellos... Tuve a María Iribarne y recé ante el Cristo de la mano rota . Perseguí a la pelirroja de Chesterton pero ni se le acercaba, creo que ella no estaba a la altura del lugar que yo quería darle...

-¿Y una Maga?... por ahí la Maga hubiera sido...

-Tuve media docena de Magas, está lleno de Magas, todas quieren ser la Maga y Horacio es un tipo que... que...- Roberto levantó la cabeza y la miró -Empecé a quedarme solo, apenas sugería una lectura mis amigos... ¡amigos! Mis conocidos o alguna mujer me huían, me trataban de loco, sacaban temas banales, estúpidos, yo debía decir lo que ellos esperaban... todo te lo soplaba la televisión: un crimen, un festejo, un escándalo y cuando no había nada morboso o que inspirara piedad, entonces había que hablar de unos seres de ficción, como payasos y prostitutas... yo casi no los conocía... solamente sabía que las frases empezaban con un ¿viste

anoche...? ¿viste a...? ¡Y eso también pasaba si habíamos estado juntos y los habíamos visto juntos! Sólo algún lector... alguna lectora encontré... de esos libros abominablemente aburridos y fáciles, de muchas páginas banales, carísimos y que no podían inspirar ningún acercamiento real... porque todos los que los leen son iguales, da lo mismo uno u otro, una u otra... he tenido charlas de café idénticas con chicas diferentes que decían lo mismo de un libro de esos... Casi no podía ya poner en palabras lo que sentía porque no había nadie alrededor... me quedé muy solo... entonces me contactaron ellos...

-¿Quiénes? Se atrevió Doris con algo de temor, echando una mirada al lugar por donde había entrado.

-Los mismos que a usted. Querían sacarme el secreto del poder de los libros sobre mí y otros. Buscaban gente que de verdad sintiera a partir de los libros, que sufriera mejor dicho, que se inquietara con ellos y amara esa inquietud... Les sonsaqué cosas, su nombre en el proyecto, y supe cuál era su fin último. Pero me alejé de ellos, y emprendí mi propia investigación. Ellos me hicieron entender mi enfermedad.

-¿Qué es...esa investigación? (desdramatizar, era la consigna de Doris)

-Venga- la tomó de los hombros con dedos de acero, sujetó sus brazos desde atrás y la empujó por un pasillo polvoriento cuya tenue luz provenía de altísimas claraboyas. Entrevió, mapas colgados en rollos en una pared, una morgue descuidada en esqueletos didácticos incompletos en perchas de metal, y frascos de preparados con líquidos eternos. Roberto abrió de una patada la puerta al final de pasillo y estuvieron en la biblioteca de la escuela contigua, la luz de la calle entraba por altas ventanas con alambre tejido y persianas destabladas. Ahí los tiene... estos leen ahora, estos son los culpables de mi soledad, las escuelas están llenas de estos, pero nadie lee, ¿por qué? Tiene que decirme, usted que sabe qué libros despiertan al espíritu. ¡Esto es

lo que se lee! Los chicos odian las palabras, las olvidan, las desprecian, las dilapidan en chácharas sin sentido. Los escucho todas las santas tardes detrás de esa puerta y las otras de las aulas. Conozco sus poderes, profesora, penetre las razones de este páramo poético en el que voy resecándome y donde usted me trajo!- Los que me contrataron y la contrataron a usted van a tener éxito y ¿sabe porqué? Por estos libros que están aquí, por el mercado -escupió la palabra- que se amolda a los mediocres y sólo ve ganancia... como los que nos contrataron.

Van a armar máquinas con cuatro ganchos descubiertos gracias a usted y a mí, y los van a envolver en estas fábulas tontas...El estante decía Literatura infanto-juvenil, -expresión que siempre sospechó Doris sacada de la patología pediátrica- y estaba bastante nutrido. Roberto la empujó con violencia y Doris temió, como siempre que se arrojaba a su mágico don, romperse la nariz con los estantes. Pero no, su resistencia la desvió hacia otro rótulo: "manuales" y traspasó las tapas de suave cartulina sin herirse. Estos estaban en un estante de otro formato, para libros de ese tamaño que se reconoce de lejos como libros de escuela, quién sabe porqué, como si aplastaran con palo de amasar un buen bodoque-prisma de cuatrocientas y lo aplanaran como hojaldre a dimensiones incómodas y páginas enormes. Quizá para alojar en semejantes tabloides una vidriera de cuadros, coloridos e ilustrados, como lámina de maestra normal de los años cuarenta. Un friso cuadrángulo de múltiples temas en fuentes de letras diferentes, con fondos de colores fácilmente ubicables y bordeando la costura la consabida leyenda sobre el delito de reproducir. Siempre pensó Doris que si se redujera todo eso a puro texto, sobraría el formato "poche" con creces y la industria editorial se hundiría en el espanto con las terribles consecuencias de desocupación que sobrevendrían. Pero ahora estaba allí, con los ojos encandilados de blancura cuyo origen no acertaba a discernir. Sólo que el ámbito -¿diría habitación?- en que se encontraba no parecía tener aristas o rincones, un recinto circular,

amplísimo, blanco hasta el dolor de los ojos y el asombro de sus pies que no parecían afirmarse en piso alguno. Cuando sus ojos asumieron la deslumbrante luz pudo distinguir en lo alto un techo de rejas, segmentos negríssimos y paralelos de diferentes tamaños. Se tomó su tiempo Doris -¿cómo no? Y fue descubriendo una regularidad, si se le permite, irregular. Pero su música no le era del todo desconocida. El asombroso pentagrama -olviden el sema griego- tenía pies de seis, pero ¿eran un ritmo? Giró sobre si misma y descubrió la leyenda "Sampalana SRL. Prohibida su fotocopia" que se le había hecho visible por el acostumbramiento a la blanquísima luz. Fue hacia ella, no se diría que "caminó" y pasando su mano por las letras supuso cierta solidez. Miró en derredor, se ajustó el bolso en bandolera para que no se deslizara -nunca preveía eso en sus viajes- y sintió en sus manos la S de la marca registrada como una soga o manguera. Puso un pie en la curvita de abajo, el otro en aro que encerraba una letra C y se creyó en la plaza de su infancia. Osciló todo su cuerpo llevado por el cimbreado renglón y la primera palabra fue recorrida en un baile pendular que la mareó completamente. Ahora venía la sigla, de sólidas mayúsculas, ligeramente más gruesas y por lo tanto estables. Allí descansó en el respaldo de la L teniendo hacia abajo un panorama desconcertante: no había abajo. En rigor ella venía de la blancura y en su sillón sin firma pero de audaz diseño, todo la rodeaba.

No necesitó escalar la leyenda interdictiva para darse cuenta de qué era el techo de rejas al que iba. La rítmica repetición del seis, la alternancia en columnas de desigual longitud, cada una precedida de una pequeña pieza fraseaba algo que Doris tenía muy profundamente incorporado en la memoria: el paradigma de la conjugación regular. Sobre su cabeza, como un techo de llavecitas negras moduladas y moldeadas con tipografía escolar se desplegaba en todo su esplendor: amar, temer y partir agotaban su existencia allá arriba. Y por primera vez se le antojó que esa frase escrita allí en todas sus variantes era desoladoramente poética. Y se sintió

como el astrónomo que acomoda sus lentes y oculares según el mejor ensamblaje y probando y nublando y aguzando ve abrirse el esplendor del universo, en un texto desoladoramente poético. Esa reja, muy Malevich, en su blanco nítido y su negro férreo, estaba a su lado y sobre ella y no acertaba a descubrir un abajo y un arriba como a la entrada, en que la parrilla incoherente, flotante y parlera le hacía techo. Se acomodó nuevamente, incómodada en el trasero por el sérif de la tipografía posponiendo imprudente la pregunta del millón -¿cómo salir de allí?- Eso nunca la inquietaba. Pero los universos interferidos por su don no eran tan abstractos y teóricos y geométricos... La belleza del paradigma la extasió, se detenía en seguir el orden instalado... ¿Nebrija?, quizá la didáctica moderna, ya estructuralista... pero el cuadro delante y rodeándola no jugaba a las oposiciones, era la mostración, la totalidad, la forma que encierra todas las formas... Temió imaginar los verbos irregulares como si el resplandor de las páginas fuera algo así como el ente divino omnisciente que fuera a castigar la mención de la irregularidad como un mal pensamiento. Entonces se decidió. Desconocía la materialidad de la gran jaula, pero ya había visto bastante y empezó a salir. Se colgó de una desinencia acentuada, -un imperfecto de segunda, quizá- y con los brazos arriba como víctima de un robo, penduló lanzándose hacia abajo, hacia sus pies, es decir, y pudo llegar a un margen, de allí escalereó a la siguiente persona, un vosotros obsoleto que la llenó de rencor rioplatense y ahí, precisamente se le ocurrió la idea, o más bien ayudada por los recuerdos removidos de su lejana docencia, se sumergió simiesca a la miserable notita pie de página donde aclaraba que vos, que ustedes, y hasta hacía mención al che glorioso del habla nacional. Hizo pie, sintiéndose revolucionaria, en la hache y se sentó, hamacándose suavemente como si estuviera bajo un paraíso, en la llanura, cerca de la casa y sus galerías. Ese manual era viejo, ella sabía muy bien que esos pronombres se codean ahora con el tú y el vosotros. Impulsada como una nena en la hache saltó hacia delante y se pegó un buen porrazo.

Había atravesado una porción de páginas. Y ahora la luz no era tan blanca, se vislumbraban colores, márgenes más anchos pero las dimensiones seguían siendo surrealistas. Carecían de profundidad o perspectiva. No había allí ningún relato. Pero sí renglones. Flotó hacia ellos y advirtió que el texto estaba subrayado. Alcanzó esas líneas, como barquitos o canoas, azules y rojas. Patinó sobre ellas y se sentó. No había remos pero sí rótulos. ¡Oh, no! ¡He caído en el análisis sintáctico del año del jopo! Y ella, que había amado la estructura perfecta que significa, que había resuelto el álgebra de los complementos y había ubicado núcleos y circunstancias y develado causas y condiciones, que sabía reconocer las incluídas en un discurso bellamente arquitectado, reconoció en la maraña de cajoncitos bajo esas frases incompletas, unas historias abortadas en el punto aparte. Ese dejar dos renglones de espacio para el OD, el PSO, el MD sólo había llegado a secar el lujo de avanzar en la comprensión de la música de los textos. Tironeó de los hilos azules y rojos con furia, desordenó los modificadores y desconectó los nexos. Un fognazo se hizo en el papel que la contenía. Como cables chamuscados un matete de líneas yacía bajo las oraciones inconexas. “Como si no lo hubieran sido siempre” pensó Doris con satisfacción. Y juzgó suficientemente larga su visita al manual. Ya tenía algo para conformar a Sknt. Se lanzó con fuerza hacia ¿adelante? Y se dio un buen golpe sobre las tablas del piso. Estaba nuevamente en la biblioteca, pero el trance no había cesado. Sknt no estaba. La luz que se filtraba por las persianas era de neón, y generaba en el polvillo del aire unas nubes bajas y quietas. Volvió la mirada hacia los estantes. Iba formando una respuesta pero no le pareció suficiente.

Desvió su mirada y se alejó con temor de los libritos de imágenes para infantiles, siempre había sentido horror por los dibujitos animados o más bien, los había disfrutado a muy temprana edad, en los cines que los daban en continuado y luego en la tevé sin colores. Seguramente ese pasaje la desprendió saludablemente del fruir de sus agitadas imágenes y quedó

confinado en el recuerdo. Odió años después a la pantera rosa por idiota y de adolescente eso le valió algunos rencores. Pudo recordar, mirando de lejos con prevención -no quería caer en ellos por nada del mundo y el peligro acechaba- ¿quién sabe si Sknt no enloquecía y la metía de cabeza en Quesito, el ratoncito doctor o en Corbata la jirafa..., vaya a saber qué?- que sus hijos habían tenido esas colecciones y luego, destruidas por el manoseo habían ido camino del basurero sin más. Otras lecturas les fueron dadas entonces.

Pero la atmósfera seguía propicia al viaje. Ella estaba pero no estaba allí. Se preguntó qué relación existía entre Sknt y sus contratantes anteriores. Si ellos seguían estando en contacto con él o simplemente era como había contado el ex alumno. Un vericuetto del destino que había vuelto a juntar a dos personas aferradas a los libros, conocedoras quizá del secreto de su obrar en las conciencias y los espíritus. Pero ¿qué clase de lector era Sknt? Aquel que halla los libros como un naufrago un madero, como un suicida la certeza de que quizá esté equivocado de medio a medio y la vida no sea esa cloaca que quiere abandonar, como el enamorado abandonado que ve volver con arrepentimiento a la ingrata... un fanático, un fundamentalista, un obsesivo liso y llano que no soporta la soledad a que lo condena su obsesión... un hombre peligroso por lo tanto... ¡Ah! Estaba segura entonces de que no cobraría el trabajo, que más le valía huir de una vez... pero, si el don se le daba para responder a este cliente y el don se le había dado para cumplir con los otros clientes, los empresarios de la distopía controladora, entonces... tenía que seguir adelante. ¡Vamos! Doris quería quedarse allí y echar una mirada más, sólo una mirada más... si era como volver décadas en un regreso que casi la memoria no podía permitirle ya... tan lejos le quedaba la niñez. Miró a su alrededor y decidió seguir el juego. Sknt no estaba. Eso era señal de que seguía en la otra dimensión. Recorrió las hileras con decepción anticipada. ¿Quién no sabe del tedio de una biblioteca escolar? Si se animan un poco es porque ponen una pantalla, un



equipo de música o la llenan con un curso y su clase de plástica... entonces los niños se tiran al piso y enchastran alegremente bellísimos dibujos que muestran un cielo azul, un campo verde o unas olas del mar como íes manuscritas, (sin punto) y en la pantalla hay un documental sobre el régimen de los ríos y en la semioscuridad necesaria los niños se pegan papirotazos con los cuadernos y la maestra charla cubierta por la música instrumental con la bibliotecaria, antigua compañera con tareas pasivas... a punto del retiro...

Entonces allá arriba, en un rincón de las húmedas hileras vio un breve tren de vagones amarillentos y como ventanas o puertas colgantes. Formaban una colección. No eran muchos, se subió a un antiguo banquito-escalera de esos que se ven en las ferreterías y en puntas de pie (¿qué niño podría acercar sus ojos a esos títulos?) reconoció a sus viejos amigos de ACME. Trató de recordar títulos pero sólo le vinieron héroes..., heroínas también pero haciendo *pendant*, nombres arrastrados de un hilito tras el protagonista, claro, el tren amarillento tenía dos largos vagones: el de las nenas y el de los nenes. Le gustó ver que los dos estaban parejamente destruidos. Y eran bastante parecidos en tamaño. Pero la entristeció pensar en los lectorcitos ya maduros y olvidados por completo de esos héroes. Es mas, se le vino la insidiosa idea de que esos lectorcitos habían desechado sus tesoros en el primer noviazgo, o en la primera mudanza. ¿Acaso ella no había hecho lo mismo? ¿Acaso ella como madre de niños en la dichosa edad de la latencia no había echado de menos sus buquines de ACME? ¿No se había arrepentido de haberlos dado en caridad al primer indigente que tocara a su puerta en busca de fruta o pan? ¿Acaso los tenía en su celda -perdón- en su departamento de viuda castigada? Ojalá, ojalá los tuviera y pudiera escaparse a las selvas salgarianas alguna noche de fuga hacia la muerte... ojalá un par de vinos y un librito de esos la endrogaran para dormir cuando afuera está oscuro. Un suspirón le sacudió el corpiño y tomando un lomo despegado que decía "Argel" se izó como un trapo hacia las páginas.

Sí, el Mediterráneo era azul de acuarela, el horizonte no era un abstracto círculo como en el Atlántico, las peñas cercanas delataban islas, y no estaban solos a bordo del Solimán, los delfines se deslizaban velocísimos dejando surcos luminosos que brillaban extraños sobre las aguas oscuras de la noche que ya había caído, súbita. El barón estaba allí su silueta recortada contra la borda y conversaba en voz baja con ¿"Cabeza de Hierro"? Sí, seguramente. El barón dijo:-Tu miedo me fatiga.- y Doris sintió una emoción en el pecho y ganas de seguir leyendo. Entonces cerró los ojos porque dos propósitos se agolpaban en su memoria de niña: aterrarse con el espectáculo de los derviches y conocer de cerca al moro Zuleik. No le costó llegar a la mezquita y meterse en el recinto vacío, con el piso cubierto de tapices, en el nicho ya estaba el imán, con su libro en el regazo. Entonces entraron los doce y ancianos cubiertos de túnicas azules. Doris no tuvo problemas en mezclarse con los que iban a presenciar la danza. El hachis se sentía y los bailarines comenzaban ya a estimularse con cantos. Todo fue vertiginoso, la atmósfera era densa y semioscura, las rodillas de los viejos se plegaban y a poca altura evolucionaban sin tocarse, apenas rozándose sus túnicas voladoras. La música transportaba... Agudos gritos, aullidos feroces crecían para ayudar lo que vendría. Doris pensó "en algún momento me taparé los ojos" como cuando entrecerraba y los renglones bailaban como los derviches arrojando sus salpicaduras de sangre y sudor al ritmo de los cortes y puntazos que se daban con los instrumentos que habían salido no se sabe de dónde. Antes de que el más loco se atravesara la lengua con un clavo al rojo - el chamuscado se sintió al instante- Doris se había lanzado hacia delante para lograr la única y perdurable impresión del dolor y el erotismo que la historia le había dado hacía tantos años. "Quiero aquellos ojos, los de mi infancia" rogaba, mientras la expresión "joven gentilhomme" la empalagaba y le producía el mismo rechazo que cuando niña. ¡Bien! Los bellos ganadores la hastiaban. La lucha se les daba como un ejercicio deportivo que sólo sancionaba con un lauro más

aquello que ya tenían. ¿Y el abismo? ¿El abismo de lo humano en visión de su derrota? ¡Ah, qué marca en sus genes la predisponía a la desdicha!

Presenció el encuentro con los halconeros, la pelea verbal y con las armas, presencié el despecho de Amina frente al joven gentilhomme de Malta y el diálogo de la mora con su hermano Zuleik, hermanos también en los celos y el despecho... Entonces Doris comprendió que el corazón infantil herido por la literatura no hace más que crecer en dirección a revivir las heridas y llorar la sal sobre ellas. Sólo cambia la vergüenza que el corazón maduro arroja sobre la llamita del dolor, para ahogarlo...

Cuando se arrojó, con los ojos nublados, del tren de tomos amarillentos deslomados al sucio andén, un Sknt con cachetes inflados y diez centímetros menos de altura, le hacía burla desde el fondo y le arrojaba una lluvia de tizas redonditas con furia. “¡Siéntese!” vociferó. Y un aula fantasmal la rodeó. La espalda contra el pizarrón, el curso de Sknt con su población completa de pobres seres que adolecían de la triste fealdad que precede a la adultez se le enfrentó con sus sesenta ojos llameantes de burla y desdén. Uno codea a otro y dice, murmurando: ¿viste que cara tiene la vieja hoy? Doris se despega del negro telón y con las manos en los bolsillos, ladea la cabeza en un atávico gesto amistoso cubierto de una delgada capa de autoconfianza. Recordaba vagamente que así ocultaba el pánico y el deseo de fuga. ¿Qué texto tocaba hoy? ¿Lo habrán traído, tendrá que dictar? Dictar poemas... línea por línea, monótonamente para que todos escuchen, lectura escolar tan llevada de los pelos, el pobre poema arrastrado de una trenza por los pasillos, entre los bancos, lentamente, mostrándolo desnudo e indefenso, con pausas extendidas, repeticiones. Doris sabe dictar, modula los sintagmas, deja enteros los complementos y un principio de comprensión se instala en las simétricas mentes que mueven manos simétricas sin mirar a los costados -¿no hay zurdos aquí?- Al cabo del dictado se produce un silencio, una pausa

de manos, unos ojos demorados en el papel. Ella musita “releo”, y sin tomar aliento casi y sin decir a cada verso coma, o abajo, el poema recobra su unidad y sacude los dolores y los sacudones que la lectura quirúrgica le dejara. Es ahora el mismo, si se obvia la luz cruel de los tubos fluorescentes, la hora intempestiva de la mañana, el rumor de vagos recorriendo pasillos para molestar sean alumnos fugitivos o bedeles escapando de la inacción del puesto de guardia y la cháchara de los otros ociosos, estirando las piernas con el pretexto de echar una miradita en los baños por las dudas y volver despejados al puesto del panóptico escolar. El mismo poema que saliera del impulso herido por la creación, se retuerce bajo las luces del microscopio gramatical y Doris siente que le duele la disección, como si el tornasol esmeralda de un colibrí debiera explicar su luz en las probetas que desnuden su química, para que todos sepan de donde le viene el estrépito de su dinámica y su luz... ¿qué hacer con las plumas mojadas de ácidos delatores, como restituir el vibrante aleteo que conjuga quietud con vértigo? Ella imagina unos restos de plumas oscuras, unos jirones de piel unos ojos diminutos estrábicos y extraviados de no ver el espacio, bajo los tubos fluorescentes, imagina ponerlos en una bolsa de nylon con los desechos del laboratorio escolar. El poema -piensa- sí puede restituirse, llevarse al banco del parque, a la arena de una playa con luna, a la soledad de un cuarto pobre o a la pausa en un edificio de la ciudad. Y el colibrí restituido en la palabra inalterable vuelve a girar el tornasol esmeralda en una quietud frenética de vértigo semántico y riada de emoción disparada vaya a saber uno dónde. Ella piensa todo esto y concluye de hacerlo con el punto final del poema. Esta en dos planos de discurrir y le parece que el segundo -silencioso- ha traspasado un dejo, un aliento al primero: la voz tan alta que el curso se ha quedado mirándola, en fugaz éxtasis que inmediatamente se relaja y pasa a un ruido suave y confuso de paños, suelas de zapatos, hojas de papel y cliqueo de bolígrafos. Pero ella puede advertir que el pasmo ha durado en algunos, el ensueño, la fuga, el permiso del alma

hacia la evocación. Uno particularmente, está fijo en su hoja, los puños apretados, debería decir algo: grito, aplauso, sollozo. Pero aprieta la mandíbula y tuerce la boca en una mueca de sonrisa hacia el costado de su compañero que ha resentido la belleza pero no ha podido soltarse de su orilla para dejarse hundir hasta el fondo.

La fantasmagoría ha desaparecido. Ella está ahora en el pasillo polvoriento que alberga los libros menos frecuentados. Una especie de anexo donde depositar por ejemplo animales embalsamados comidos de polillas, mapas con países que ya no existen o pipetas de laboratorio con líquidos vencidos, esos libros son así, obsoletos para el mercado vertiginoso del lector infante-juvenil, un engendro golémico con pelusas de lactante y vicios de libertino, al que se le dan jugos alucinógenos fortificados con vitaminas y energizantes pero con un poco de inhibidores que les permitan aliviar el déficit de atención endémico. El resultado son fábulas anodinas, transcripción de peripecia vulgar, sin la puesta en abismo de Mersault, con la complacencia dulzona del culebrón adolescente que perpetúa una infancia sexualizada hasta el límite del ridículo.

En su mareo, Doris recuerda haberse encontrado con Sknt en otra escuela, similar en el laberíntico distrito suburbano, -escuelas que se parecen tanto que uno piensa que está siempre en la misma, sólo que han girado sus corredores y sus patios en unos grados, las oficinas de mando invierten su orden, y las cajas chinas de las aulas se despliegan en hileras apenas diferentes. Uno no sabe bien dónde está. El sistema no le aclara cortesmente “usted está aquí” con una flecha tranquilizadora. Uno está en varios lugares, media 2, media 19, media 5, y los muchachos y muchachas se parecen tanto en su diseño general que cuesta creer que cada uno de ellos es tan individual y único como uno mismo. Aterrado se piensa uno que para ellos es el mismo del año anterior, igual diseño en su abrigo gastado y vulgar, los zapatos de batalla, el

maletín, que se vende en todas las estaciones de tren, la libreta de notas apenas diferente en el color de las tapas. Una caterva de profesores y profesoras sólo discernibles por su sexo, en dos categorías, una más patética que la otra. Ni la femineidad se luce o se explaya ni la virilidad se despliega en ese oficio triste, triste hasta el sollozo.

Sknt era, en uno de esos lugares, preceptor. Y ella apenas recuerda que él le dijera al pasar que había sido su alumno. Reconcentrado, hosco con los alumnos pero justo como un salomón, jamás dejó entrever la cuenta pendiente con ella sobre los libros. Sí lo recordaba leyendo en la preceptoría, cuando los demás mateaban o chichoneaban con alumnos vagabundos. Pero jamás ese recuerdo hubiera vuelto a su memoria sin las circunstancias actuales... ¿que eran...?

Eran un agotador entumecimiento a la altura de las cabezas de sus fémures, una madera de cruz de cristo de clavícula a clavícula, una morsa pequeña -como la de su abuelo- sobre su cabeza ciñéndole las sienes y una certeza como un farol: la escuela no puede dar los libros, metérselos a los alumnos, inyectarles la poesía con jeringas y algodones con alcohol, no puede tachar de una lista, semana a semana una tabulación de páginas o capítulos y luego tomar diez preguntas a un punto cada una. Los libros no se dejan hacer eso. Los libros vienen de la manera más solapada. Por que te los prohíben, porque una palabra del título te atrapa y te inquieta y no dormís hasta que juntás el dinero o te lo robás sin más trámite. Los libros no te los puede dar quien no te conoce te quiere y te elige. -Suspirón de Doris ante la certeza...- un amigo del alma, un suicida despistado, un amor que empieza, un desconocido en el subte transportado por la lectura cuyo rostro nos parezca bello, serán los dadores de los libros. Quizá, sólo quizá, de los trescientos o cuatrocientos seres a quienes Doris, en sus tiempos de militancia docente, propuso los libros, acercó los libros, presentó los libros, diez o doce -por decir algo optimista- hayan tenido la revelación. No, no y no, la literatura es antagonista de la escuela y recordó el

poema de Prevert. La poesía en poder del mal alumno, contrariando la tarea, violando la gramática, abusando del lenguaje... los poetas... a pesar de la escuela...

Ahí estaba, nuevamente, en el aula de los muchachos, casi hombres, que veían como algo afeminado al poeta, cualquiera fuese o directamente loco. Todas las historias, el misterio de Rimbaud, la desdicha de Poe, la infancia de Kafka, y aún la soledad de Alfonsina argumentaron entre esas cuatro paredes. Sólo se ganó un respeto. La miraron como sabia, la admiraron por amar el universo de bellas falsificaciones pero no lograron ver ahí la imagen en espejo de sus propias vidas, los dramas que ya los acechaban amplificadas y dignificadas en personajes heroicos por sólo resistir un manzanazo del padre o amar desesperadamente una idea del amor. No era raro que una tiza volara mientras escribían un práctico y ella retomara aliento deambulando entre las filas. Una vez, sí una vez podía recordar ahora con claridad, el mismo Sknt, emocionado hasta las lágrimas por el Nocturno de Silva (¡criatura!) se había insubordinado, golpeando su banco y repartiendo sopapos a los más cercanos. “¡Sknt, afuera! Vamos a preceptoría”, y caminan, ella con la frente alta de autoridad, unos pasos adelante, él cabizbajo, resoplando lágrimas y perplejidad, arrastrando los pies. ¿Dónde estás, Doris? Entrando al sucucho, entre mate y bizcochitos sólo está él... Roberto, el preceptor, con un libro sobre la gran mesa tapada de boletines y planillas. “Acta de amonestaciones” murmura ella, sintiéndose la peor persona del mundo. El otro la mira con dureza, encara al niño rebelde y pregunta “¿catorce?”. Ella niega con la cabeza y es tan vehemente su gesto que cuando sale del vértigo está nuevamente allí, en la biblioteca. Un Sknt actual, duro, pero más amable, le pregunta “¿De vuelta?”. Y deja puntos suspensivos en el aire. Doris responde “no, no puedo adelantarle nada”, se acomoda el bolso en bandolera tanteando por fuera las llaves con el enorme llavero del rentacar y pasa delante de él con decisión -no huyendo- y cuando está casi en la puerta gris que da a una noche suburbana llena de ruidos y acechanzas, se vuelve y

pregunta: “¿Te puse alguna vez catorce amonestaciones?” pero no le da tiempo a responder, sin cerrar la puerta gris llena de carteles lamentables se sube al auto y se apura por llegar antes de que se le convierta en calabaza y le cobren un desproporcionado recargo.

Doris cavila en su departamento sobre los pasos a seguir. Una mezcla de sensaciones y sentimientos la confunden. El regreso a sus comienzos profesionales, su entusiasmo y sus intuiciones respecto del sistema institucional en el que se había metido estaban en su memoria tapados de telarañas, en el fondo mismo del placar. Se vio joven y dispuesta a vencer la abulia adolescente ¿Cómo podría ser de otra manera si ella venía a ofrecer la belleza misma, la sorpresa de que las palabras de siempre rompieran la plana realidad rutinaria para la evasión del placer, el ensueño y después, paladares madurados de a poco, la profunda luz del poema filosófico, la flecha que desinfla la fatua certeza de la masa y nos hace únicos en nuestro viaje espiritual? Sin embargo Sknt tenía razón en algo: no había que repasar la adolescencia, cuando los vicios carcelarios están instalados en los sujetos que deben aprender. Es en la infancia donde todo comienza, en los dulces presidios de la primaria, donde guardan las celdas las señoritas y las directoras y ellas mismas y los cuadernos se forran del mismo color y todos trazan la línea y todos dibujan el sol con la misma cara o la lluvia con el mismo ángulo de inclinación. ¡Ah, Doris, la ácrata!

Entonces decidió ponerse un disfraz de inspectora (el sacón nuevo, abrigo típico de mujer de edad indefinida y nulo encanto) buscarse una credencial comodín y meterse en una primaria de la zona de Sknt. El caso le revolvía la memoria como un fondo de taza con briznas y subía a la superficie turbia la discusión con su marido con respecto al colegio para sus niños. Era apasionada, teñida de recuerdos y prejuicios, pero estéril, nadie convencía a nadie y ninguna luz se hacía después del discurrir réplicas y réplicas cargadas de verdades. Prevalció la teoría del



mal menor, tan humana y errada como cualquier otra. Finalmente habían terminado eligiendo una estatal de capital –ellos vivían cerca del límite con provincia- que resultó tan buena y tan mala que nunca más se volvió a hablar del asunto. Lo bueno: un par de amigos que se hizo cada uno de los hermanitos, de esos que duran para siempre. Visto a la distancia, no estaba tan mal el resultado. Pero nada de lo que hubieran recibido allí los desdichados hijos de Doris los preservó del dolor, la mentira, el escarnio que les llegó después. Con esos pensamientos se acostó después de una sopa instantánea y una manzana, comestible en un setenta por ciento.

Al día siguiente la acosaba el recuerdo de su abstracta aventura. ¡Dios, que la sintaxis podía entrar en las pesadillas! Nunca les había creído a sus exagerados alumnos. Ellos decían que los cajoncitos debajo de las oraciones eran lo peor que podía pasarles a la hora de ser evaluados. Preferían las pruebas de ortografía, los dictados, la composición más descabellada, del tipo “soy un jirón de nube” o “y la lluvia entonces...” antes que la sintaxis. Y ahora la vieja profe recibía su propia medicina, amarga y agotadora. Los huesos del coxis parecían hinchados, y los antebrazos estirados y doloridos. Pero por lo menos había dormido, estirada y en un colchón. Bien que sin sábana de arriba. Solía olvidarla, el cubrecama era tan suavecito. Pero estaba decidida a seguir su plan y evacuar el caso que tenía entre manos. Una vibración con cierto aire de familia con la felicidad le recorría los nervios cuando se abocaba a un caso, cualquiera fuese. Cuánto más tratándose de socorrer a un viejo amigo. ¡Ehem! ¿No se estaba pasando un poco de optimismo? El sombrío joven de la víspera, el sensible lector que había detectado con profesional indiferencia en el pasado y que se le aparecía ahora como el fruto mas granado de su labor (ella **le había dado** los libros) ¿no sería un psicópata, un obsesivo capaz de eliminarla y vengarse del mal que le había hecho? ¿Cuál? Condenarlo a la soledad en un mar de coetáneos gordos de soma, dóciles a los

hermanos mayores, girando en una gran discoteca entre pantallas y pantallas que absorbían como papel de cocina sus pensamientos, hasta convertirlos en otra raza, necia y feliz.

Se puso una pollera negra, botas de taco, un sacón antiguo que había costado una fortuna pero le agregaba unos buenos cinco años y una cartera donde metió, gracias a su formato, una carpeta tamaño oficio con papeles de un viejo juicio sobre expensas del edificio, convenientemente oficiales por los sellos, las firmas y la tipografía. Mientras pensaba que debía haber ido a la peluquería para completar el disfraz -y también para ver algo nuevo en el espejo, por una vez- la asaltaba el temor de que le hubieran robado el casco de alquiler. "Si tengo que pagarlo por bueno, me lo merezco, habiendo cocheras por todas partes". Pero la tarde anterior había vuelto con un ánimo más apto para la ensoñación que para la sensatez y el auto -de todos modos- estaba allí, despreciado por los ladrones, estacionado de punta contra el cordón, como quien se clava y no quiere seguir más. Condujo con tranquilidad hasta la escuela elegida, no la de la biblioteca mágica si no otra, sacada de una vieja guía direcciones útiles que abarcaba capital y alrededores.

De mañana todas las escuelas rebosan optimismo y actividad. De nada valen los muros grises, los portones inmensos, las inscripciones soeces o los kioscos brotados en cualquier zaguán con sus mercaderías tramposas desparramadas. Adentro hay niños, pensó Doris y eso le puso aire en los pulmones hasta el fondo del estómago. Lo exhaló despacio con un dejo cursi que la sorprendió. "¿Vas a emocionarte con las palomitas blancas o a apretarle el cogote a la directora hasta que te digan qué les están haciendo a las mentes de esas criaturas?" Se respondió avergonzada y cuando estaba tocando el timbre daban miedo su ceño inspectorial, su brazo en ángulo recto sobre la carpeta y su sacón de vieja con olor a guardado.

La recibió una portera renga con la tristeza del universo en la expresión de su rostro y el alboroto de sus mechones. No necesitó decir mucho Doris para que la condujera ante la autoridad a cargo, en el día de la fecha la mismísima directora del establecimiento, en sus tres turnos y niveles. Esta era una mujer de mediana edad, vestida de guardapolvo vip, es decir, con un corte y unos detalles que marcaban su rango. Su empaque de autoridad mostró sin embargo un leve temblor en el bigote cuando Doris se presentó como supervisora extraordinaria, llegada fuera de todo cronograma y sin que la hubieran bombeado desde el ministerio las muchas amigas que tenía. Para neutralizarla, con un tonito de ansiedad obsecuente intentó adelantarse a sus deseos: “¿Planta permanente? ¿Proyectos áulicos? ¿Legajos de personal con situación de revista? ¿Legajo de los alumnos? ¿Proyecto institucional?... ¿Tarjeta de entrada y salida de auxiliares?” Y a medida que la oferta avanzaba el rostro se le demudaba... todo eso estaba... en regla... según las férreas directivas emanadas y exhaladas por comunicado oficial.

-Quiero recorrer los patios... no las aulas... ni los papeles... y ver los rostros de los niños.-la voz de Doris cortaba el aire gris de la dirección y no dejaba lugar a la repregunta. La otra se tiesó, ganó un par de centímetros y cerró carpetas que mostraban la perfección burocrática del establecimiento. Doris, conocedora de la laberíntica disposición de estos edificios -ves uno, ves todos- enderezó al griterío del recreo. A la zaga la otra musitaba fragmentos sobre violencia escolar, niveles de lenguaje, turnos de vigilancia rigurosamente respetados, mientras trataba de ubicar en su memoria quién de su desparejo elenco de docentes estaría de guardia hoy. Eso sí que era una lotería, las había omisas, relajadas que no miraban nada y cotorreaban incesantemente pegando un grito al azar. Otras que no sabía como encasillar, se rodeaban de niños y conversaban con ellos, se mezclaban en los juegos de algunos, armaban rondas con los mas chicos y alborotaban mas que otra cosa. Y por fin, las verdaderas celadoras de recreo -hay que nacer- que

con ojos de águila y cogote de búho no perdían puñetazo, zancadilla u obscenidad para ser delatada con prolijidad. La dire sólo pedía que evitaran los heridos, las contusiones, las costuras de urgencia. Ni hablar de las conmociones cerebrales o el derramamiento excesivo de sangre, que podía llevar a la escuela directamente a las páginas policiales. Para eso se había dividido el recreo en dos patios, separados por el ancho y oscuro salón de actos, de este lado arriba de nueve años, y de aquel, los menores. ¿Juntarlos? Doris preguntó, no sugirió y la escéptica mueca de la otra dijo más que cualquier manual de infancia y pedagogía. Plantada en el centro mismo del ancho salón con escenario, Doris giró y ordenó “Puede irse”.

En el patio de los grandes las maestras de turno eran del primer grupo. “Mejor” se dijo Doris, y se plantó estratégicamente detrás del animado grupo, pero a unos metros para no ser notada. Las voces masculinas tapaban a las femeninas. Estas eran un susurro confidencial y confuso que brotaba de corrillos. Los brazos y las manos de las nenas estaban casi permanentemente ocupadas en el cabello, las trenzas de moda, los abalorios que sujetaban los mechones. Se miraban, se comparaban, se estudiaban. De vez en cuando una tromba de doce años, individual o colectiva cortejaba al grupo con ímpetu, desparramando la rueda, dejando a alguna tendida en el piso vociferando insultos con fruición. Los varones se retiraban entre risas y de lejos retrucaban. Quizá alguna de las maestras movía el cuello hacia allí, meneaba la cabeza, “sin remedio”, y volvía con pasión a sus ovejas. Más lejos, un grupo de varones espadeaba con ramitas de un árbol escuálido que había en un cantero. No podían hacerse daño con esas armas pero Doris se representó de inmediato ojos reventados, tajos cruentos y sus tiempos de madre de varones de esa edad -imposible, imposible- la angustiaron. Repitió el gesto de las otras mujeres y trató de concentrarse en las miradas. Un repertorio de gestos uniformes se le mostró. Repetían los ídolos de moda, los personajes. Los espadachines sabían lo que hacían, lo habían aprendido en

dulces lecciones frente a las pantallas y las nenas revolvían la mirada con astucia de actriz, bajo los flequillos al uso y las bocas remedaban dicciones establecidas por unas cuantas figuras de las historias de amor, que nutrían con abundancia la sed de ser de todas esas criaturas. Pero una pesadez, una tristeza flotaba densamente en ese patio de los grandes. Volvió al gimnasio cubierto y oscuro preguntándose qué peligro representaban esos niños para los otros en el patio de la derecha, más pequeños.

Aquí las cosas eran ligeramente diferentes, las voces agudas de nenes y nenas, saludablemente mezcladas delataban que los juegos eran compartidos. También se levantaban llantos en tanta algarabía, pero eran rápidamente atendidos por las maestras, que eran del grupo activo; no en vano estaban con los menores. Miró Doris los rostros de ellos y no vio más que los ojos redondos, las pestañas largas, las narices cortas y redonditas de la cría humana, manitos encantadoras, zapatillas minúsculas y se sorprendió una bilis que subía a decirle que el año que viene unos cuantos de estos estarían del otro lado y que sin más ni más todos estos eran como habían sido los tristes seres del otro lado. Estos atropellarían a los que venían detrás, ahora en la cunita o en la nursery. Entonces pegó media vuelta y salió lentamente al pasillo oscuro y fresco donde daban las aulas. Estaban desiertas, cerradas con llave, por los robos ocasionales que mayores o pequeños pudieran cometer, al amparo de la soledad del recreo. Una puerta se notaba abierta desde lejos y con cautela se dirigió hacia allí. Era la biblioteca, sumida en el más profundo de los silencios. Doris se detuvo y un ínfimo correr de páginas llegó a sus orejas, acompasado, lento y hasta rítmico. Suspiros y emes de garganta concentrada subieron a los oídos finos de Doris y le erizaron vaya uno a saber qué circunvoluciones.

Con paso muelle se acercó y espío. Había una niña junto a la ventana, de pie, pasando las hojas de un libro. Estaría entre los de un patio y otro, se dijo. Por su tamaño era

crecida, pero su actitud de abandono... le vino la palabra "desarmada". La niña parecía desarmada, al lado de los niños del patio. Hasta el punto que Doris temió por ella... pero... "Disculpame, ¿esta es la biblioteca, seguro?" "Claro" y echó una mirada a los estantes que formaban una modesta biblioteca escolar... más que modesta. "¿No tendrías que estar en el recreo, con los otros?" apeló al papel que estaba fingiendo. "Me dejan venir acá para que no me golpee... tengo problemas de salud..." y echó el pelo hacia atrás -un flequillo infantil- con orgullo, desechando cualquier piedad. "No se te nota" retrucó Doris con una sonrisa para nada inspectórea y siguió con curiosidad "¿en qué patio tendrías que estar?" -"En el de los mayores, lo que pasa es que soy menuda, y tuve que faltar mucho por unas contusiones entonces me vengo a leer acá... a veces sigo en horas de clase porque mis compañeros hacen tareas que yo ya hice" "Su orgullo es ilimitado, por lo menos en lo que hace a lo intelectual... ¿a quién me hace acordar?" pensó y en voz alta -"¿Tu nombre?"

-Dorita.

Una luz atravesó las mechitas lacias de la criatura y la mayor de las dos comprendió que estaba sucediendo otra vez. El prodigio, claro.

-¿Qué estás leyendo ahora?

-Venga. -y la tomó de la mano y sin ninguna fuerza la elevó hasta un anaquel nutrido, alto, polvoriento. Se ve que Dorita leía pero con la levedad de sus deditos el polvo no se movía.

De la mano de la niña Doris se encontró en un cuento... era un cuento de hadas, la música, el perfume del ambiente, el bosque eran decididamente maravillosos. ¿Pero cuál? Entre los árboles, las dos, casi sombras, acecharon la casita de chocolate, iluminada y maligna, como todo lo que apetecen los niños... Por la ventana vieron la escena fatal... un olor a bruja quemada salía del fogón de hierro y dos niños, tiznados y decididos maniobraban con la pequeña puerta.

Esta temblaba, se sacudía, quería abrirse... pero entonces la bruja saldría... pero no iba a salir... Dorita la tomó del brazo como una tenaza y la hizo correr sin mas explicación que "...el borde del lago..." y jadeando llegaron a través de las hojas hasta ver a Gretel montando un cisne enorme, divino, que a Doris le pareció estallar de simbologías. Jadeaba todavía, pero era la visión... Dorita estaba peor, los ojos turbios de lágrimas murmuraba su plegaria "es maravilloso, es maravilloso..." y sus dos bracitos se extendían sintiendo la libertad. -¿Cómo te llamás, decime? Le gritó Doris, sacándola del trance. Y los ojos de la niña se hicieron negros de profundidad y dijo: - Celeste, pero Dorita. Entonces Doris comprendió y cerrando un ojo como vieja pícara dijo: -¿No te parece que estás grande ya para Hansel y Gretel? ¿Qué estás leyendo ahora?" Y la otra con una morisqueta la agarró del brazo y esta vez un túnel de papel a la velocidad del rayo se fue abriendo a ellas. Atravesaron tapas y hojas, tantas lecturas y tantas voces, hasta que dieron en un cuarto con fuego en el hogar donde una señora muy compuesta, en un sillón, hablaba a cuatro niñas de edades diferentes: la mayor, seria como la madre, tenía ya un anillo de compromiso, la segunda era frágil y delgada, su piel blanca y transparente, un ángel más que una mujer, dos manchas rojas en las mejillas delataban fiebre. Le seguía una que no podía quedarse quieta, tenía barro en sus botitas con cordón, el pelo sin un moño ni una trenza, así como caía. Las uñas estaban roídas y un delantal con grandes bolsillos borraban sus formas. De esos bolsillos salían papeles, en rollo o doblados, ella los tocaba continuamente y trataba de mirarlos aunque la madre estaba seria y no permitiría ninguna distracción. La más pequeña era una muñeca, bucles dorados, enaguas impecables, manos cuidadas y limpias, alisaba su falda para que se desplegara alrededor como una corola. Es que era una flor. "¿En esto estás?" el tonito de Doris no admitía engaños. Dorita respondió con los ojos abiertos, muy grandes, ignorándola en absoluto: "La inquieta es Jo, quiere ser escritora, la aburren las monerías de las otras y sabe que su hermana se

va a morir, sufre mucho por amor, pero creo que después va a encontrar alguien que la comprenda”, y un suspiro la arrebató del lugar, a Doris con ella y de ahí directamente a la modesta biblioteca... sin Dorita o Celeste. Sólo ella con el maquillaje, urdido para intimidar, lastimosamente corrido.

Lentamente, componiéndose, arrastrando el bolso como quien vuelve de una guerra – perdida- volvió al patio de los grandes. No le extrañó ver a Celeste jugando con otras chicas. Eran cuatro o cinco, de espaldas contra la pared. Celeste-Dorita señalaba con la punta de su pie los pies de las niñas y todas recitaban pero Doris no podía oírlas en el barullo. Reían y una salía corriendo de la fila y la otra detrás y de un grupo de varones uno se animó y la chocó a Dorita y ella se puso roja y le contestó al oído y el pibe corrió donde estaban sus amigos y uno de ellos los palmeó y las nenas aplaudían coreando su nombre “¡Pa-tri-cio!”

Doris había regresado con salud a Capital, después de su brillante performance como inspectora. Había dejado pasar un día y otro, esperando quizá que Sknt hubiera olvidado su contrato y con él su paga. Eso no importaba demasiado ya que no era dinero precisamente lo que desvelaba a Doris. Era más bien –desvelaba en sentido estricto, no había dormido desde su bibliopaseo con Dorita- la respuesta que iría a darle a Sknt siempre y cuando el escurridizo ex alumno reapareciese algún día. Quizá había desistido, quizá la había perdonado. Pero si recordaba, entornando los ojos, el momento en que las manos de él habían apretado como tenazas sus brazos y la inquisición vehemente por el poder de sus lecturas le había soplado el aliento en sus narices, llegaba a la conclusión de que pronto reaparecería a buscar lo suyo. A saber: el porqué de su desdichada soledad.



Rebuscó entre los papeles del escritorio la nota que él le había enviado y finalmente la encontró. Lamentablemente no había allí ningún teléfono, sólo la cita en el conurbano. La idea de otro viaje al far south la agobió. Entonces se entretuvo un rato en pensar cómo ubicar a Sknt telefónicamente, qué laberintos de directorios debería recorrer, cuántas veces equivocarse de localidad, confundiendo estaciones de tren con municipalidades y cosas así... Y de ubicarlo en su domicilio... ¿cómo sería? Un departamento al fondo de un pasillo, soltero y desesperado o viviendo con mamá en una casita llena de rejas su dormitorio de siempre, con juguetes gastados y retratos de poetas... Cuando sonó el teléfono. Era él. Y Doris se inspiró. Se ve que había juntado muchas ganas de cerrar el caso, de hacer justicia, de recobrar lo perdido o alcanzar una verdad, vamos, de cumplir con el cliente. Lo invitó a cenar. En capital, por supuesto. Un lugarcito con buena cocina, buenos vinos y media luz. Apto para conversar sin exponerse, para decir palabras filosas con una gasa lista en la mirada o en las manos. Sabía que estaba ante un frágil objeto de sangre y de piel. Ese joven.

No lo dejó hablar, le dio la dirección, le indicó con precisión cómo llegar y le pidió puntualidad. Fue un poco cortante con su tono de voz, pero no quería que el otro pensara en una distracción o en segundas intenciones. Quedó bien claro que el trato se cerraría allí, con felicidad, la noche siguiente, día de semana, promesa de silencio y soledad.

En su departamento, preparándose para la cita con horas de anticipación, Doris dudaba sobre su arreglo. No tenía demasiado para elegir ni tiempo de comprar. Ni ganas. No recordaba cuándo había sido la última vez que eligió y probó prendas con placer y vanidad. Sabía que esas experiencias habían quedado en el fondo de su historia, pegadas a recuerdos como mordidas de pantera. De ahí que toda exigencia por embellecerse le resultara odiosa... e inútil.

Con ojos irónicos –para quién, una mirada en soledad- se puso un suéter negro, con unos hilitos dorados tan sutiles que casi no se veían (igual le parecieron excesivos), una falda afelpada color borravino y una botas con algo de taco. El saco de cuero era contradictorio: entallado, agresivo pero juvenil. Él iría con su traje raído, su camisa de batalla y los dos ¿qué cuadro harían? Sus inclinaciones novelescas la divirtieron: parecerían una ricachona y un matón a sueldo, ella le estaría encargando un asesinato ¿de trabajo o de pasión? O mejor ella era narco -¿narca?- y él un cliente poderoso con aspecto de pinche intermediario, en realidad agente encubierto. Y se reunían para arreglar la coima. Cenaban en penumbra para decidir si huían juntos o no. Al final era ella la que decidía irse sola. Él la mataba, en la vereda misma del restaurante y se llevaba su bolso.

Caminó unas cuantas cuadras para no llegar primera y luego tomó un taxi. Él estaba allí y tuvo que acercarse mucho para descubrir que no llevaba el traje raído sino un saco azul y jeans oscuros y el pelo estaba prolijamente peinado con esas pastas de efecto mojado. No usaba corbata de oficina sino camisa de color indefinido, con botoncitos en el cuello. “Estuvo bien el saco de cuero” se dijo mientras recorría el lugar. Nada faltaba al ambiente para ser *fashion*, un poco de hierro forjado, paredes rústicas rosa, amarillo y lavanda, manteles de puro blanco y mozas impecables. Por lo menos tres veces vio Doris la leyenda “cocina de autor”. Así empezó la conversación.

-¿Qué autor elegiría, Doris?

-Proust, sin duda, aún para lo salado.

-Yo descarto a Poe y a Kafka y a Borges... Rubén Darío..., sí, me gustaría ver su menú.

-¿Champagne entonces?

-¡No! –y se retrajo como las antenitas de un caracol y volvió a ser el ¿ex? alumno de otros tiempos. Lo asaltó una súbita inhibición.

-Supongo que cerrar el trato en mi oficina le pareció poca cosa... Esto es más... a su nivel...

-Vamos, esa no es tu oficina, vos no pertenecés a ese lugar horrible. Si pensás que porque te gustan los libros tu lugar está en una escuela o en medio de funcionarios de gobierno estás muy equivocado, Roberto. Y esta es parte mi respuesta, el resultado de mi investigación.- Una moza aguardaba con paciencia, los ojos puestos en la pared más próxima. Los dos reaccionaron y tomaron las cartas de sus manos sin agradecer. Abrieron y leyeron, pero discurrían por otros carriles.

-De algo tengo que vivir.

-Entonces buscate cualquier cosa que no tenga nada que ver. Eso si no es posible trabajar en una editorial chica o en una librería de usados o en un centro cultural fuera de los márgenes del mercado. La escuela mata los libros.- la moza rondaba- el vino lo elijo yo pero si te lo ofrece a vos, lo probás vos.- Roberto asintió, obediente, Doris pidió.

-La escuela no mata los libros, yo los recibí ahí, de usted, en mi casa no había libros, mis padres no tenían idea de todo ese mundo.- recién entonces respiró, muy profundamente.

-Eso es lo que te enloqueció, si me permitís decirlo así, los libros no te vienen como una lección, con notas y compañeros que los insultan o los desprecian... te vienen de alguien que te -pausa- ama, te individualiza, te hace único porque te lo recomienda o te lo pasa para después con impaciencia preguntarte qué te pareció, y lo que vos le digas es palabra santa, digna de ser escuchada, bebida.

Sknt estaba probando con movimientos muy lentos el sorbo que la moza había vertido en su copa. Hizo con la cabeza un gesto de asentimiento al tiempo que afirmaba sus palabras: - Eso me pasó con usted.

Ahora era Doris la que bebía cavilando, y tratando de asimilar el golpe.

-Sí, pero yo no me di cuenta, no podía darme cuenta si atendía treinta alumnos. Pero yo sabía que cada año o cada dos años como en una estadística un alumno o dos, recibirían la iluminación de la poesía. De mí, de la vieja de lengua, que los torturaba con la lectura en voz en alta, con la escritura coherente, la letra legible, las palabras difíciles. Que llegaba a agarrarlos del cogote para que confesaran que en esos versos había belleza, y la había, carajo, cómo no podían verla. Pero ese alumno, ese en especial, sí veía la belleza, pero la horda le impedía reconocerlo, gritarlo, aceptarlo, porque la poesía rehuye la multitud, la lectura es un acto íntimo solitario. Vos imaginate que en un jardín aparece un colibrí, esmeralda, vibrante, arrebatador, fugaz. El zoólogo lo captura lo lleva al laboratorio, lo mata, y pone su pluma en el microscopio, bañada con ácidos y disolventes que descompongan la fórmula de su tornasol. Y la encuentra, devela qué química compone su belleza, y aprende de la luz que incide en sus moléculas, y le suma el ritmo del batir de alas y anota en su informe velocidad más luz, mas cobre, mercurio o qué sé yo. Y entonces toma la pluma del portaobjeto con guante de latex y la tira al tacho de basura con el resto del pájaro... Eso hacía yo con los poemas en clase, ¿ves?

Sknt bebía esas palabras con el vino que la moza vestal escanciaba. Cuando acabó, había lágrimas en sus ojos.

-La ventaja de la palabra, la superioridad del poema está en que después de someterlo a esa cruel disección, está vivo todavía y podés llevártelo al parque y recuperarlo para vos o para quien tengas a tu lado. O en la soledad más triste leértelo en voz alta y llevarlo en la memoria... lo mismo vale para los relatos, los grandes personajes, las tragedias...o los altos humoristas que se compadecen de la bajeza humana con una mueca de ironía. Doris rió mientras echaba una mirada en torno. Su tono se hizo frívolo, más que nada para frenar sus propias lágrimas. -No quieras

saber lo que piensan de nosotros esos mirones de allá y de allá. Que soy una vieja verde seduciendo a un jovencito. Entonces llamó a la moza y le pidió dos platos con pollo y sofisticadas guarniciones. La noche iba a ser completa, si señor, se prometió Doris.

Sknt no había abierto la boca aún, sino para ponerse en ella diminutos bocados del extraño pollo que yacía en su plato. No sería fácil de asimilar, pero todo lo que acababa de oír tampoco, perduraría en su memoria el resto de sus días como una noche clave, crucial, la noche en que había sentido caérsele una máscara que odiaba para dejar al desnudo un rostro nuevo, el verdadero, el que podía encarnar con alegría.

-No me importa lo que piensen esos...- y lo dijo con esa nueva voz.

Se fueron sin comer postre, caminaron hasta una estación de subte, se despidieron con un "Todavía no le pagué" y "Soy yo la que estaba en deuda", un beso en la mejilla y una mirada. Ella esperó que el joven se perdiera, tragado por las escaleras y su vaho caliente.

Doris se abandonó el bolso, se cruzó con fuerza sobre el pecho los bordes del saco de cuero, como si le doliera el corazón y recién respiró profundamente cuerdas después, satisfecha de sus manejos, pero también maldiciendo su cruda lucidez, su esgrima de palabras, sus sofismas hechiceros.

Doris había pasado la noche en la oficina. El mensaje en el teléfono la había trastornado. Trastornada a su manera, claro, de un modo reflexivo, nadie hubiera notado,

juzgando por su aspecto, sus modos o aún su tono de voz, que las más dolorosas heridas se estaban abriendo y una andanada de recuerdos se le estaba viniendo encima. No. Su aspecto era el de siempre, vulgar hasta la inexistencia, una ficha vacía en el juego de estampas de la ciudad húmeda y gris. ¿Pegarla en una panorámica de la Diagonal, junto al kiosco de flores? Nadie repararía en su escasa estatura, su impermeable pardo, su peinado desprolijo, su bolso masculino. No era vieja, no era joven, no era hermosa, no era rica. En sus peores días, con total fatalismo, mirándose al espejo del baño, más cruel que el de la bella reina madre –después de todo apenas segunda en el ránquin- negaba su propia existencia con tristeza no exenta de un humor apacible. A la hora de realizar sus minuciosas investigaciones, su único medio de subsistencia, esa transparencia u opacidad se mostraban muy útiles. Tenía el disfraz de los mejores espías. Pero no podía quitárselo. Igual, no era eso lo que dolía. Había aprendido, como casi todas las mujeres, a los tres años, que la belleza no era su destino y más valía reforzar otros costados ocultos y potenciales. Por supuesto había vivido su cuarto de hora romántico. Su amor por Francis había sido arrebatador. Hasta el punto de abandonar los estudios, romper con su familia que le exigía cordura y planificación, noviazgo, compromiso y todos los etcéteras del amor sensato, según el uso de esas décadas –alegremente derribado poquísimo tiempo después. Hasta el punto de olvidar su feminismo ingenuo y disfrutar de todos y cada uno de los clisés del amor loco. Aunque él estudiaba derecho y ella letras los temperamentos habían encontrado un cauce por el que fluir. Doris, en un acto de autoinmolación se transformó en la “secretaria de” perfecta. Durante los años que él invirtió en terminar la carrera y hacer sus prácticas en los tribunales ella tipeó, resumió, leyó y usó el teléfono para él. Tuvieron su verano en carpa, sus noches de ópera, su erotismo de hogar a leña. A continuación, ya establecido él como segundón y chico de mandados de un estudio consagrado ella arremetió y lo educó. Le bajó la fiebre de la lucha por el éxito con lecturas

infantiles casi. Le reveló Stevenson, Verne, Salgari, Harte y el Chesterton más fácil. Hemingway lo salteó él solito y Doris comprendió que estaba listo para la gran literatura de su propio tiempo. Hesse, Kafka, y las negras utopías sajonas lo desvelaron y entre los de acá leyó casi sin diccionario a los cubanos y qué decir, Cortázar fue un excelente afrodisíaco. Entonces quedó embarazada. No quería pero era el momento justo. La reclusión y el sosiego de la preñez los asexuaron lo suficiente para que ella terminara sus estudios y nació Bruno. ¡Cuántas veces había escrito este párrafo! Podía expandir cada uno de sus incisos en mil y una peripecias y arborizarlo como un enorme y fragante paraíso.

Pero ahora necesitaba un baño con urgencia. La mínima oficina sólo tenía wc. Había un lavadero en el piso más alto pero no se vio a sí misma higienizándose en el piletón. Tampoco con el triste chorrillo de la canilla de su bañito... Rogó poder salir sin ser vista por Rainer, el editor de aeromodelismo y otras yerbas del mismo piso. ¿De verdad ella lo había alentado cuando le aceptó un café el día que llegó y descubrió que habían forzado su puerta y él confundió desconcierto con temor? Desde entonces él la saludaba con prudencia y ella respondía según su humor. Cierto que una tarde había entrado en la redacción y admirado las polvorientas maquetas y los afiches con los personajes de historieta que amenizaban los planos, las medidas y las explicaciones para construir un cohete con combustible sólido, un horno solar o un telescopio para ver hasta los anillos de Saturno. También es cierto que ella aceptó alguna vez -propiciada por los astros- subir a la terraza para ver los anillos de dicho planeta. Pero lo hizo por el hecho mismo y no por el encanto de Rainer. Además estaba segura de que Rainer también lo había hecho por el hecho mismo y no por sus encantos, qué decir tiene. Y por último, los astros se

habían negado desde entonces a posar para sus irrisorias miradas. Pero la invitación estaba, como una amenaza o una promesa esperando que Saturno los celestinizara.

En ese punto se levantó con furia, se reprochó su ensimismamiento por haberle hecho quebrantar la rutina que la mantenía en pie: riguroso tristísimo crepuscular regreso a la soledad del departamento desde la soledad de la oficina para cenar frente al noticiero una lata de atún directamente de la lata y una fruta pasadita directamente sobre el tacho de basura y finalmente lectura en el sobre, liviana, pasatista, de evasión cuando no una revistucha femenina para pasar lista a todo lo que no se compraría jamás. Así conseguía dormir pasablemente su cinco horitas. Así que si se cruzaba con Rainer peor para él, se llevaría un susto y jamás volvería a pensar en estar a solas con ella, bajo las estrellas. Se rió de sí misma. Una ráfaga de memoria le trajo el rostro grave de Alejo el día del funeral de su padre. Tan chiquito, tan serio, tanto rencor contra el mundo que le gritaba desde los diarios y los noticieros que su padre era un delincuente, un estafador, un corrupto. No había casi nadie en el cementerio metropolitano. Era invierno, hacía mucho frío y todos tenían vergüenza. Si Alejo estaba rígido de rencor, Bruno estaba derretido de pena. Parecía a punto de caer y si se lo veía dando el brazo a su madre no estaba claro quién sostenía a quién. ¿Y ella? Ella era una pira de odio, una furia de hielo. Si hubiera reaccionado como sentía se habría quedado en casa, arrebujada en un sillón, dejando pasar las horas. Recordó que eran más los fotógrafos y reporteros que los deudos. Afortunadamente fueron una doble página que estuvo en los kioscos sólo una semana y el público los olvidó en pos del escandalo siguiente. Pero los sobrevivientes continuaron destruyéndose durante largos meses y años. Alejo se fue sin decir dónde, fue rastreado por ella aún en armas para trasmitirle su furia, para heredarle el odio como sostén de sus actos. Pero la furia de Alejo no rozó la memoria del padre y apuntó a la madre. Directo al corazón. Sus amigos negaron tenerlo en casa, lo apañaron y se supo



que salió del país con su pasaporte sin estrenar. El arrebató inicial duraba demasiado. Lo supo en Méjico, mezclado en la bohemia roquera del distrito federal viviendo de los múltiples talentos artísticos que preocuparon a sus padres durante su plácida adolescencia. Guiones, puestas teatrales de un under abierto al exotismo módico del argentino, le soplaron a la madre contactos amigos. Ella lo aceptó porque más cerca o más lejos, sabía donde estaba. Lo de Bruno fue quizás peor. El derrumbe de pena, el gemido y las lágrimas se volvieron aullido y rencor. Contra ella. Sordo y casi sin palabras, su reproche la fue despegando de su vida, hasta que la distancia entre ellos superó la que había puesto el otro hijo. Empezó justificando a Alejo, insinuando el desdén de ella, su falta de incondicionalidad, su deslealtad finalmente y sin estallidos se fue primero a casa de su novia, luego a Brasil donde el padre de ella tenía negocios y le perdió el rastro. Ella lo dejó perder, tranquila con los datos de la empresa de su consuegro, pero para un cumpleaños, el segundo desde su partida, no le supieron decir dónde estaban Bruno, Hebe y el niño, de nombre Ian. Es más, agregaron, se habían ido antes del segundo cumpleaños del bebé.

El mensaje en el contestador delataba a una mujer, joven, de voz aññada incluso y nerviosa. Preguntó por ella, con apellido de casada y dijo textualmente “tengo que verla respecto de su esposo (pausa) si aún le interesa.” No firmaba el mensaje pero Doris temió que fuera la amante de Francis, la secretaria con quien pensaba huir con el botín del desfalco, de Francis el desleal, el adúltero, el primero en traicionar a los tres. Ni siquiera dejaba un teléfono o un nombre o un lugar donde encontrarla. ¿Volvería a llamar?

Se oyó el ascensor con su leve roce de gomas y metales. Ya era la mañana avanzada y la actividad del edificio debía comenzar. ¿Sería Rainer o el ratón de su aprendiz? ¿El señor Pascali con sus carpetas tramposas de gestiones imposibles y oscuras? Ella siempre lo había

menospreciado (por rechoncho) hasta que le dijeron que podía venderte un documento de identidad con materia prima auténtica. Desde entonces se había vuelto un poquitín siniestro. Si eso era cierto el gordinflón se las vería con el hampa y eso le daba otro relieve, como si le hiciera falta. Ella también se topaba con el hampa para el caso. Ella había sido el hampa para la gilada que lee los semanarios durante los días trágicos de su viudez, y sus hijos también, sospechados por los fiscales. Y todo duró lo suficiente para roer los vínculos que ligaban a los sobrevivientes.

Punto y aparte y al pasillo. Con sigilo. Su puerta recién aceiteada era más silenciosa que un espagueti en salsa. Y silencio había en el recinto. Y como su puerta era la más cercana al ascensor -bien que en un recodo de construcción- una de dos hipótesis era real.: el ocupante del mismo había volado hacia algún rumbo o estaba aún junto a la puerta y sus rombitos. Lo primero se descartaba solo por no percibirse el más mínimo rumor de alas. Ergo, lo segundo. Bien, Doris empuñó una 760 mini para esos casos, la dio vuelta en su mano para alistarse (imaginariamente, claro, sólo tenía una 22 de su padre en algún lugar del departamento y jamás había sacado un permiso) y con decisión giró, las piernas abiertas estilo cowboy como si tuviera siete años y fuera varón, en la mano el arma o más bien el gesto del arma. Si había un recurso detectivesco que ella manejara con astucia era el factor sorpresa, llámese huir para adelante, zambullirse sin mirar si hay agua o manejar sin ver el tablero. Por lo general salía con vida y sin rasguños. Pero esta vez... esta vez que pensaba bajar la mano y reírse o llorarse de sí misma, se asustó. La espalda contra la reja del ascensor, una joven se abrazaba a su bolso, pálida, dando un grito para adentro, con la boca como una o. Doris se puso roja hasta la raíz del pelo. Con el otro hemisferio de su cerebro comentó los años que hacía que no sentía ese rubor violento, esa vergüenza coloreada que durante los años de su primera juventud fuera su más elocuente forma de expresión.

-Perdón, esperaba a mi nieto y siempre nos hacemos bromas- y con una sonrisita y un respirón de nariz guardó, haciéndola girar, la pistola en un bolsillo. Entonces la chica le largó, superado el susto, con voz áspera:

-Usted no conoce a su nieto. Supuse que estaría un poco chapa, ¿no se acuerda de mí?

Claro que sí, pensó Doris de nuevo en su tono pálido. Estás igual... Joven... delgada...atractiva, quizá un poco vulgar en el sentido de que ese pelo oscuro y lacio por demás, esa silueta ahusada, el minimalismo del vestuario eran multitud en las calles de la ciudad. Quizá unas marcas de expresión en la cara, la dureza de la voz por el sobresalto, la saeta de la frase que la hirió desmentía la todosonrisas que había conocido cuando, en el escritorio de funcionario que estrenaba Francis se la presentó como colaboradora. Allí había estado tímida, silenciosa y en movimiento. No se la veía de frente, no se paraba delante de uno. Secretaria. En ese momento Doris se dio cuenta de que había llegado la instancia de compararse con la secretaria del marido. Justamente ella que había jugado eróticamente a serlo cuando él estaba por dar fin a su carrera y comenzar como profesional. Fingiendo claro, habían disfrutado el juego del teléfono y los gestos, la distancia mentirosa entre jefe y empleada. El discurso técnico en medio de un revolcón. Lo que ella llamaba el polvo temático, recurso terapéutico de urgencia cuando el trabajo se embrollaba y corrían el riesgo de tomárselo demasiado en serio. Por lógica, cuando Francis tomó a la jovencita recomendada por no sé quién, sintió la punzada de celos más arbitraria y torcida que pudiera pensarse.

-Claro que sé quién sos. Pero no sé quién de las dos se asustó más. Reconozco que no me di cuenta en el teléfono... pero lo adiviné. Quizá te estaba esperando, se miró la mano riéndose, -no está cargada de todos modos.

-Me dijeron que trabaja de detective.

Doris la tomó del brazo y la enfrentó con su puerta **Doris Milano investigaciones.**

-Desarrollé un gusto apasionado por la discreción y estarás de acuerdo conmigo que eso no va con las cátedras en secundaria o en la facultad. Empecé con licencias, gasté ahorros y recibí un par de encargos particulares. Ubicación de personas, nada de delincuentes o asesinos, simplemente gente desencontrada por las cosas de la vida que necesita papeles o afectos. Me fue bien y todo se encadenó a mis propósitos de desaparecer. Doris se daba cuenta de que su tono andaba entre la ironía y la desconexión. Seguiría pensando que estaba loca, sin duda.

-Pero no pudo encontrar a sus hijos

-No los busqué. Hay que querer ser encontrado o ser inocente de todo.

-En el caso de sus hijos una sí y otra no.

-¿A qué viniste, Carina?

-Tengo pruebas de que Francis es inocente. Y su suicidio...

La punzada de los celos fue lo primero, un estilete penetrando en las entrañas empuñado por el nombre de pila en labios de ella. Después vértigo, la sangre que se retira de la cara y vuelve en un furioso reflujo. Doris se revolvió sobre sí misma. Carina la sostuvo por el codo, empujó la puerta y a una Doris rígida como un muerto. -Mejor adentro, este asunto todavía pela.

*Lunes 12*

*“¿Qué hacer con esto? Ir a la justicia ¡Ja! No justicia, NO comisaría, Pete o el negro. Boquita, ja, ja... Primero: no tengo las pruebas todavía...(flecha) mañana...*

*Martes: pasa a próximo. (gran flecha oblicua) Boquita quiere hablar.*

*Estas listas me obsesionan. Que tengan los montos es todo lo que quiero. Pero no tengo nada, si alguien lee esto: todavía (subrayado) NO tengo nada.*

*Este garrón me mata. Media hora. Cuarenta y cinco, Y ocho. Ahí está, viene por el pasillo.*

Martes 13

*(gran borrón) NO.*

*Ayer casi le digo a Doris. Las dilaciones me agotan. Si B. quiere hablar que lo haga. No sé porqué me elige. Mejor sería llamar a un periodista y dar una gran confesión pública. Yo sería testigo. Pero averiguar bien con cuál. Los contactos, las pertenencias. Nadie de La Tribuna. Ni de El Nacional. La tele lo mismo, confirmar con Guardini. Pero ya. Son diez Sen. Del Pacto seis, dos del PM y los otros derecha liberal (?) más el ministro Trompa y el Traba.*

*Traba los recibió. Tirar de Traba pero te cae todo el prostíbulo ídem. Pasto para las fieras. Carne.*

Miércoles 14

*Cena con Doris. ¿Le arruino el día? No le digo nada.*

Jueves 15

*Diez puntos el vino (FR 98 numerado cab.) Mousse de hongos, hojitas verdes y salsa de caramelo. Cordero con mini hortalizas. Salmón rojo de la vergüenza. Pagué con el sobre. No puedo gastarlo*

*en comprar estudios para Alejo. No quiero. Cenas con Doris. Zapatos para Doris. No pregunta. Pero está por preguntar. No le diré nunca.*

*No le dije.*

**Viernes 16**

*Nadie ve a Boquita por ningún lado. Le huyen como si tuviera peste. Se guardó. Pero es un pelotudo, un pobre tipo como F. que no sabe qué hace acá.*

**Sábado 17/ Domingo 18**

*Fóbal, perdimos. Fede se lesionó. Carlos trasnochado, los azules unos pendejos. Próxima llevar a Bruno y a Alejo. (flecha) si pudiera, si me dieran bola, si quisieran.*

*Pizza, y una de Billy Bob. ¿Qué tiene ese tipo? Preguntar a D. la próxima pizza. Que me haga una lista. Y que no me venga con R Dreyfuss (flecha) porque se parece a mí. Yo (flecha) Cameron o Nicole.*

*Boquita volcó, apuesto. Mientras no se zarpe y nos deje.*

*Esto lo escribo el lunes, que quede claro, pero va en este espacio. Cualquiera día Cari me pregunta qué mierda escribo. Ahora me mira. Adivino. Como si fuera un loco. Le digo que son poemas. Desde la mierda, a lo Buko como sea Chinasky ¿¿¿ Frunce la trompita??? ¿Es tan angelita como parece? Si no anoto estas boludeces reviento. Me recuerda al anexo. Vamos a terminar igual. Pero no hay inocentes.*

**Lunes 19.**

*Todavía no pasa nada. Guardini me va a llamar. Si no estoy puede hacer olas. Mi movi es de ellos. ¿Y si Boquita es un delirante? Quiero ver cómo lo hace. Acompañarlo. Pegarme como un boludo y ser testigo. La ley (petro) sale el 8, entonces el 50 o más o menos sale antes. Quiero estar con él durante el*

*reparto. Ya me dio media palabra. Tiene mucho odio. Ojalá fuera sed de Justicia. (flecha que hace globo esto último) BOLUDO*

Jueves 2 (¡pero de mayo!)

*Me estoy volviendo loco. No sé cómo Guardini pasó el dato. Me dijo que el mundillo, que las paredes oyen, ahora la prensa olfatea una confesión, un buchonazo de aquellos. Al final tendría que confiar en Julián, por lo menos tiene pasión, pero es casi un crío y si yo soy un perejil él es un salsifí. Lo pondría en peligro. Todos estamos en peligro. Y yo más que nadie, y encima Doris se me queda mirando, Cari me llamó a casa aterrada y todo quedó mal. Prefiero que Doris me crea engañándola a enterarla de esto. No quiero arriesgar sus vidas.*

TENGO LAS LISTAS Y LOS NUMEROS DE CUENTA Y DE CAJAS DE SEGURIDAD

*EN LAS CAIMANES Y ACÁ A LA VUELTA RESPECTIVAMENTE (esto está tachado pero apenas con dos líneas) Boquita me cruza en el pasillo y me dice que anda con dos o tres barras de los pesados para todos lados. Quiere hablar todavía. Me grita en el oído y cuando le dije que se busque otro de mediador me miró. No me olvidó de esa mirada. Odio y pavura son meros sonidos o garabatos de letras. Me pareció oler la mierda en sus pantalones. O azufre del demonio. Me dijo: A medida que subís, la escalera se hace mierda.*

*Tengo que pensar con respecto a este cuaderno. Lo perdí de vista por unas horas. Me olvidé de esconderlo cuando me llamaron del recinto y al volver... estaba en otro lugar, debajo de mis carpetas. Carina anduvo por acá, quizá ella lo vio y lo guardó en cualquier parte... o quiero pensar que como buena secretaria sabe que es algo muy privado y lo guardó. Pero una buena secretaria lo hubiera leído, ¿no? Tengo que escrutar su cara, agarrarlo, por ejemplo cuando ella está de tres cuartos frente a su PC. Si aguanta mirarme. Es estúpido este discurrir. Lo mas probable es que ella me espíe de acuerdo a la especie soltada por*

*el guacho de Guardini. Pero ¿para quién me espía? La primicia no será para G. y ni siquiera será primicia porque vaya a saber si no es un secreto a voces como la desnudez del conde de Andersen o el cáncer de Tío Juan, del que se hablaba en el almuerzo delante de él que lo "ignoraba"*

-Del Duque, el cuento se llama Los trajes del Gran Duque.- El rostro de Doris estaba de piedra. Los ojos se le habían hundido y su boca se entrecomilló de arruguitas. De ningún modo habría lágrimas. Se aclaró la voz.

-¿Y bien?... ¿Para quién lo espías? ¿Por qué aparecés ahora? Este cuaderno no sirve para nada. Sigue en pie la cuenta millonaria que le apareció en Uruguay y el suicidio mismo es un cartel luminoso. -Doris acariciaba el cuaderno con dedos nerviosos, como si quisiera leer por ellos algo más que las patéticas palabras de su contenido.

-¿Se acordará del caso de Luján Vargas?- Doris estaba lejos de allí. Se tomó una eternidad en regresar.

-Sí, claro, se abrió las venas y escribió desvaríos con su sangre en la pared. Se la vinculó con aquellos desfalcos, se dijo que iba a hablar. ¡Infeliz! Suicidio y demencia ¿porqué la mencionás? Su famosa agenda nunca apareció.

-Porque ella era mi espejo, mi sombra negra durante todo este asunto. No porque Francis me confiara nada, pero es cierto todo lo que dice... vi el cuaderno, sentí curiosidad. Por supuesto que no pensé que fueran poemas. Era intrigante. Anotaba cuando nadie estaba cerca. Como otro se fuma un cigarrillo en un lugar cerrado, a solas o se da un toque en las encías, a escondidas ¿me entiende? Como un alivio vergonzoso. Pero tampoco, más bien un hábito, una rareza. Le pegué dos miradas entonces, no tuve tiempo de más. Justamente esas páginas que le marqué. Pero hay más, está casi completo. En otras páginas habla mucho de usted. Entonces sí es definitivamente un diario íntimo.- Su voz se fue apagando después del párrafo impetuoso. Doris



aferraba el objeto mágico que tenía en sus manos. ¿Esto probaba la inocencia de él? Había leído su miedo, su condición privilegiada de confidente del monstruo al que apodaban “Boquita”, su intención de publicar sus confesiones y abrir un absceso purulento en el Senado de la Nación. ¿Eso probaba que no había sido cómplice, consciente o crédulo?

-¿Y el suicidio, hijita? No pega con esta visión del pobre Francis a punto de destapar la olla no bien encontrara un periodista dispuesto. Está ansioso, temeroso, sabe lo que encontró o va a encontrar, esas listas y esos números de cuenta. ¿Dice acá porqué la desesperación lo gana y elige gatillarse?

-¿No le dije que no se suicidó? ¡Fue asesinato, señora!

-Mirá, chiquita, no sé porqué te aparecés ahora con esta historia, hubiera sido fantástico unos años atrás, cuando se estaba a tiempo de lavar el nombre de mis hijos... y el mío propio, claro. Entonces qué no hubiera yo dado por tener la más mínima excusa de qué agarrarme para responder a los fiscales y a los jueces. O mis hijos, que nada más habían respondido interrogatorios en la escuela y eran acosados con galimatías financieros hasta quebrarlos y casi, casi ser usados como chivos expiatorios del padre, que ya no podía responder con su libertad... o sus bienes mal habidos.

-Pero ¿usted cree en la culpabilidad de Francis? ¿No se le ocurre ni la más mínima posibilidad de que sea inocente?

-En un tiempo una pesadilla se me repetía: en ella sabía positivamente que Francis era inocente, pero ya estaba muerto y juzgado, y mis hijos se habían ido y habían empezado a odiarme. Tu venida hoy se parece a esa pesadilla. ¿qué voy a hacer yo con unos escritos de Francis que revelan sus debilidades, sus miedos y el camino que siguió hasta el derrumbe?

¿Compadecerme de su torpeza? ¿Culparme por haberme alejado de él justo cuando más embrollado estaba? ¿Revolver la mierda que sentí cuando mentía que estaba trabajando y vos, sí vos misma contestabas el teléfono de su estudio o de su despacho?

-Hay algo que no le dije y es importante, pero contésteme antes ¿su rencor es por la supuesta corrupción de Francis o por su infidelidad?- Doris se tomó su tiempo. Las dos cosas estaban tan imbricadas en sus sentimientos que nunca había podido darles un lugar a cada una. Podía aceptar a un Francis desengañado de todo principio, contagiado del amoralismo de la política, tentado por unos años o meses de negociados bien hechos y luego un buen pasar para el resto de la vida, ayudando a los hijos y regalando a su amor placeres y compensaciones. Quizá él era como todos, decente por no tener la oportunidad de corromperse ante una buena suma. Pero buena de verdad, como en esas conversaciones vulgares de sobremesa, llenas de cinismo de café... pero el adulterio, la escapada con la secretaria, la burla a todos los pactos íntimos y tácitos a lo largo de más de veinte años en los que hubo desiertos que atravesar, tormentas que capear, fortunas y adversidades. Habían construido una fortaleza que los superaba. Una unión que en algún remoto instante de felicidad extática había explicitado el compromiso de decir la verdad cuando llegara el momento, ¿cuál verdad?, la única que importa a los enamorados: no te quiero más, en el preciso instante en que tal cosa se verificara en el corazón de alguno de los amantes. No, claro, la amargura de Doris venía de ahí. Siempre lo había sabido. Pero el dolor de los cuernos se había disimulado en el otro escarnio, el de los diarios, el acoso periodístico y el alejamiento de los amigos. Qué bien le había venido a Doris todo eso para encubrir el derrumbe que más le importaba.

-Ya no importa qué me dolió más. ¿Qué es lo que te falta decir?

-Tengo las listas.

-¿Dónde?

-Acá.

-Dámelas- Doris tomo el sobre de papel madera bastante ajado. Era voluminoso. Lo abrió y sacó hojas sueltas, con membrete del Senado. La impresión era de máquina vieja, de papel continuo, con tinta clara. Había notas al margen, de birome, letra de Francis. Doris no pudo leer nada, no tenía caso. Pero la letra familiar, apurada con signos y dibujitos la conmovieron por fin. Guardó los papeles, miró a Carina y dijo, con un resto de voz: -Podés irte. Gracias. Veré qué hago con esto.

Carina se levantó, cerró el bolso y la miró con frialdad: -Alejo no sabe nada de esto. Pero si en dos semanas no me avisa qué diligencias está haciendo le diré todo. Iba a decirle una semana solamente, pero le recomiendo que vaya con cuidado. Me estuvieron siguiendo. ¡Ah! Los papeles estaban en la casita de City Bell. No sé si sabe que hay intrusos viviendo allí. Parece que no son mala gente porque pusieron todo en una bolsa y me lo mandaron por correo. Mi dirección estaba muy a la vista, seguramente.

-¡Lo ves a Alejo! ¿Qué tiene que ver con vos? ¿cómo está?

-Como siempre. Nos vemos. Adiós.

Los pensamientos de Doris eran un amasijo contradictorio, furia y autocompasión versus ternura y débiles luces de salida. Celos vivos como una infección caliente, como si hubiera sido ayer que la evidencia y la culpabilidad se pintaran en ese rostro más familiar que el suyo propio contra un perdón que nunca había tenido tanto impulso de ser. En el fondo, la dureza de Carina le había caído bien. Y ella misma se había revelado como una pista para llegar a Alejo. Y de Alejo a Bruno habría un paso. Nunca le había atribuido a la mocosa nada que un fingido servilismo.

Se quedó muy quieta, aferrando con ambas manos el paquete. Tenía que leer el cuaderno completo, revisar las listas, y ¿cómo se dice en la jerga leguleya? ¿“reabrir”? el caso. Si es que se estaba a tiempo... Un buen trabajo para Doris Milano.

FM LA ROMPEMOS decía un cartelito luminoso oculto entre falsos bananos que embellecían -es un decir- la fachada de una discoteca azul y naranja que había venido a quedar debajo de un rulo de autopista. Pero el cartelito indicaba una escalera que llevaba a los altos, dos ventanas tapiadas y un tejado donde se erguía una antena de radio que sí lucía en rigurosa vertical. Entre tanto desvarío visual Doris siguió el rumbo de la flecha. En la escalera apenas se escuchaba la percusión pero no por las orejas sino por los pies y un poco menos en el estómago. Un chico sin culo de pelo pegado al casco y remera colgando conversaba con, unos escalones más arriba, una chica de pelo pegado al casco, calzas negras y minifalda por encima que delataban, sí, un buen culo. Hablaba jugando con la lengua, en medio de la cual brillaba una bolita plateada, algo azul al influjo de los vahos luminosos de los anuncios. Con una zapatilla rara seguía el ritmo que venía de abajo. Una lucecita roja, los mantenía fuera de lo que debía ser el estudio. Ambos callaron y la miraron con una especie de respeto escolar, eran muy jóvenes ambos: -¿Qué busca, señora?

-Busco a Julián xx, tengo entendido que está en el aire en estos momentos- señaló el punto rojo de la puerta.

-Sí, ya termina el programa, nosotros hacemos el siguiente-

-¿Es su mamá? Preguntó la chica que pareció de pronto tener diez años.

-No.

La luz se apagó, el dios del éter se desvaneció y un rumor puerta adentro se dejó oír. Un atasco se produjo en la estrecha escalera. Los chicos saludaron y se deslizaron dentro. El grupo ahora estaba compuesto por tres hombres jóvenes a saber: el conductor del programa, el locutor y el invitado. Hipótesis de Doris que estaba sintiendo un calambre cervical y una impaciencia irritada. -Buenas noches a todos, ¿quién es Julián? - Uno de ellos se adelantó, los otros dos la miraron con extrañeza (Doris estaba usando su personalidad "vieja jodida", que espantaba toda cortesía lastimera en hombres jóvenes especialmente. Se los ponía así decididamente en contra, y soltaban un que otro dato útil. Además rompía la tendencia a la pareja que siguen un hombre y una mujer en cualquier coyuntura que los reúna. Doris siempre aplicaba sus lecturas de etiología de la comunicación, cuando olfateaba condescendencia. Los jovencitos la habían enfadado.)

-Nos vemos, viejo- y miraditas de intriga y diversión.

-Julián, mucho gusto, ¿y usted es...?

-Doris Milano, investigadora.-frunció el ceño, aún sabiendo que el gesto le daba aire de nena enfurruñada. ¿Es que una mujer no puede mostrarse seca, cortante, asertiva? ¿No puede subirse al escalafón de la edad para arrogarse autoridad ante un imberbe como éste?

Pero no era imberbe, tenía esa sombrita de moda y estaba en sus treinta, carita redonda, nariz de mujer, pelo revuelto y ropa que llaman casual. Pero le pareció confiable, a primera vista.

-¿Y qué está investigando que yo pueda conocer?

-Los suicidios resultantes del escándalo de la ley de combustibles, cuatro años atrás, si no fueron asesinatos y cuáles son los verdaderos culpables.

-Que yo sepa hubo un solo suicidio, un pobre diablo que se quiso hacer el héroe y cazar al cazador como en las fábulas. Le salió mal y le achacaron todo, hasta la muerte de Gardel, como se dice. ¿Por qué le interesa ahora? Yo manejé esa hipótesis y sigo creyendo en ella pero los turros no dejan huellas ni pruebas. ¿Por qué le interesa ahora?

-Soy la viuda del pobre diablo y tengo las pruebas. Vine a verlo para ofrecerle asociarse en la investigación y publicación de los resultados.

Julián enmudeció, se sintió instantáneamente mal pero cada palabra suya había sido sincera. Sus investigaciones periodísticas rozaban siempre el poder y eso lo había recluido en una FM oscura pero independiente desde donde arrojaba datos que llegaban hasta donde se podía sin encontrar patrocinadores. Con la muerte de Francis se había quedado mal, como ocurre cuando se sabe la verdad pero no se puede decir, o nadie la puede creer. Bajo el amparo de Casandra, el periodismo entendido así es fuente de fracaso y desazón y condena a quienes lo ejercen a la pobreza cuando no a la mendicidad.

Eran pasadas las cuatro de la mañana cuando Julián salía de la oficina de Doris con el cerebro en ebullición. Pero tuvo la frescura de pararse delante de la puerta de Iupi y exclamar que había sido la mejor lectura infantil, que había hecho aviones, barriletes, pilas y transistores con las instrucciones de la revistita y cualquier día de estos pasaría a ver por dentro la cocina de tales maravillas. Doris estaba exhausta, lo empujó hasta el ascensor y allí lo despidió: Carina me dijo que anduviera con cuidado, probablemente los ocupantes de mi casita miraron los papeles o ella ha estado siempre bajo vigilancia. Por lo que sé todavía trabaja para alguna comisión del Senado. Logró entrar en planta permanente. No sé si eso la hace peligrosa para nosotros. Traidora, quiero decir.

-¿Ella no le gusta nada, no?

-Hablo fríamente. Todo pasó. No está perdonado todo, no lo pretendo. Tengo vinagre en mis venas, no lo niego. Pero no quiero que te pase nada por mi culpa...nuestra culpa.

Julián la besó en la mejilla y Doris quedó perpleja.

Entonces sí volvió al departamento. Atravesó el pequeño recibo-comedor, directamente a la cocina. Anticlímax, pensó. Arrastraba el viejo trench que era parte de su nueva personalidad semisecreta. Lo dejó en un sillón pequeño, tapizado de pana, impersonal como todo lo que había allí. No necesitó prender lámparas, los reflejos de carteles de la calle enviaban rayos azulados sobre las cosas. En el cuarto había una cama ancha para una persona sola pero angosta para dos. Era un lujo. Sólo que no le atraía desparramarse en ella. También había un armario empotrado como los de pieza de hotel con pocas estrellas. Se quitó los zapatos de tacón ancho, se sentó en la cama, los codos en las rodillas y una curva en la espalda. Esa curva decía todo. ¿Acaso dudaba en emprender todas las acciones que le esperaban? ¡Y las fuerzas para ello? ¿Sería feliz después de entrever la verdad, de acercarse un poco a ella? Porque no tenía mayores esperanzas. No obtendría una apoteosis de reivindicación. Apenas quizá un poco de paz, un poco de deber cumplido. Sólo serviría, si vamos a divagar un poco, volver al pasado, viajar en el tiempo. Vencer la inercia de las horas, los días, las semanas e inquirir porqué ese ceño, esa ira, esos labios que no se despegan durante toda la comida. Preguntar quién es esa gente, qué están haciendo con vos, o proponer de una vez y para siempre el viejo grito de la juventud: vámonos al carajo, ya.

Entonces concibió el plan. La idea básica se le presentó en el cráneo como un cuchillito de cocina cala una manzana hasta las semillas. Y un rayo de luz entró por la herida. Un libro... sólo necesitaba un libro. Sólo debía convertir el doloroso monólogo de su marido en un libro, impreso, encuadernado editado y presentado debidamente. Habría un camino judicial, público,

escandaloso y para eso estaba Julián. Debía convencerlo para que se dedicara por unas semanas a juntar la información fácil y también la difícil. Cerciorarse también de que las listas eran veraces. Moverse con cautela, pero eso era secundario. Tomaría coraje para leer el cuaderno completo, las páginas que hablaban de ella y de los hijos, emprolijar, pulir, armar el relato de los últimos días y entonces, como fuera, ella entraría en sus páginas y estaría con él. Así podría recordar, comprender, perdonar. Sentada en la cama, ahora con la cabeza en alto, empezó a temblar. ¿Y si el sortilegio no funcionaba esta vez? Hasta ahora había sido fácil. Un don. Ella no se había obsesionado, no le iba gran cosa en ello y sí, la realidad se le iba de los ojos y el viaje era cosa natural, continua, Doris estaba aquí, junto a los libros y luego Doris estaba allá, dentro, más lúcida que frente a la taza de café de su oficina, más despierta que en las largas horas muertas que rozaban su desesperada vida. Se recostó, el sueño no tardó en llegar, una muerte dulce, sin espasmos, un bache negro de memoria la envolvió.

Julián aceptó sin demasiadas vueltas. Ella había ido con prevención y había dedicado mucho tiempo a su arreglo, con el vago reflejo femenino de la seducción como primera premisa de cualquier argumentación de mujer. Ante esto (una Doris peinada, con maquillaje, (sólo tres productos, después de todo), suéter color pastel y botas sin nada de tacón -implemento netamente juvenil- Julián planteó una admiración cortés sin palabras y se enfrascó en la propuesta que sí, venía en una voz que no le había escuchado a la señora que tenía delante. Sobre todo lo sedujo la promesa de publicación. Como periodista sabía que ese era el destino de una investigación bien hecha, pero destinada a otros fines que no los judiciales inmediatos. Un libro es un testimonio duradero, pero el tiempo que le lleva nacer hace que los allí nombrados huyan a tiempo, fuera del alcance de la perezosa policía nacional. Un libro periodístico es, a lo sumo, una



verdad en hojas impresas. Y nada más. Sin embargo, Julián insistía en activar toda la máquina del escándalo: los medios, los tribunales. Cocinar en secreto el libro y, a punto de lanzarlo, iniciar la querrela ante los fiscales,

-Para eso hay que estar seguro de que las pruebas son válidas, hijito, si no, los presos vamos a ser vos y yo.

-Hay maneras de chequear todo, mamá.- Julián le sonrió.-Tengo contactos en los bancos. Si me das una copia de la lista puedo empezar ya a trabajar.

-Te doy la copia, claro. Pero el diario, las notas, voy a trabajarlas yo. Voy a convertirlas en una novela.

-¿Primera persona, testigo, protagonista?

-Polifónica, todo a la vez.

Francis saca el auto del garage. Doris lo espera en la vereda, con sus carpetas bajo el brazo y su disfraz "profesora masculina". Contrasta con él, pelo revuelto, sin afeitado, ropa vieja. Sus espíritus se bifurcan, divergen, no uno, sí dos, más que nunca. A la mañana, por caso, ambos despeinados, hinchados, casi soñados de lo mismo, compras en la farmacia, accidentes de los hijos que son pequeños de nuevo, no te quiero más, enojados quién sabe porqué, colas de paja y lagañas en los párpados. Son uno que vuelve del viaje y cambió de ventanilla para ver el otro lado. Arranca Francis con todos los gestos de la cortesía taxista. Doris -¿No vas a la oficina? Francis -Espero un llamado. Doris -¿Y si es ahora? Francis -Van a insistir. Doris -¿Te pasa algo? Francis -Problemas. (Mira de reojo, Francis mira de reojo para ver si la información conforma. No conforma pero Doris calla)

De vuelta Francis tiene una módica explosión de patadas en las puertas y puños al sofá. Suena el teléfono, Boquita quiere verlo. Lo tiene agarrado, no hay manera. Tirarse al precipicio para esquivar al tren, quién sabe durante la caída pueda ser feliz. Se endosa una campera, se peina con la mano. Puede ir y venir antes que Doris. Últimamente se entretiene con alumnos que preguntan. Antes puro fastidio, incluso taxis para volver sin molestarlo. Lo hace a propósito para mostrar su enojo. No sabe lo que hago. Pero es capaz de tocar el auto, cuando vuelva para ver si el motor está o no frío. Esa veta detectivesca. Boquita me aprieta. Nos vieron tres personas, aparte sus matones. A él lo cagaron ¿Y a mí? Lo sorprende mi facha. Él sin embargo no pierde la línea, lleva encima más de diez marcas, desde la punta del Gieso hasta el olorcito a Boss del labio superior cuando habla escupiendo de vehemencia. Cómo puede gritar sin levantar la voz. De pronto se pone cachondo, saca de la heladerita de mierda un jugo, lo destapa y me carga -Hidratate y después date con ésta. Te va a cambiar la cara.- me tira después de que me hidrato- La lista sale con fritas, todos los números. Si la bancás te dejo una cuenta sin nombre, sin número, con códigos derivados que son la última. Inrastreable como un amante impotente. (Se ríe de su sutileza y me pregunto si es un idiota con pilas o una luz para el mal. Francis se desespera de honestidad, el otro ríe atrapándolo. Le va dando la forma de pantalla a su venganza como si la banda no supiera quién está detrás. Pero tiene la cárcel o la muerte, como él. Se toma la pastillita con un buche de jugo y escucha las instrucciones. Cuando sale, empieza a transpirar, pasa delante de los matones con el sobre en la mano. Siente que va dejando testigos como arroz en una boda. Está tan solo que podría llorar. Le sobra tiempo para volver a casa y meterse en la cocina a ver una película. Dejaría una hornalla prendida para hacer ver que iba a tomar té. Le prepararía uno a Doris y con la vista en la pantalla dejaría crecer el silencio. Quizá así ella preguntara. También podría dejar el sobre y la desolación en el living y quedarse acechando en la

cocina. Hacerse repetir la pregunta como esquivando. ¿Podría llegar hasta ahí sin derrumbarse? Aparecer entero en la sala, los dos parados, mirar con ella el sobre que ella tiene en la mano y hablar. ¿Dejarla hablar a ella. ¿A cuánto está D. del estallido? No sirvió mezclar a Carina. Dejarla creer. Demasiada sordidez. Francis no conocía el significado de sordidez. Ella tuvo que explicarle. Ahora tenía la experiencia semántica completa. Tocaba el significado con la punta de su alma. Y Carina era una actriz excelente. Ignoraba que estaba actuando. Su inocencia era tan culpable que no podría evitar explicarle. Elegir el momento. Hacerse tiempo. ¿Todo tengo que hacerlo yo?

-¿Cómo va?- Julián pregunta por cortesía, en realidad está un poco caído.

-Bien, pero el personaje está creciendo demasiado. Sólo me sale proyectar...

-¿Y qué otra cosa creyó que podría?

-No sé, no es un género fácil. Tengo que hacer un buen retrato de Francis y no tengo coraje.

-Pues mi problema es que no hay editor. Apenas hice unos tanteos, muy elípticos, pero nadie pica. Va a ser muy difícil conseguir confidencialidad y promoción. Lo que va bien es el chequeo de las cuentas. Ahí tengo una línea de primera. Si hay honestidad en este mundo hay que buscarla en los intersticios del sistema. Se forma por contraste. Se juzga lo que pasa por la vista y no nos salpica. Todos quieren hacer algo si se les da la oportunidad de colaborar sin arriesgar.

-¿Vos estás colaborando sin arriesgar?

-¿Vos tenés algo que perder?

Francis el antihéroe. Sentado en el auto, al volante, el auto en un subsuelo del edificio legislativo, un velador nocturno lo mira lo esquivo desde la caseta, las llaves en la mano, el mechón gris, lacio, casi juvenil, sobre la frente, ésta caída sobre el pecho como si el llavero contuviera un sinfín de formitas metálicas y no supiera cuál echaría a andar el tiempo hacia el destino. Suspiros del pecho como si rasgaran el corazón. Nunca había perdido tanto, a saber: el honor, el amor, el tiempo. Soledad del hombre en el asiento de su máquina en lo profundo de la arquitectura en la ciudad vacía. Boquita lo tenía en un puño. Sin haberse mezclado en el asunto estaba tan embrollado como los cabecillas. Era una perfecta AI. Hubo dinero, sí, pero cuando supo el motivo ya estaba gastado y evidenciado en pequeñas molicies de su familia. Evidentemente B. sangraba por una herida que Francis desconocía. Celos, polleras o un nuevo negocio en puerta del que había sido excluido. A veces las ratas son tan roñosas que ni para espanto sirven. Y los capos se mueven hacia terrenos más vírgenes. Y él quedaba pegado a las más sucias ratas de todo el Honorable. Nadie le dijo cuál sería su rol una vez que dispusiera de información y pruebas. ¿Y ahora qué vendría? ¿Un gran lanzamiento con su rostro en las portadas? El reo mensajero, el arrepentido de no sabe qué. Ese era su rol en la comedia. Esperaba que alguien le pusiera el libreto entre las manos para que los demás hicieran los mejores papeles.

Doris suspira hasta el último rincón de sus entrañas. Ha tocado el capó del coche, estaba tibio, ha abierto la puerta del conductor y ha tomado sus lentes oscuros, que cayeran de su bolso cuando Francis la llevara a clase. Ha sentido un dejo a perfume que no es de ella, cítrico, pizca de acidez y flores, no de los caros, quizá una buena versión. Decididamente no el de ella. Pasa por el baño, se desviste, se desliza en la cama, Francis hace que duerme pero no se ha quitado las medias. Los pies de ambos se encierran en un tenso silencio.

Saltar la conversación con Carina en el estacionamiento. No deduzco qué se dijeron. Algo grave. Preguntarle a ella. ¿Qué hacía a esas horas? Preguntarle a Julián. Francis moriría la semana siguiente. Doris ya no puede usar otros verbos.

Julián llegó a la oficina y la encontró absorta frente a la pantalla. Él la besó en la mejilla y se sentó sobre el escritorio. -¿Va tomando forma?

-A medida que yo me desarmo. Repaso esas últimas semanas a través de las notas y encuentro un registro de mi vida, mis pequeños actos juzgados con dolor. Mi culpa va a inflarse tanto que no vas a caber cuando vengas.

-No leí con atención los pasajes más personales pero entiendo que para la culpa de Francis necesitaríamos la otra oficina.

-Él ya pagó.

-¿Y ustedes?

A Doris la sorprendió el plural. Pero al rato ya estaba en otro tema: la imprenta y editorial salesiana funcionaba en un gran colegio del barrio de Saavedra. El irlandés cura Moore había dado media palabra al exalumno Julián pero había pedido una entrevista con los dos autores del texto. Él mismo abrió el enorme portón metálico, muy de entrecasa, y los condujo por pasillos acústicos entre aulas sombrías. Las luces de los patios y de la calle empujaban la tiniebla y rameaban en sus rostros. En la imprenta propiamente dicha convivían pantallas y metales oscuros de maquinarias que lucirían muy bien en un living posmoderno. Un siglo de fabricar impresos estaba en esos trastos. Moore miró con afecto a Doris, con idea muy hecha de ella por Julián. - ¿Cómo me definiría usted, señora lo que están escribiendo?

Doris vaciló, ¿iría con cuidado o sería franca como en una confesión? La penumbra, la calidez del sacerdote y alma inflada de lágrimas pendientes la predisponían a cometer errores. Sus emociones la atemorizaron. -Es un dossier con datos muy concretos, lista de nombres, números de cuentas, cantidades de los sobornos... con un apéndice donde completo unas notas de mi marido de índole personal. Le habrá dicho Julián que él llevó una investigación seria sobre el caso. Apenas salida la ley, esas mafias cerraron el camino a la denuncias. La muerte de Francis sirvió de advertencia y el anillo de silencio se cerró.

-Hasta que usted se hizo de los papeles- completó Moore

-Hasta que la exsecretaria suya me tocó el timbre con las pruebas, los cuadernos y un sobre con datos que nunca se tuvieron.

-Bien, a eso quería llegar, la denuncia podría hacerse directamente a la justicia, tratando de encontrar el modo de que los funcionarios sean confiables... todos sabemos que no es lo mismo uno que otro ¿verdad? ¿Por qué darle esta otra forma de libro?

La respuesta de Doris se hizo prólogo. Lo escribió Julián que retuvo cada palabra de ella y supo transcribir la emoción que llegaba a orlas de llanto. Hijos, soledad, silencio, una trama tan básica que el cura adhirió a la causa de inmediato. Se los llevó de allí la oscuridad, cada uno en el autito de Julián con una promesa distinta entre las manos. Discreción, sigilo, portada, diagramación, solapas, de allí directo a la presentación. Después si este u otro juez era señalado por la burocracia, poco importaba. Doris fue depositada en la puerta de su edificio. En su impersonal entorno podría, con una copa de algo aflojar el animal que pugnaba en su interior. Las vísceras en armas, el fuego y la sal y el agua debían salir, lloró primero un llanto educado, cortés, como si estuviera entre gente desconocida. Después fue un furor una ola desde las rodillas hacia arriba, un desatar los hombros, un tumulto de palabras, una vergüenza. Golpeó paredes, puñeteó

almohadas, acunó el vacío, se abrió la camisa, un treno interminable sacudió el dos ambientes. Después se hundió en la cama, muñeca vieja sin zapatos como los muertos atropellados. Una sirena no fue en su ayuda. El silencio la rodeó.

Cuando volvió a la superficie, se envolvió con el agua tibia de la ducha, se regaló un café espeso de azúcar y sacó de una caja de cartón pequeña un aro de metal con dos llaves. De la misma caja extrajo un carnet de conductor vencido, pero de formato actual y telefoneó al alquiler de autos. Pidió un Renault nuevo, chico sin preguntarse por qué. Por la misma razón por la que uno se atiende con el hijo médico de su viejo doctor. Lazos vagos de familia, parentesco de motores. Doris tenía descuento allí por usar los autos ocasionalmente para algún trabajo detectivesco. Además, la perspectiva de manejar hasta City Bell la estaba tentando como paseo. Pensaba concebir, sobre la autopista, un buen retrato de Boquita, cuyo rostro había planeado sobre algún escándalo de noticiero, y era el principal beneficiario de la muerte de Francis. Venganza y huída se llama la película.

Salir de la ciudad le devolvió todas las contracturas que el llanto había deshecho. La percha de los hombros se cuadró rígida, las mandíbulas mordieron su propia materia y los muslos tomaron nota de sus nervios para cobrar los días venideros. Pero llegó a la planicie gris donde los autos se distienden como las manadas de gamos en los videos sobre África; se miran, se sonríen y echan a galopar sin molestarse. Manejar no era un arte de Doris, pero el horizonte tenía lejanía de mar, el sol estaba alto y no hería los ojos y a los lados el río, los puentes y los barcos se desdibujaban con suavidad de acuarela. Todos los conductores parecían saludar su reaparición en las pistas. La maniobra cortés de un señor pelado a bordo de un Ford estuvo a punto de hacerla llorar de compasión por todos los hombres. Pero Boquita no se presentó en palabras literarias. Su mente divagaba en libertad drogada por el olor del aire en fuga, el calor del vidrio soleado y la

blandura que iba ganando sus plexos en forma creciente. Se hubiera dormido si el peaje de Hudson no hubiera aparecido para recordarle que quería bajar allí para traspasar el túnel verde del parque Pereyra. Allí fue, por el brazo líquido de correntada descendente hacia otro paisaje. Poco tránsito desde que estaba la autopista. De reojo, el bosque dejaba disfrutar su colección de otoño sin viento. Al pasar el primer pueblo, la espalda de Doris estaba nuevamente dura. Se detuvo en una calle sin nombre que conocía de memoria. No había cambiado nada salvo el rubro de algún comercio. No eran tantos los años después de todo. La fronda colorida estaba igual de altísima y cerrada, pero en su mente el verde era joven y brillante, de verano. Ahora el oro redundaba. Se dio cuenta de que había llegado hasta ahí sin ningún plan, quizá sólo como homenaje. ¿A qué? A su pasado feliz, al fin de la infancia de los hijos, a los veranos larguísimos de sol y pasto. Al olor a leña del hogar prendido sólo por el gusto del fuego. No, quería ver a los intrusos, saber porqué habían tenido la decencia de devolver papeles escondidos y decirles que podían quedarse cuanto quisieran, mientras no pretendieran propiedad sobre la casa. Era de sus hijos, Francis lo hubiera querido así. Notó con sorpresa que evocaba al muerto con suavidad rayana en el perdón. ¿Dónde había ido su furia? No, no, no estamos hablando de delitos, claro, si no de íntimos pecados, ligeros como alas de colibrí o graves como huellas de tractor. No tipificados en códigos. Escritos con agua de sal sobre la dermis roja del dolor.

Se dijo que el manojito de llaves sería inútil. Los intrusos violan las entradas y después ponen sus cerraduras. Por lo tanto... tras cerciorarse de que no había nadie allí dentro (no autos, no olores, no ventanas flameando, no sonidos de radio o TV, Doris giró con suavidad la llave en la puerta del costado, la correspondiente a la cocina. "Raro", es mucho mas costoso obtener una llave para un mecanismo de la nada que cambiar todo. Raro. No esperaba el impacto, la ola de memoria que la revolcó y le hizo cerrar los ojos con fuerza. Estaba en su cocina después de cuatro



años de negación y olvido. ¿Y a cuántos de los de verdad felices? Todo en su lugar, salvo formas y colores ajenos, los tarros de cocina, los accesorios de plástico aquí y allá, juguetes desconocidos sembrados, un triciclo de niño pequeño, (nunca había habido nada parecido, sino enseres de adolescente), los trapos de cocina, como ropa íntima para desviar la mirada. No estaba del todo limpia esa cocina. Los intrusos no cuidan las propiedades y Doris se rió de su reacción burguesa. Esa gente no necesitaba perdón por que ella no le atribuía culpa. Pasó al living comedor, bajo vigas oscuras que sostenían las tejas que mentían de afuera un chalet. Pocos muebles, no los suyos. Un sofá largo en buen estado, una mesa de algarrobo muy oscura, unos tapices norteños de muy buen gusto. Nada le dijeron, menos todavía la pista de ocultar papeles en cajas o sobres o carteras. Nada. Respiró profundamente, Al dormitorio principal. Sorpresa, no había cama grande. Cama chica, desorden, ropa de adulto. Doris palpaba con los ojos, se había prometido no rozar ni revolver por gusto, sólo si algo le indicaba un hallazgo seguro. Entonces, su corazón, ya apaciguado, se estrelló, de frente, con el detalle nimio de la cama hecha, pero, pero... un pequeño error incongruente, el cubrecama, (lo era, de cretona de algodón y flecos, ningún parentesco con frazada) estaba oculto bajo el doblez de la sábana, lo que dejaba la cama prolija pero a medio vestir. *Alejo chiquito, voluntarioso, siempre pidiendo que le dieran de ayudar, aprendiendo a hacer su cama, nunca había aceptado que la sábana se pliega sobre la frazada y el cubrecama cubre toda la cama, a él le picaba el cubrecama aquel escocés, regalo de la abuela y entonces abreviaba cubriéndolo con la suavidad de la sábana. Ensayaba la discusión con su madre y terminaban riendo ¡Esa cama está mal hecha! ¡Para mí no!*

Doris se sienta sobre la cama, acaricia la sábana doblada, se recuesta y toma la almohada. Huele a sueño, a cabello ¿de mujer? ¿de varón? ¿qué gustos tenía Alejo sobre almohadas? ¿acaso ella ya lo había olvidado? Revisó al pasar cajones y armarios. Allí dormía un varón, joven, prolijo, no adolescente, ningún libro, ningún hobby a la vista. En el otro cuarto, un

matrimonio, y una camita, un coche de bebé. Sin ganas de revisar. El alma de Doris planea bajo, y decide salir por el frente, no le importa que la vean, es la dueña, tiene las llaves. En la puerta del frente está la cerradura ocupada por una llave y dos más penden del aro de metal. Coinciden las tres con las suyas. La quita del ojo, pone la suya, gira suavemente y sale, cierra tras de sí y camina entre los geranios que han florecido también este invierno, como debe ser. La hiedra del frente está enorme y empieza a virar al rojo. ¡Cuánto desearon llegar juntos a contemplarla! Pero Doris ya agotó las lágrimas de hoy. Sólo le queda en la pantalla la camita de Alejo, mal hecha.

*Boquita es en realidad Carlos Astrada Luque, porteño de Barrio Norte, algo menos de cincuenta lo cual lo exculpa de actuaciones notorias durante la dictadura aunque todos saben que en su adolescencia se sumó a los buchones o por lo menos a los obsecuentes del régimen militar. Era chico, pretende no acordarse, se sorprende cuando se le mencionan hechos que vio pasar. De su colegio se fueron varios a los campos de detención y si bien no hay pruebas de que colaborara activamente, sí se sabe que adhirió a los vencedores porque fue es y será intrínsecamente cagón. Precisamente a la línea que sumó dirigentes del gobierno depuesto, de segunda o tercera o cuarta línea, la reserva política que, con un lavado de cara y de memoria reaparecería con la democracia. De estudios, más o menos, abogado de privada, medio punto más que nada, pero bastante para fatigar alfombras habituadas al poder. ¿Felpudo?, quizá pero siempre medrando, en planos generales, un rostro algo calvo y tan vulgar que pocos podían recordarlo, aunque lo hubieran tenido al lado durante toda la cena o toda la reunión de comisión. Valet o escudero de una corte cuyos blasones podían llamarse sin más, bolsillos. Amaba la buena vida, las putas finas, sus dos exesposas y sus varios hijos, todas excusas para esmerarse en la mordida. Su principal habilidad era el servicio silencioso a los senadores y funcionarios. Llámese lunch de viandas o estimulantes, regalos empresarios a medida, cotilleo de especies ciertas o no pero siempre suavizantes de autoestimas. Adulón a más no poder, su voz era un susurro y su silueta un dibujo en dos dimensiones, una sombra deslizante allí donde podía prestar un*

*servicio. Pero era memorioso, un directorio en dos piernas, con cada debilidad, cada anécdota, cada chisme vergonzante de los prohombres. Todos estaban en sus manos, sobre todo los del oficialismo, y todos deseaban su muerte. Por eso últimamente transpiraba tanto. Tanto que se había puesto la obligación de preparar la retirada. El último secreto era tan grande que no podía regalarlo en las charlas de intermedio. Iba a venderlo y para eso precisaba un cómplice. Un gil. Francis era perfecto para el puesto. Joven, intachable, desconocido en las pantallas, pero enseguida se dio cuenta de que habría que obligarlo. No pisaba ningún palito en forma de sobre o sobresueldo. Por eso decidió involucrarlo sin su colaboración. Le sacó una cuenta y no le dijo nada. Llenó los papeles como un chorlito, creyendo que eran para el sueldo y el seguro. Para eso tuvo que buscar papeles en español, ya que todos los de bancos de las islas venían en inglés y ni siquiera un ángel como Francis tragaría la mentira. Ese era el as en la manga del intrigante. La prueba de la culpa que tiraría la cadena con el otro nadando feliz en la ignorancia. Si se negaba, lo presionaría. Nunca pensó que Francis era honesto hasta la muerte.*

-Bien Julián, bien. No le toquemos ni una coma. Doris tragó con fuerza.

-Gracias.- Estaba conmovido Doris había llegado animosa a la cita, sintiendo que todo marchaba hacia el desenlace correcto. Nada se les escapaba. El libro estaba casi listo. Había superado trances y ahora estaba hecha un trapo. Le faltaba una escena crucial, al menos para ella. En el cuaderno de Francis apenas unas líneas registraban la última vez que vio a Doris.

*3 de agosto*

*Me han hecho operar con esa cuenta. Yo mismo lo hice. No lo podía creer. B. se reía tanto cuando me dijo que mi coima estaba en las islas que no le creí. Probá, entrá por la computadora y transferí una suma a tu cuenta de acá o comprá euros. Usás tu clave y sale tu nombre. Dale. Y me acompañó porque los dedos me temblaban y ni siquiera hubiera podido marcar esos números. Estoy acabado. Soy tan idiota que yo mismo me condenaría por **idiota. No existe el derecho a ser tan pelotudo** (borrones).*

.....  
.....

*Doris estaba en el estudio leyendo cuando llegué. ¿qué te pasa? nada ¿seguro? Nada. Voy a contarle cuando salte todo. Dejó el libro y me miró, con piedad, con compasión. Una vez me explicó qué es lo patético y qué lo sublime. La tragedia, sí, eleva el espíritu y hay muerte. El patetismo nos agacha hasta la caricia. Siempre queda la muerte digna. Si me voy quisiera llevarme el recuerdo de esta Doris, madura y hermosa, tan lejos de mí.*

El papel estaba sucio, ajado, quizá quiso seguir y una marea de furia se lo impidió.

Habló con Julián y éste le contó lo que Francis suponía, no había tenido tiempo de saber qué hacer. El rumor en el Congreso estalló al día siguiente. Había una denuncia en el juzgado del juez Maraco, un implacable de la oposición. Francis no estaba. Llegó a la tardecita y sintió miradas entre los iniciados. Se descerrajó un tiro en la cabeza en su oficina de la comisión. Lo encontró Carina, que había estado allí toda la mañana, se había ido al mediodía y vuelto a las cinco de la tarde. Boquita desapareció instantáneamente, lo buscaron de inmediato pero ya no estaba. Evidentemente había renunciado a su apoteótica venganza. Le bajó la fiebre y desapareció. El juez sólo tuvo rumores. Los más culpables vociferaron ante los micrófonos y una revista de actualidad llenó un informe con verbos potenciales que todos tomaron como verdades. Y lo eran, pero no se presentó ninguna prueba. Las listas con los números de cuenta se tomaron como un mito y sólo se supo el de la cuenta de Francis con los últimos movimientos. Se le achacaron delitos inmensos, producto de la imaginación de algunos periodistas al uso y la opinión pública quedó en paz cuando se señaló la muerte del infeliz como prueba de su fracaso. Pocos vieron los agujeros de la trama. Uno de ellos, Julián, que había retomado la investigación con alegría.

Amaba a Doris, que le había reabierto esa puerta hacia la verdad, de un modo único, mezcla de gratitud y atracción. Le gustaba todo de ella, su conversación, su mirada, su porte, su tristeza y su empeño por tratarlo con distancia. Cuidó la edición como a un bebé. La portada era una buena composición fotográfica que combinaba un arma, unos papeles desordenados en blanco y negro y una manchita roja ominosa bajo el título y los dos autores. Esto se discutió. *Las huellas del inocente, Sin culpa ni precio, La verdad del caso Francis, La ley con sangre, Últimos días... ¿y qué más? Últimos días... ¿Falso culpable? ¿Falso final?... ¡Ése!* Pero con el subtítulo de la ley del petróleo, si no, con esa tapa parecería un policial de ficción. Perfecto: *Falso final, cómo se votó la ley del petróleo*, por Julián Biner y Doris Milano.

-No, las damas primero.

-No, la investigación es tuya y el futuro de periodista también

-¿No vas a seguir escribiendo? Apuesto a que tenés inéditos guardaditos.

- Sólo si consigo escribir con alegría y libertad. No sé cómo me va a dejar todo esto.

Todavía no enfrenté a Carina para ubicar a Alejo. Cuando esto pase.

-¿Te conté de la presentación? Las invitaciones que se me ocurrieron están en esta lista, agregá las que quieras, yo me ocupo de distribuirlas...también encontré quien lea un pasaje, el que vos quieras, mejor algo emotivo, pensé..., como quieras... es una actriz de teatro. Y algunos invitados clave: el juez Urtube, periodistas independientes, personalidades de la cultura y hasta investigadores que en su momento se defraudaron por la vía muerta que recorría el caso hasta su completa inexistencia.

Apenas oscureció llegó la camioneta que traía las misteriosas cajas sin ninguna leyenda. La tirada era mínima, quinientos ejemplares que repetían en sus portadas oscuras la

manchita roja y el nombre de ella. También el de él, el joven periodista que busca la verdad y se erige en justiciero a través de su pluma. Pero a Doris le fascinaba ese pequeño relieve, esa figurita blanca que la señalaba de un modo secreto aún. ¿Cuántos la conocían? Ahora ese trazo mágico la llevaría a quinientos lectores que le pondrían rostro, que la amarían y la culparían y se pondrían un breve instante en su piel. Se estremecerían de temor y agradecerían al cielo no ser ella. O envidiarían la oportunidad de reivindicarse que la publicación le ofrecía. Pero había algo más. Cuando, en la grisura de la avenida caminó hacia la camioneta que frenaba, abría sus puertitas de atrás y el chofer dejaba en la vereda los paquetes, pensó en el salto que daría apenas el fárrago de la presentación la dejara de enfocar con sus luminarias. Nunca había entrado en un libro de ella, para verse, para entender un personaje que había dormido con ella durante años y otro personaje que era nada más y nada menos que ella misma. Temía que los telones de la realidad la devoraran, temía quedar perdida en el semisueño de la literatura presenciando el suicidio o el crimen de su amado, temía el infierno de contemplar su error, su omisión, y quedar para toda la eternidad rumiando su dolor. O toda la eternidad del papel y la tinta, y el cartón, hasta que el tiempo los hiciera polvo, como las hojas del otoño que envejecen en el invierno si nadie las junta. Por eso las páginas que la aguardaban para tragarla habían sido tan cuidadosamente pensadas. Párrafos destinados a su “presencia” como una dramaturga devenida actriz o una actriz cansada de papeluchos mediocres que se escribe el mejor de los papeles para lucirse en todo su talento. Por eso también su atuendo era especial. Había gastado una pequeña fortuna en un saco de cuero negro, de verdad, que tantas veces quiso Francis obsequiarle, impecable, entallado. La falda oscura, los zapatos elegantes de taco alto. Se había hecho peinar, es decir, había recuperado su peinado de siempre., la caída lacia de sus ondas rebeldes le enmarcaban sus rasgos firmes de

modo sorprendente. Estaba bella, no era bella. Y siempre lo había sabido. Pero esta vez merecía ese plus de belleza con que los expertos engañan a todo el mundo.

La camioneta se había ido y dos muchachos entraban al local las cajas. Atravesó la librería en sombras rumbo al salón donde se presentaría la obra, atacada de una súbita timidez. Si alguien le preguntara debería responder “la autora” y eso la cohibía de un modo estúpido. Se repetía desde la mañana que debía tomar las cosas de a una por vez, es decir, temas como sus hijos, las idas a tribunales si la causa se reabría, y en definitiva, el rumbo que tomaría su vida, debían esperar. Tentada estaba, ante la montaña que iba a cruzar, de salir corriendo a su cueva y despertar con todo el vinagre del mundo en su garganta, pero para siempre jamás.

Julián la recibió con una mirada de admiración que la halagó. (Cree que soy vanidosa, o que estoy de conquista y mi presa es él). También había llegado la actriz que Doris reconoció por haberla visto en teatros del off y se lo hizo saber. Las cortesías siguieron con el dueño de la librería –sabía que saldría en todos los diarios porque había tomado los recaudos– que le mostró la disposición del salón: las mesas con los ejemplares, un pequeño cartel de cartón con la portada en grande y unas frases publicitarias, una pequeña tarima forrada por detrás con un telón oscuro y las sillas, dispuestas en semicírculo. Todo bien, pero Doris buscaba otro espacio. Más allá del cortinado, las cajas restantes se apilaban entre ejemplares de rezago, la trastienda del local precisamente. Los recovecos le gustaron para escabullirse cuando la ocasión se presentara. Recordó los anaqueles polvorientos de la librería de Florentino tanto más recoletos y propicios.

La ocasión se presentó cerca de una hora después. La concurrencia era bastante nutrida para un acto de esa naturaleza y todo el mundo repetía ese comentario como un mantra. Carina había llegado sola, grave y callada. La saludó con un beso de compromiso porque Doris hablaba con un ex juez de tendencia opositora que se relamía con las ulterioridades del acto y con

el peligro que representaba para todos los implicados. Parecía feliz de no contarse entre ellos. Julián exultaba con un grupo de colegas jóvenes y desconocidos seguramente empleados de grandes medios y envidiosos de la perla que había hallado Julián en el fondo del anonimato y la exclusión.

Doris dejó el vaso de vino –era el segundo, motivo de controversia, Julián quería algo más seco y prestigioso y ella insistió en ese dulce de etiqueta roja, recuerdo de algunas cenas alegres y juveniles de recién casados, y ahí se detuvo- y se fue deslizándose a los oscuros rincones del salón, entre los estantes polvorientos de futuras mesas de oferta. Distraídamente tomó uno nuevo, de la pila recién llegada, reluciente y oloroso, y acariciándolo como aquella lámpara del cuento, lo abrió en cualquier página, como si fuera a leer, allí en la plena oscuridad. Cerró los ojos con fuerza y con toda entereza....

*Allí estaba, en un pasillo del Congreso de la nación –edificio nuevo, claro, luces empotradas, granito trajinado y puertas impersonales a pesar de las placas que nunca decían lo que en realidad había dentro. Miró su reloj y vio las once de la noche...entonces... allí estaría Francis. En el subsuelo de estacionamiento, allí lo puso ella según le dictó Carina. Allí se dirigió. Sabía que sólo sería testigo de la trama urdida por ella poco tiempo atrás. Pero también sabía que el encanto debía tener resquicios desconocidos por ella, como esos increíbles aparatos cuyos botones encierran funciones secretas, que nunca llegan a ser decodificadas por los neófitos que los compran. ¿Así funcionaría el viaje mágico de Doris? Estaba dispuesto a averiguarlo.*

*El coche de Francis estaba fuera del rectángulo marcado y numerado, detenido en el medio de la “calle” del subsuelo 5. Doris no recordaba haber sido tan precisa. Era lo que esperaba. Como escritora, sólo había diseñado unos actos, unas escenas, unas líneas, pero en la vida de las palabras el mundo se*



*recompone y se completa y allí donde el escriba apenas apunta una frase, un matiz, el sentido despliega el universo con sus causas y sus enlaces. El detalle-no puesto por ella- le gustó. Desde atrás de un ancho pilar se puso a espiar. No distinguía a nadie dentro. Con sigilo pasó al siguiente pilar y entonces sí, la cabeza de su esposo se le hizo visible, apoyada sobre sus manos aferrando el volante. Dormido, herido, ebrio, eso sugería el abandono de su postura.*

*Respiró hondo Doris y cerró fuertemente los ojos para no llorar y correr hacia "su" auto. Francis levantó la frente y dejó caer las manos en su regazo. Por su mente pasaba el largo lamento de la derrota, la rendición ante la suprema fuerza del enemigo. Un suave perfume alcanzó a la nariz congestionada de Doris y un rumor siguió a una leve corriente de aire, al mismo tiempo que el sonido del ascensor en el otro extremo de la planta se le hizo patente. Carina llegaba. Pero, si bien esta escena iba deslizándose según lo previsto, la discordancia persistía. Carina buscaba frenética entre los coches, tropezaba, incluso caía y se sacaba un zapato y lo revisaba y puteaba en voz baja. Se plantó entonces y gritó ¡Francis! De un modo que estremeció a Doris. ¿Vendría alguien? Francis bajó... fue hacia ella...el corazón de Doris se detuvo... -¡Estás loca! ¿No te dije que no me vieras? Te quedás afuera, ¿entendiste? En eso quedamos. Sigo solo, ya me ayudaste. No te necesito.- La voz sonaba dura, él no la había tocado, pero la tensión del momento golpeó a Doris, que retenía el aire, no ya por que el libreto que había ido a ver se había desbarrancado vaya a saber dónde, sino porque la intimidad del instante la sobrecogía. Ella nunca había escrito esas líneas. Y leerse, la intimidaba.*

*-¡Qué vas a hacer?*

*-Seguir hasta el final, asumir que tengo cuentas culpables, que me hicieron entrar como un boludo, que si quieren voy preso... pero los llevo conmigo... Que me maten en la cárcel, ése puede ser mi destino pero tengo bastantes argumentos como para hacerlos mierda... Carina... es eso o matarme cubierto de mierda.- se rió entonces con esa risa suya. -Siento una libertad, un aire en los pulmones... Boquita me cagó, me transfirió su ser abominable para vengarse y no siento odio por él, es lo de menos, voy por los otros,*

*Carina –susurró, casi inaudible, –son cinco senadores... y un ministro.– El silencio cayó en el antro subterráneo y el olor a naftas se volvió pútrido. El mal era una emanación más de esos últimos modelos esperando a sus choferes. Doris retrocedió unos pasos, aturdida por esas revelaciones que ella no había tipeado en ninguna máquina. Pero los dos personajes estaban ya medio metidos en el coche y Francis extraía un portafolios del que, con mano triunfante sacó un sobre café, de esos vulgares, mediano, abultado y ahora sí Doris volvía a la trama. Pero ¿el sobre pasó por allí? ¿Carina sabía de su existencia antes de que los ocupantes de la casita de fin de semana se lo enviaran amablemente?*

*–Mañana o pasado, o cuando me den cita en el juzgado, o mejor directo en la fiscalía salta todo, Carina... si llego hasta ahí...te van a citar, vas a decir la verdad, no hay otra cosa que puedas o tengas que hacer, después de esta noche ¿me entendés? Ella lloraba, el sobre en la mano, como si fuera a caérsele.*

*Pero había alguien más, Doris lo sintió en forma de opresión, de aire, de sombra. Carina abrazó a Francis, pero Doris no lo resintió, luego corrió hacia el ascensor mientras él pasaba el sobre de una mano a la otra y terminaba volviéndolo al portafolio que apoyó para el caso sobre el capó. El rumor de ascenso se perdió en la atención de Doris que ahora pensaba adelantar en la historia. Quería volver a casa.*

*Sí, ahora era su subsuelo, su garage. El auto resollante aún estaba delante de ella para que los tocara y comprobara que su marido había andado por ahí después de llevarla amablemente. Se quedó fija mirándolo, detrás de una pila de cajas de esas que siempre hay que ordenar, que se conservan durante años y al ir a revisarlas se concluye tirándolas. Reconocía embalajes de aparatos, su opulencia burguesa entre los trastos y sintió lástima de sí misma. Entonces la vio, es decir, se vio, con sus carpetas y su bolso a medio caer de bandolera. Antes de subir, pasando por allí al descuido, habiéndose prometido en el taxi no revolver el guiso turbio de su relación. Doris meneó la cabeza, –eso sí estaba escrito– pero antes de extender la mano y dar los pasos y tocar, Doris pegó un grito y se lanzó, olvidando todas las reglas de los relatos de viajes en el tiempo que prescriben jamás ser vistos por la propia imagen anterior. Eso es fatal y Doris lo hizo.*

En el salto –en rigor unos metros para salir del escondite y rodear el auto- sólo atinó a percatarse de que cuatro años atrás su cabello era largo y solía trenzarlo para volverlo prolijo. Alcanzó a ver también que las líneas de su rostro eran las tres o cuatro que la acompañaban desde pequeña: la reflexión, la risa, el ceño. Se vio joven y de pronto no se vio más. Sólo estaba allí, con la mano extendida, dudando de su amor, y –paradoja de los celos- sintiéndose terriblemente desleal. Entonces, recogió el cinto de su bolso, lo acomodó en el hombro, ahuecó la otra axila para retener sus carpetas y dio media vuelta, hacia la escalera breve que llevaba a la primera planta, donde estaban la cocina, el comedor y la sala. Allí estaba él, frente a un fueguito de gas donde hervía un poco de agua. “¿Sopa o té?” pregunta ella y desliza la mano por su espalda. Él agradece con algún músculo” “¿Vos?” “Sopa quick con pedacitos de pan” El tono es casi frívolo, ligero por lo menos, se siente libre, alada, pero no se lo explica –ni se lo pregunta- Una mezcla de déjà vu con un toque físico de respiración facilitada, como si todo su tórax fuera pulmón, panel de energía sin nudos de nervios. Comen en el comedor, dos bowls humeantes, servilletas de papel. Se miran a los ojos, pero los de él son un imán del revés, pero que gira y se clava en los de ella y vuelta a repeler y a volver. Ella dice: -¿Ya decidiste?

-¿Sobre qué cosa?

-Sobre lo que te tiene así.

-Sí... en realidad no hay nada que decidir. Hay sólo una cosa que se debe hacer.

-¿Y se puede hacer?

-Claro que sí. Siempre se puede hacer lo que se debe... en estos casos.

-¿Que son...?

-Si no te lo dije hasta ahora es por algo Doris. Se me haría más difícil.

-Pero ¿hay solución?... no me cuentes... ¿hay solución... feliz?

-No, no hay happy end, mi amor- y una infinita tristeza le empapó las dos palabras y los ojos. –

Pero sí alguna forma de paz, para todos. Eso espero, al menos.

*-¿Y si me contaras?- y Doris puso los codos y los puños y las rodillas y cuanta palanca de fuerza hubiera en su cuerpo sobre sus palabras, como si las letras se hundieran en el papel, dejando huella en todas las hojas futuras del cuaderno de sus vidas. Francis suspiró y se tomó largos instantes. Corrió el bowl de su sopa, puso también sus huesos en alarma y como en las viejas pulseadas en el viejo ring conyugal terminó la conversación: -Porque si te contara, sería tu decisión... o la mía, teñida de tu modo de ver las cosas. Estuviste afuera de esto desde el principio y necesito que sigas así... para después. Yo también soy ese que se metió en el asunto y a ese no lo conocés y a lo mejor tampoco lo amarías. No, -la detuvo casi con violencia- no podrías amar a un imbécil... ¡Te lo escuché tantas veces! Si todo sale -digamos- bien, entonces puede haber un futuro de los dos.-Y le tomó la mano con fuerza.*

*Algo detuvo a Doris para no seguir porfiando. Juntó las cosas, las tiró en la pileta y siguió a Francis al cuarto. Y ya no hubo palabras. Se desnudaron y se abrazaron como si ya yacieran muertos en una tumba de dos. E hicieron el amor, diciendo sólo suspiros como lamentos y él cayó en un sopor a muchos pies de profundidad. Doris quedó fija, reteniendo el peso de él en los muslos pero inmediatamente, con los ojos cerrados deseó correr a la otra escena que debía ver.*

*Debía ser una hora cercana al anochecer. Los pasillos del Senado, donde funcionan las comisiones, estaban casi desiertos. Se arrepintió de no haber buscado un diario del día pero dudaba de que eso hubiera sido posible, tal como se estaba dando el viaje. O sí, porque las páginas no eran las escritas e impresas, esta dimensión tenía la virtualidad de las imágenes mentales que relatan los deseos y los temores. Ya estaba allí. Había descrito esa puerta tras la cual sonó el tiro fatal. ¿Cuál sería su materialidad si decidía irrumpir y detener al suicida? O al criminal -en sus más optimistas delirios así ocurría; su irrupción en el pasado cambiaba el presente y al regresar se hallaba en el seno de su feliz familia restituida. Pero sospechaba que no sería así. Este don suyo era sólo una costura en el movimiento del tiempo, una rebaba de materiales que se recorre con el dedo en el objeto defectuoso o tal vez una gigantesca broma de alguien corrido de sus cabales. Decidió colarse por la puerta lateral, mesa de entradas y, tabique por medio, escritorio de Carina.*

*Desierto también y cerrada implacablemente la puerta de Francis. Pegó el oído, sentía rumores o voces. Reconoció la voz de su marido, y la cadencia del que habla por teléfono. La modulación era imperiosa y hubo risas, y luego una puerta abriéndose, un ominoso tumulto de muebles, un largo silencio y el estampido del relato. Doris se despegó de un salto del muro y como rayo atropelló cosas. Por el largo pasillo, una sombra corrió hacia las escaleras con el gesto de meter un pañuelo en el bolsillo del saco... Como en una pesadilla – de las más vulgares- las piernas de Doris corrieron en vano. El recodo de las escaleras se alejaba de ella y la puerta de Francis, a un metro de ella, era inalcanzable con el brazo extendido hasta el desgarró. Entonces retrocedió y empujó la puerta principal. Francis agonizaba, clavó sus ojos en los de ella, una expresión de desconcierto ante su aspecto envejecido, la pistola a sus pies y alguna palabra muriendo en sus labios, un instante antes que él.*

El librito se le cayó de las manos. Su espalda se había deslizado por los polvorientos anaqueles y estaba sentada en el suelo en una postura vergonzosa.: rodillas juntas, pies abiertos, el saco de cuero arrugado en su cintura. Y el pelo enganchado en tornillos hirientes de la estantería de metal. El llanto le subió desde la boca del estómago, silencioso, lustral. Pero tuvo tiempo de ponerse de pie, enjugarse los ojos y aparecer cuando la actriz, Malena no sé cuánto terminaba de decir o leer algún pasaje del libro. Los aplausos la confundieron con los asistentes que se congratulaban sinceramente de la pertinencia y la emotividad del testimonio. Doris se fundió en un oportuno abrazo con Julián con el telón de fondo de los aplausos y las manos tendidas. Los abrazos y los besos se sucedieron hasta el hartazgo. Carina salió quién sabe de dónde y abrazó a Doris con lágrimas mientras ella suplicaba en su fuero interno por un poco de soledad y oscuridad. Julián la arrastraba desde este periodista hasta esta diputada y de allí hasta otro gurú de la decencia pública que quién sabe dónde hacía ostentación de su decoro. Ella paseaba del brazo de su joven galán con sonrisa agradecida, humilde y desafiante-si eso es

posible- preguntándose al paso donde estaba el cura Moore que podía sacar un provecho cierto de todo eso. Por demás, su provecho estaba en la certeza, -la mágica y deslumbrante certeza instalada en el núcleo sombrío y púrpura de su corazón - de que Francis había sido asesinado, apenas la denuncia había sido depuesta en el juzgado de turno, con el consiguiente escándalo de la prensa que está en estrecha conexión con los centros de producción de noticias, llámense comisarías, hospitales o juzgados.

Lo que siguió se ordena de la siguiente manera: en primer lugar, Carina la condujo fuera de la librería y con un pudor que Doris no le hubiera atribuido, le pasó un papelito con el teléfono de Alejo que sí había pasado un tiempo en la casita de City Bell, cedida por él a unos amigos desalojados.( Doris lo guardó en la cartera y con dignidad recuperada -un gesto entre madre y profesora-le escribió en el revés de la tapa del librito su teléfono para que le transmitiera a Alejo que esperaba su llamado) Y Alejo mismo había hecho con sus manos esa cama que había tocado el instinto de madre e investigadora de Doris. El sobre estaba allí por orden del mismo Francis que había hecho un doble del mismo, manipulado en el estacionamiento porque sabían que estaban siendo espiados. Carina lo guardó hasta que, después de la muerte, en vez de recurrir a Doris -sabía que su jefe la quería afuera- se lo envió a Alejo que volvió a la misma mensajera cuando -después de recobrar algo de la cabeza que había aturdido en Méjico-, echó a andar la maquinaria. En cuanto a Bruno, seguía en Brasil, comunicado siempre con su hermano, pendiente del desenlace de la publicación, dispuesto a volver a declarar y, sí, encontrarse con su madre.

En segundo lugar, y apenas Carina se subió a un taxi, dejándola sin aliento y ante un futuro de reencuentros impensados, Julián se había ya despedido de sus amigos -formaban un grupo en la vereda, más lejos, como esperándolo- y se acercaba hacia ella. Estaba exultante, excitado por el éxito y los vinos. La tomó de la cintura y la besó en la boca. "Sólo hay una manera

de terminar esta noche” Ella sonrió con algo de ternura –había estado recién con un hombre, no sentía deseo- “Los muertos están despiertos” le contestó, con demasiada gravedad. Él seguía abrazándola “Los despertamos para hacerles un monumento, vamos Doris, somos un dúo genial” –algo borracho, ya la conducía a su auto, no contemplaba siquiera la posibilidad de que ella se negara. Entonces le plantó las palmas en su pecho y alejándolo concluyó el asunto: Mi nombre te dice “no” y además mi nieto se llama Ian, que es la mitad de Julián. ¿Está claro?- y pasándole la mano por la mejilla le dijo gracias en un susurro que terminó, sí, en un beso. Él se separó, lentamente, miró hacia el grupo y les hizo señas de que lo esperaran. Y ella se volvió, inmediatamente y sin un librito en la mano y la cartera de vestir en la otra se echó a andar, por la calle Corrientes, entre mendigos y deshechos, hacia su departamento.

En tercer lugar, pero esto un tiempo después de la última incursión por la bibloplista, y después también del reencuentro con su hijos y su nieto –deslumbrante afecto que nunca había soñado que existiera- y vuelta a su tarea de investigadora, una tardecita de poco trabajo leyó en el diario que Saturno se aproximaría a la Tierra en su órbita y que será más fácil de ver con telescopios de determinado alcance –acá los tecnicismos la marearon un poco-. Entonces se levantó y salió de la oficina -sin cerrar con llave porque sólo fue hasta la otra puerta, más cerca del ascensor- a decirle a Rainer si no podría él acompañarla una nohecita de estas a la terraza, con uno de esos aparatos que armaba y visualizar esa maravilla de planeta. Sólo volvería el momento propicio dentro de trescientos años y sería demasiado tarde para ellos. Del vino se encargaría ella.

